

MIGUEL ANGEL MONCLUS

BN
972.9304
M738c
1962
4

yo no se

EL CAUDILLISMO
EN LA
REPUBLICA DOMINICANA

Prólogo de Césarates Nolasco

SEGUNDA EDICION

Impresora Dominicana, C. por A.
Ciudad Trujillo, R. D.
1948



11/6/85
472.9304
M738C
-962
e.4

Lic. Ernesto Garcia Aybar.

*Dedico este libro como memorandum
de historia a la juventud dominicana.*

MIGUEL ANGEL MONCLUS

OBSEQUIO

015872



1931

ALGUNAS OPINIONES Y JUICIOS ACERCA DE ESTA OBRA

Ciudad Trujillo,
Distrito de Santo Domingo,
20 de Mayo de 1946

Señor don Miguel Angel Monclús,
Ciudad.

Querido amigo:

No había acusado a Ud. recibo de *El Caudillismo en la República Dominicana*, porque deseaba leer su obra antes de hacerlo. Además, he querido repetir la lectura.

El libro de Ud., valiente y sincero, revela independencia y fortaleza. Veo en él una defensa de la dominicanidad contra la despreocupación, de la decorosa labor patriótica de la minoría frente a la concupiscencia y la abyección. En él la verdad no se humilla ante el miramiento, y el juicio se yergue libremente, sostenido por la conciencia de la responsabilidad.

Muy afectuosamente,

Américo Lugo

Ciudad Trujillo,
Distrito de Santo Domingo,
7 de mayo del 1946.

Señor Miguel Angel Monclús,
Ciudad.

Mi muy estimado amigo:

Por haber estado quebrantado de salud, no le había escrito para acusarle recibo de su libro *El Caudillismo en la República Dominicana...*

VI

Lo leí (algunas páginas más de una vez) y me encantó, por lo interesante de la materia que trata y por la elegancia y fino corte de su estilo, que le ha merecido justamente, por parte de quienes tienen autoridad para otorgársela, la calificación de buen escritor de la presente generación literaria, rara cualidad que pone ahora una vez más de manifiesto, aunque empleádola, desde el punto de vista crítico, con cierta vehemencia en algunas de sus apreciaciones.

.....

Perdone que le haga esos reparos; pero sirven para demostrarle el interés y atención con que he leído su libro y el aprecio que he hecho de su obra.

Su afectísimo amigo,

Manuel de Ja. Troncoso de la Concha

Ciudad Trujillo, 13 de abril de 1946.

Señor don Miguel Angel Monclús,
Ciudad.

Mi muy distinguido amigo:

Recibí su libro *El Caudillismo en la República Dominicana* que con cariñosa dedicatoria ha tenido Ud. la bondad de enviarme.

Cuando nos veamos hablaremos largamente de su importante obra. La encuentro muy buena y le envío mis felicitaciones más sinceras.

Muy suyo afectísimo amigo,

C. Armando Rodríguez

"EL CAUDILLISMO EN LA REPUBLICA DOMINICANA"

Acabo de leer un libro inédito atrevidamente escrito y audazmente pensado. Es una historia de los principales caudillos dominicanos que han influido poderosamente en la vida política de la nación y a quienes el autor les atribuye la virtud de haber hecho cambiar o estructurar el alma de la multitud.

.....

El autor de "EL CAUDILLISMO EN LA REPUBLICA DOMINICANA", mi antiguo condiscípulo Miguel Angel Monclús, el más señero intelectual de nuestra generación, tiene una prosa de campana con un poder descriptivo tremendo. También tiene una indecible pa-

VII

sión por la historia crítica de su país, pasión que le viene seguramente de su ascendencia de héroes...

.....

La publicación del libro de Miguel Angel Monclús, está llamada a producir un hervidero de verdadera crítica histórica, de cuyo afán se pondrá en claro, para beneficio de las generaciones, el sentido de los hechos que, según el autor, deslustran o abrillantan las figuras que él estudia.

Julián Díaz Valdeparés

("La Nación", Ciudad Trujillo, 1946)

"EL CAUDILLISMO EN LA REPUBLICA DOMINICANA"

Por Miguel Angel Monclús,

Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1946.

Una asidua e inteligente tarea literaria histórica dá al público un nuevo y notable fruto. "EL CAUDILLISMO EN LA REPUBLICA DOMINICANA" viene a completar la lista de las obras del escritor don Miguel Angel Monclús que ha cultivado con igual tino en el campo de la ficción y de la historia patria.

El libro presente, como su título lo indica, se compone de estudios biográficos y de enjuiciamiento histórico acerca de las figuras políticas del pasado que encarnan con mayor relieve ese fenómeno del caudillismo. Con gran conocimiento de los sucesos y hábitos políticos del pretérito, Monclús pinta con vigor y precisión el carácter de esos personajes y el ambiente social en que se movieron. Santana, Báez, Cabral, Luperón, Heureaux, Jiménez y Vásquez son los políticos estudiados, y el autor muestra a los que fueron contemporáneos y rivales en dinámica contraposición, dedicando a cada una de esas situaciones un capítulo de su libro.

El libro está excelentemente escrito, y, como decimos, revela un gran conocimiento de la historia del país y un juicio muy sagaz, aunque esto último no implique que el lector haya de suscribir todas sus sentencias.

("La Nación", Ciudad Trujillo, Abril de 1946)

"EL CAUDILLISMO EN LA REPUBLICA DOMINICANA"

Este libro es un libro interesantísimo, original de Miguel Angel Monclús. Es una de las cosas más sensatas que se han escrito acerca de nuestra tortuosa política del pasado. Preferimos reproducir

VIII

algunos de los capítulos de esta obra y dejar que sean los propios lectores los que se hagan, a sí mismos, los comentarios de lugar.

.....
("La Opinión", Ciudad Trujillo, Abril de 1946)

DE SOSLAYO...

Dos agradables mañanas hemos tenido en estos últimos días, y fueron ellas, las del día en que apareció en una página de "La Nación" el triunfo obtenido por nuestro querido compatriota don Enrique Mejía Arredondo en México, y aquella otra en que, de manos de un empleado de la Cámara de Diputados, recibimos un libro de Monclús, "EL CAUDILLISMO EN LA REPUBLICA DOMINICANA".

Mejía y Monclús son dos valores auténticos que se discuten la preferencia de nuestra admiración.

Si el uno es maestro de la música, el otro lo es de la prosa esculpida, brillante y serena...

Monclús ha hecho novela buena de captaciones vernáculas matizadas de un realismo emotivo y ahora hace crítica profundizando en la psicología de grandes personajes de nuestra historia.

Todo ello con sobrado talento.

Monclús acaba de obtener un resonante triunfo intelectual con la publicación de su obra "EL CAUDILLISMO EN LA REPUBLICA DOMINICANA".

.....
Rafael Damirón

("La Nación, Ciudad Trujillo. 1946)

HOMBRES Y COSAS DEL PASADO...

NARRACIONES DEL AYER POLITICO...

UN LIBRO DE MIGUEL ANGEL MONCLUS.

.....

Miguel Angel Monclús, al hacer un rápido examen de nuestros caudillos en su libro "EL CAUDILLISMO EN LA REPUBLICA DOMINICANA", publicado recientemente, enfoca magistralmente la textura moral —o como se diría ahora, el psicoanálisis— de los que fueron por muchos años dirigentes de muchedumbres o jefes políti-

IX

cos. Conviene el autor en sus desapasionados juicios y con criterio observador, en la dualidad de los hombres, que generalmente no son ni totalmente malos ni totalmente buenos...

.....

En todas sus páginas se nota el marcado empeño de la verdad, que resplandece sin miedo y con responsabilidad.

.....

De este interesante y meritorio libro que se suma a los ya publicados por Monclús con los títulos de "Escenas Criollas", primero y segundo tomo, "Historia de Monte Plata" y "Cachón" es posible que no reciba el autor, elogios ni ganancias, sino gratuitos enemigos y ataques más gratuitos todavía.

Arturo Bonetti

"La Nación", Ciudad Trujillo, Abril de 1946)

.....Es un libro valioso y valiente.

J. I. Cordero Infante

Ciudad Trujillo, 1946.

UN LIBRO INTERESANTE

.....

La obra del publicista profesor Monclús, es una obra seria que la juventud debe leer con serenidad juiciosa, por estar llena de una rica experiencia política de crítica histórica y que presenta con mano de artífice la palabra escrita.

Carlos Franceschini

("La Opinión", Ciudad Trujillo, Abril de 1946)

"EL CAUDILLISMO EN LA REPUBLICA DOMINICANA"

Cantera inagotable para los estudiosos de la Historia, es el dilatado proceso del caudillismo en la República Dominicana.

.....

A mis manos llegó, en horas gratas para el espíritu, el libro re-

ción editado por el notable escritor Miguel Angel Monclús, cuyo título es el mismo que llevan estas líneas.

.....

Miguel Angel Monclús hombre de tierra adentro, de esos que han afinado las aristas de su espíritu en ambientes ajenos a las luchas del proselitismo intelectual, se distingue como escritor, por la belleza de su prosa, y la penetración de sus juicios.

Con intrepidez digna de toda loa Miguel Angel Monclús hunde su escalpelo de crítico moderno, en la carne tumefacta de los caudillos del machete, así como ilumina con respetuosa admiración las actividades que se encaminaron con feliz acierto a la defensa sostenida de la patria.

Santana y Báez le han arrancado páginas brillantes. Con claro sentido de la realidad histórica, formulando un juicio que habrá de tenerse en cuenta para cuando se revise definitivamente el proceso del Marqués de Las Carreras...

.....

¡Cuántas lecciones pueden sacarse de la obra de Monclús! Sobre todo, alienta la esperanza en la vitalidad nacional. Si a pesar de los tumbos y caídas del pasado hemos llegado a un estado de organización doméstica envidiable; si el país orienta sus actividades por rumbos de paz y civilización, hay que convenir en que jamás volverán los tiempos calamitosos del caudillismo del machete que tan bien describe Monclús con su pluma acerada.

César A. Herrera

(“La Nación”, Ciudad Trujillo, 1946.)

“EL CAUDILLISMO EN LA REPUBLICA DOMINICANA”

.....

Miguel Angel Monclús, sencillo y modesto, es, sin ningún género de dudas, uno de nuestros valores intelectuales de mayor personalidad, cuya obra literaria se caracteriza y se distingue tanto por su hermoso lenguaje, elegante y conciso, como por la elevación artística y moral de sus producciones.

.....

Desde el punto de vista esencialmente histórico, este libro de Monclús quizás no sea una obra que no pueda ser objeto de controversias y discusiones por parte de los técnicos en la materia. Sin embargo, bien puede afirmarse que ha sido escrita brillantemente, sin pasiones de ninguna especie y con la ecuanimidad que debe siem-



XI

pre utilizarse en esta clase de estudios, los cuales por su naturaleza han de estar desprovistos de parcialidades y vehemencias, que destruyen, en muchas ocasiones, el valor histórico de los mismos.

Libros como este que hoy comentamos honran a las letras nacionales y producen, además, una sensación alentadora, especialmente para la juventud presente que no vivió, para su propia felicidad, la época en que el caudillismo, como una lacra bochornosa, llenó de sombra el pasado de la República, pasado que para todos los dominicanos tan sólo constituye un amargo recuerdo desprovisto de grandeza y dignidad.

José E. García Aybar

("La Nación", Ciudad Trujillo, 1946)

"EL CAUDILLISMO EN LA REPUBLICA DOMINICANA"

Este libro de Miguel Angel Monclús, como todo curso de dialéctica, es beneficiosamente edificante.....

Arturo E. Mejía

("La Nación", Ciudad Trujillo, 1946)

P R O L O G O

Ciudad Trujillo, 29 de agosto de 1945.

Señor Miguel Angel Monclús,
Juana Méndez.

Mi estimado amigo:

El Caudillismo en la República Dominicana es un libro bueno. Está pensado con madurez, bien escrito y sus motivos han sido expuestos con rectitud. El estudio del General Pedro Santana es lo más completo y sobresaliente entre los que he leído relativos a aquel organizador de tropas y creador del sistema militar que perduró en la nación. Los autores que están vivos y han tratado el tema pueden repudiar esta opinión y consolarse creyéndola equivocada; decir que esta es sólo una opinión. Pero se la única que tengo y espero que cuando se conozca el libro no será únicamente mía.

El estudio que motiva el General Ulises Heureaux es otro ensayo excelente, y bastaría para darle importancia al libro y a usted nombre entre los dominicanos, si ya no lo tuviera. El personaje está cabalmente comprendido y el ensayo excelentemente escrito. En párrafo intercalado podría usted señalar aún más sus dotes militares.

XIV

El examen de Buenaventura Báez se ha realizado con éxito; pero no resulta tan imponderablemente bueno como el de Lilís y el de Santana: no tiene el soplo divino de los otros dos, le falta la trágica elocuencia con que el autor convence y apasiona. Si la parte más lamentable de la vida de Buenaventura Báez, la referente al pceso de *los seis años*, se subrayara como la etapa sin disputa sombría y funesta de ese mandatario, partiendo del propósito de la anexión del país a los Estados Unidos de América, sería más notorio el relieve de José María Cabral, de Gregorio Luperón y de los demás que combatieron hasta frustrar la anexión, y el pueblo sabría apreciar y agradecer mejor el terrible esfuerzo que realizaron carentes de recursos, sin más recursos que la fé en el destino de la República y la buena voluntad y el compañerismo de los haitianos que lucharon a las órdenes de Nisage contra el torpe y sanguinario Silvain Salnave hasta derrotarlo. Báez era un anexionista sin embozo, Salnave lo sabía y endosaba la política de Báez sin detenerse a ponderar las consecuencias, sin ver el peligro que amenazaba a Haití, débil nación de libertos negros. Usted hace ostensible que en Buenaventura Báez no sólo había un escéptico, un incrédulo de la independencia y la libertad antillanas; que con el escéptico convivía el inescrupuloso, apegado al poder, al mando del infortunado país en cuya independencia no creía. También enseña usted que el predominio de Báez y de Santana ocurrió en el pueblo como una enfermedad que en este libro se califica de caudillismo. No parece que el autor piensa, como otros, que el auténtico baecismo nació en 1856, cuando su director defendía o aparentaba defender tendencias liberales, sino en 1868, cuando se situó en el poder asesorado por el juicio de Gautier y el talento brillante, frondoso y apasionado de Don Félix María Delmonte. Reitero que la actuación de los guerreros que frustraron la nueva anexión, mediante seis años de guerra, está claramente señalada; pero con una palabra significativa, de esas que usted sabe escribir, podría subrayarse para que los estudiantes

acaben de comprender que aquella fué una última guerra de independencia y la conducta de los libertadores sea más comprensible y edificante. Todavía hay muchos escritores dominicanos que ven en aquella tragedia una de tantas contiendas internas y no la han apreciado y comprendido en la magnitud que tuvo.

Un hombre que piensa con tanta claridad y expone sus opiniones con lógica tan severa, como el autor de estos ensayos, no necesita alertas ni consejos. Pero los consejos se suelen dar cuando menos se necesitan y a quien menos los necesita. A los campesinos les gusta aconsejar; y yo que me crié en el campo, ahora que usted esta lejos y me oirá menos, le voy a dar alertas y consejos.

La introducción de su libro quizás no hallaría censores si fuera esquemática. Si la publica como está, mientras más diáfanos y justos sean las consideraciones que la sustentan más enojosas serán las críticas de "entretelones".

Segundo consejo o alerta. El ensayo relativo al General Horacio Vásquez es extemporáneo. Horacio Vásquez y Juan Isidro Jiménez no son todavía personajes históricos, aunque llegarán a serlo cuando los aleje el tiempo. Cuanto se escriba ahora, tan pronto, referente a ellos, deberá guardarse como la carne en salmuera, y hasta legarse para que otros lo publiquen. La historia política nuestra parece que debe quedar suspensivamente escrita en el final del General Ulises Heureaux. A lo demás acaso le faltan años, madurez, para ser historia. Pero esta consideración no siempre resulta aceptable.

Permítame ahora decirle que su ensayo referente a José María Cabral se resiente de la fuente principal conque se ha familiarizado usted al escribirlo. Cabral, en su larga carrera, no tuvo igual como decidido y persistente libertador. Fué el primero en la tragedia de *los seis años* y se había distinguido como pocos en



guerra de la independencia y en la restauración de la República. A pesar del amago de "alquilar" la bahía de Samaná, supo rectificar, borrar con *hechos* aquel pensamiento turbio y peligroso, y ser el General en Jefe en la azarosa y prolongada campaña que evitó la anexión del país a los Estados Unidos de América. Terminada la contienda, él tuvo el acierto de retirarse de la política. Desde entonces se destacó el General Luperón como el más alto adalid de los azules, el adalid de la democracia, aunque en hora mala ayudara a Lilís a imponerse contra la voluntad de la mayoría de sus conciudadanos y contribuyera antes a que Gregorio Billini saliera del Gobierno de la República. A su gran rol de adalid de la democracia hay que agregar su purgatorio frente a Lilís en el destierro. El purgatorio dicen que purifica.

En P. S. quisiera recordarle que en el momento de erradicar a Silvain Salnave de la Presidencia de Haití el valor de la moneda haitiana era ínfimo. La guerra para derrocar a aquel presidente fué ruinoso. Cinco mil *gourdes*, en tiempo normal, valían mil pesos; pero en esos días no valían más de cuatrocientos. Se ha estudiado y llegado a la conclusión de que los cinco mil *gourdes* del escándalo (en parte invertidos en vestuario para los soldados libertadores que andaban semidesnudos) se distribuyeron entre la viuda del general Vidal Guitó, muerto combatiendo por la captura de Salnave, y los soldados que pelearon a las órdenes de ese general. Yo le suplico que lea o relea el testimonio del General Santonge inserto en las páginas 180, 181 y 182 de *Viejas Memorias* y que vuelva a meditar antes de aceptar el absurdo de que Salnave fué vendido y entregado por cinco mil *gourdes* por uno de nuestros antiguos libertadores más extraños al sentimiento de la codicia. Ahora se ha puesto de moda en Europa entregar a los que consideran criminales de guerra para que sufran el castigo de los pueblos en los lugares donde cometieron los delitos. Sobre los crímenes que a Salnave le imputaban sus adversarios, aliados nuestros en

XVII

esta guerra de independencia, estaba su alianza con Bucnaventura Báez que pugnaba por anexar dos terceras partes de la isla a una poderosa nación que acababa de sufrir la más espantosa de las guerras civiles por causa de la esclavitud. Y Salnave, negro y presidente de un país de negros, defendía, como aliado de Báez, la anexión que trataba de imponer éste. Así, él también conspiraba contra su patria. La muerte, como castigo, es repugnante; pero en tan grave caso la misericordia debe inclinarse más a los sacrificios que al sacrificado.

Hago constar que estos son reparos pequeños a una obra de gran mérito.

Le devuelvo su excelente libro, por correo. Crea que lo he acariciado *sin uñas*: que lo he leído con profunda simpatía, con la mayor simpatía, y con el interés y la admiración que despertará en los lectores que sean incapaces de sentir envidia.

Soy su admirador y hago votos porque su libro alcance el éxito que merece y le deseo.

Sócrates Nolasco.

Bolivia

INTRODUCCION

La historia política de la República Dominicana, podría escribirse al margen de la biografía de sus caudillos. Desde hace tiempo hemos sentido singularmente la tentación de escribir esas biografías, y hubo ocasión en que para el efecto, llegamos a tener reunido, una cantidad apreciable del material de ilustración necesario: ese material se perdió como consecuencia del ciclón de 1930. El desaliento frente a empresa tan difícil en nuestro medio, como es acopiar datos e informaciones de buena ley en relación con asuntos históricos, mató la iniciativa; sin embargo, la idea en germen persiste y a sus reclamos es imposible sustraerse.

Era nuestro plan entonces, escribir con el título de PERFILES DE CAUDILLOS, una serie de biografías histórico, crítico, anecdóticas, de los hombres que actuaron preponderantemente en nuestro medio nacional, del modo que a su tiempo lo hicieron: Pedro Santana, Buenaventura Báez, José María Cabral, Gregorio Luperón, Ulises Heureaux, Horacio Vásquez y Juan Isidro Jiménez. Un proyecto tan ambicioso, requiere siempre unos recursos apreciables, tiempo y tranquilidad, además, todo lo cual desgraciadamente nos ha faltado. Nos proponíamos hacer en cada caso, un trabajo acabado. Pretendíamos que no fueran esas biografías, malabarismos literarios,

más o menos vacíos, sino en cuanto mejor se pudiera, una revista del medio social en la ocasión correspondiente a cada personaje; igual cosa con respecto al estado económico e intelectual del país; estudios analíticos de la persona, relativos a su naturaleza interna, a la capacidad, al modo peculiar de ser, y en fin, el examen cuidadoso de la actuación del sujeto, desde todos los puntos de vista que pudieran ser interesantes. Tal cosa implicaba, pues, algo más que escribir la historia política del país hasta 1930.

Sin querer abandonar la idea, no obstante considerarla ya, potencialmente imposible para nosotros, nos vamos a dedicar a escribir, con otra intención ahora y con lo que en aquel proyecto serían las consideraciones puramente personales, las críticas a nuestro modo de ver pertinentes, de una manera especial resumidas.

Y al empezar, es forzoso tener en cuenta la dificultad más poderosa que embarga un trabajo de esta índole. No son nada en comparación, los esfuerzos de toda suerte para darle forma, imprimirlo y distribuirlo, sin la esperanza de obtener reconocimiento; al contrario, es preciso armarse de resignación y de valor, para hacerle frente a la animadversión que en nuestro medio crea, la censura interesada en encubrir o subvertir las faltas evidentes e inexcusables a cargo de personas históricas que en estos casos es indispensable sacar a cuento. En donde la ascendencia política produce curiosos fenómenos, como de herencia, es aventurado exponerse a sufrir los inconvenientes interpuestos a causa de pronunciamientos desagradables para algunos y que por desgracia, son imprescindibles cuando sea preciso ser imparcial y ser honrado. Es penoso, además, ver quebrantadas relaciones de amistad y de afectos, no obstante que los pretextos que suelen invocarse pequen de inconsiderados y que no se tenga en cuenta que de someterse a rémoras acomodaticias y a miramientos subalternos, no se podría escri-

bir la historia. En cualquier orden de ideas, es natural que los estigmas que afectan a los antepasados duelan; pero lo correcto y lo que parece indicar la hombría de bien, en todos los casos, es reaccionar en contra de esos estigmas, perfilando una actuación y una conducta que eximan a los descendientes de las sombras que proyectan. Precisamente, de esa conducta tenemos un ejemplo edificante, que saldrá a relucir a su tiempo, en el curso de este trabajo. El es, y está demás decirlo, un ejercicio de crítica histórica, cuyas conclusiones pueden ser discutibles o nó, pero que en todo caso, reflejan el criterio del autor, expresado con la convicción tranquila de quien dice la verdad.

Y he aquí que llama la atención al reflexionar acerca del contenido de nuestra historia política, estudiando a nuestros hombres públicos, el hecho de que por lo general, no cuenta para nada la calidad del sujeto en los procesos que los elevaron. Se observa en la casi totalidad de los casos, que no fué la propia eficiencia o un adecuado haber, lo que los llevó al primer plano, en donde se dividieron con otro o de por sí ejercieron la hegemonía, y muchas veces en el ejercicio de un poder integral. Llama la atención, asimismo, la manera peculiar de ser un medio, en donde unas ocurrencias parecidas son casi constantes; en donde puede establecerse alrededor de nombres y sólo por la vocación a los *ismos*, banderías antagónicas, por eternidad perdurables, sin otra explicación o razón de ser que los odios acumulados en la sucesión de los choques. Ha resultado que, como consecuencias de hechos ajenos a sus esfuerzos, a sus intenciones, y, en casos, hasta de su ambición; obedeciendo a causas absolutamente extrañas al sujeto, y a veces en presencia de toda suerte de condiciones negativas, se formó el factor, incluso con ribetes de ídolo. Es un fenómeno persistente entre nosotros, que ofrece escaso paralelo y que por lo pronto, no se registra en la historia política de las repúblicas

americanas, con las cuales la nuestra ofrece varias similitudes. En la simple vocación al caudillismo y en lo que respecta al fenómeno de la herencia política, nuestro país se ofrece como ejemplo en donde se registran sucesos que sometidos a consideraciones relativas, parecen anomalías. Esos fenómenos se explican, entre otras cosas, por la carencia de idearios patrióticos y por la falta de sanción política que nos caracterizó; males primitivos, luego de raíces hondas y que resaltan, como quiera que se observe el desarrollo de los procesos que hicieron entre nosotros, lo que hicieron, de Pedro Santana y Buenaventura Báez, en primer término.

Juzgar adecuadamente a esos primeros caudillos, y a los demás, es por motivos que superabundan, empresa difícil para un dominicano. Para el caso, precisa desposeerse de toda clase de prejuicios, y no sentir en lo más mínimo el influjo de las banderías en donde nuestros antepasados, más o menos cercanos o remotos, figuraron de manera activa, o se parcializaron por obra de simpatías. Las consecuencias de esos resabios son suficientes para mediatizar el criterio o modificar las razones que deban tomarse en cuenta al dictar los veredictos o redactar las reflexiones. Frecuentemente, otras muchas mordazas o aprehensiones anquilosarán el pensamiento de quien escriba. No es fácil en este asunto, adoptar la posición necesaria a la crítica independiente que ejerce el oficio en presencia de los hechos escuetos que registran las crónicas y que valorizan los recuerdos o el espíritu de las tradiciones. Todo podría parecer mal inspirado en las circunstancias de ser inconveniente a la peculiar o interesada manera de querer o de entender las cosas.

Además, habría que desposeerse de todos aquellos *a priori*, que nos preparan a nosotros los criollos, a ser tolerantes con las faltas que llevan envuelto el interés y en casos, el decoro nacional. Hay muchas cosas de esa especie que obran como cortapisas o son rémoras poderosas... Pero, como frente a tales

debilidades parece que es imperativo sentar magisterio de dominicanidad; y como que ya es hora de intentar por lo menos la depuración de nuestra historia, y subrayar los valores espurios, cuyas existencias exoneradas sirven para crear deletéreos ejemplos y fatales enseñanzas, concurrentes a madurar unas peregrinas tendencias que se han revelado a guisa de graves faltas y de pecados en el sentido de la patología; nosotros, sin la pretensión de fungir de *magister infalible*, pero sí guiados por el instinto y la conciencia que resultan incompatibles con los actos detestables de cualquier naturaleza, y que en esos casos no se concilian con la propensión graciosa hacia las dispensas; y luego, con la mejor voluntad y espíritu de justicia para reconocer y proclamar debidamente, todo aquello que sea loable, vamos a pasar revista a los caudillos nacionales en presencia de sus recuerdos.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several lines and is mostly obscured by the paper's texture and lighting.



General Pedro Santana

PEDRO SANTANA

Pedro Santana nació en Hincha el 29 de junio de 1801. Era hermano gemelo de Ramón y ambos recibieron los nombres que llevan en el calendario los santos ese día; costumbre antigua nuestra, heredera de España. Con respecto a quienes eran los Santana en aquella blasonada Villa de la Parte del Este, no se sabe nada. Se sabe (sí, que como consecuencia de la ocupación por los haitianos de esos lugares, la mayoría de los pobladores de origen hispano los abandonaron, y entre ellos, los Santana. Dos versiones hay con respecto al éxodo de esta familia. Una le atribuye un primer destino a Santiago, que pudo ser estada transitoria, y otra le marca rumbo directo al Seybo, a través de los pueblos del Sur. Esta última versión parece ser la cierta. Pedro Santana, el padre de los gemelos, era hatero y llevando sus crianzas o parte de ellas, se dirigía a sitios a propósito para el pastoreo, y los más apropiados para ese fin, estaban al Este del país. La familia se fijó en El Seybo y allí creció la prole que contaba además, con otro varón, Florencio, que era inválido de nacimiento y loco.

Hay indicios que demuestran que el primitivo ascendiente de los retoños de Pedro Santana, Coronel de las milicias de la Colonia, Pedro y Ramón, no se debía a que tuvieran condiciones excepcionales. Ambos eran herederos del prestigio económico, modesto, pero influyente para la época en El Seybo, que tenía el padre; heredaban de él también, las derivaciones de su actuación en la Batalla de Palo Hincado, en donde Pedro Santana, el viejo, se reputó de intrépido. Con esos haberes, en

aquellos medios relativamente despoblados y pobres, estos jóvenes se sindicaron desde temprano, como las personas más influyentes del lugar. Por añadidura, acrecentaban de manera constante los bienes materiales heredados, sobre todo las reses que por móviles, eran la riqueza efectiva de entonces.

Las reminiscencias que se tienen de Pedro y Ramón Santana, los pintan de caracteres y temperamentos distintos. El primero, fué impulsivo desde temprano; temperamento concentrado y hosco, autoritario y de pocos intelectuales alcances. Tenía, sí, la instintiva inteligencia que a menudo distingue a los criollos, una inteligencia rudimentaria que con el tiempo y el comercio de personas y cosas, llega en casos a parecer cultura. El segundo, Ramón, era reflexivo, ponderado; más capaz de entendimiento y en cierto modo fungió como mentor del primero. Ambos poseían una mediana instrucción; poco más de las primeras letras, lo que era posible adquirir para entonces y en aquellos medios.

Por las causas anteriormente expuestas, los Santana asumían en El Seybo, por los años de 1840 en adelante, más o menos el valor representativo local, como Bernabé Sandoval en Los Llanos y Matías Moreno en Monte Plata y Boyá; por ese motivo los propagadores del ideal separatista se fijaron en ellos, que por cierto, no estaban en ningún sentido comprometidos con los dominadores; antes mejor, se destacaban como sus adversarios, de tal modo que Charles Gerard Ainé trató de echarlos por delante y llevarlos a Puerto Príncipe, como individuos sospechosos de tendencias contrarias al estado de cosas imperante y que pretendía continuar, es decir, la unidad política de la Isla bajo la tutela haitiana. A poco de eso, obró definitivamente en el ánimo de los Santana para agruparlos dentro del movimiento que iba a cristalizar en obra el 27 de Febrero de 1844, una persona con quien mantenían contactos de viejo y les merecía entero crédito: Tomás Bobadilla.

PEDRO SANTANA Y TOMAS BOBADILLA

Para darse idea de lo que era Tomás Bobadilla en el país, basta conocer lo que hasta hace poco tiempo era en nuestros pueblos el Hombre del Lápiz. Ser omnisapiente era juzgado por los campesinos sencillos. Nadie mejor que él, se pensaba, sabía escribir una carta, redactar un acta, dar un consejo, interpretar las leyes, enmendar las planas y fijar los destinos. Tomaba la iniciativa y conducía los asuntos locales; se le suponían, además, valiosas relaciones en la Ciudad. Muy especialmente, cuando en el pueblo había que recibir alguna persona importante, el Arzobispo o el Gobernador, por ejemplo, el Hombre del Lápiz era quien daba la bienvenida y luego ilustraba al visitante acerca de todos los asuntos locales. A este sujeto se le veía con respeto y agrado, meter baza en cuestiones extrañas, mejor, si eran extranjeras. La influencia lugareña de ese hombre, contrapesaba y por lo regular sobrepasaba a la del Jefe Comunal, por ser su autoridad más estable. Tenía un distintivo exterior que lo caracterizaba: un lápiz detrás de la oreja. Tal descripción, en resumen, puede parecer una caricatura; pero da idea de lo que era el personaje aquél, ya casi desaparecido de nuestros núcleos aldeanos, por obra de la difusión de la cultura, del desarrollo de las vías de comunicación y del intercambio general existente. Bien; en 1844 y hasta bastante tiempo más tar-

de, don Tomás Bobadilla era para el país, lo que en los pueblos aquel característico personaje, es decir, el Hombre del Lápiz. A la verdad que en Bobadilla concurrían circunstancias dignas de ser tomadas en cuenta, por ser excepcionales en nuestro medio para la época. Era él sin duda, la persona más capacitada y el entendimiento mejor cultivado entre nuestros recién antepasados. Hay pruebas en dicho sentido. El Manifiesto del 16 de enero de 1844, lo revela como hombre al tanto de las ideas político-filosóficas, más levantadas de las postrimerías del siglo pasado. La Ley del 13 de mayo de 1845, organizando la instrucción pública en el país, ley que no se superó después, lo impone como persona al corriente de las prácticas y teorías pedagógicas, entonces más avanzadas. Don Tomás Bobadilla sabía de Locke, de Rousseau, posiblemente de Herbart, y sin duda de Jefferson. Por todas esas circunstancias, su prestigio intelectual tenía que ser notable en un país de incultura, ambiente desvinculado del exterior, desconocido por olvido y el cual, al observarlo de lejos, se sufría la sensación de mirar hacia el fondo de un pozo.

Tomadizo e inconsecuente —debía ser espíritu de inquietudes, como se les llama ahora— don Tomás Bobadilla repudiaba al otro día, el empeño acariciado la víspera; no tenía en absoluto fé, y es claro que tampoco tenía ambición. Con todo, atraía respetuosas las miradas y los “notables” del interior que alcanzaron a tratarlo, lo tuvieron en sazón de ente ultra superior y lo consultaban como a oráculo.

En el Partido del Este, su ascendiente sobre los hombres influyentes, era definitivo. Hasta hace poco tiempo se conservaban trazas elocuentes de ese influjo; y de haberse propuesto, nadie hubiera podido disputarle a Tomás Bobadilla un prestigio suficiente para erigirse en líder de por lo menos, una vasta comarca. En la que era su propia tierra, no lo postergaba Santana. Recuérdese que en las elecciones para la Vicepresidencia

de la República en 1858, era candidato oficial, porque lo era especialmente del Presidente Santana, Antonio Abad Alfáu; sin embargo, en la Provincia del Scibo, Bobadilla obtuvo espontáneamente, la mayoría de los votos derrotando al candidato oficial y de Santana. Pero en sentido político y tal vez si en otros, Bobadilla no tenía ambición. Se movía a veces por fuerza de secretos impulsos en donde la consciente determinación volitiva, tenía que ver bien poca cosa. Ahora, es paladinamente cierto que a diligencias suyas se debe que materialmente los Santana se incorporaran al movimiento separatista y es notable, que con la misma ideología y del mismo modo que Bobadilla sin fe, sin entusiasmo, con segundas miras y, en fin, de una manera provisional, se unió al cortejo de los locos, a los *filorios*, sus catecúmenos, los Santana, lo hicieron. De acuerdo con la ideología del mentor, convenía desalojar por el presente a los haitianos, desalojarlos, para inmediatamente buscar otra clase de apoyo para el país, en la forma de un protectorado o de una anexión. Esa era por lo demás, la aspiración y la tendencia común del elemento ilustrado y conservador de para entonces. En desacuerdo había surgido Duarte, recién llegado de otros medios e iluminado por ideales de emancipación radicales; bajo ese patrocinio fundó La Trinitaria, con el escaso concurso de algunos elementos nuevos, únicos en quienes era posible que prendiera el ideal que comúnmente se juzgaba locura. Eso parecía, y las razones no escaseaban. En efecto, la mitad despoblada de una pequeña Isla, sin recursos y por naturaleza pobre, en donde el pastoreo era la principal fuente de vida; vida arcádica, casi primitiva, sin otras aspiraciones que la atonía, la quietud propicia a las siestas. Tierra casi exenta de comunicación con el exterior; sus moradores al margen del siglo, vivían quebrantados por una sola inquietud, la que proporcionaba el vecino que en esta época por desgracia, se le tenía en casa. Era un vecino inferior, de casta despreciable, extracción de servidumbre, semisalvaje y afrentoso por la piel. Las esperanzas de alejar toda clase de contacto con semejante

especie, eran los deseos generales, pero, ¿de qué modo conseguirlo? Mediante el esfuerzo propio, se juzgaba imposible pretenderlo; entonces, todas las ansias se aferraban a las posibilidades de que una nación civilizada, protegiendo al país, realizara las esperanzas. Para ese propósito no había preferencia unánime, y Francia como proteccionista o anexionista, contaba, dentro del elemento ilustrado, con los mayores sufragios. Tomás Bobadilla, por su parte, dió en ese sentido muestra de alguna constancia, pues el color de afrancesado lo distinguió mucho tiempo. Ahora, sin ser versátil y ya formado definitivamente de acuerdo con los principios anacionales con que se inició, subordinado además al Cónsul francés, Juchereau de Saint Denys, y aupado por la importancia del destino que gracias a las intrigas combinadas del mentor y del rodrigón, le cupo en suerte; sin otras razones en su abono, Pedro Santana se adentró en lo que iba a ser nuestro escenario nacional, con el título de Comandante en Jefe de las fuerzas de la incipiente República.

SANTANA Y EL CONSUL JUCHEREAU DE SAINT-DENYS

El imperialismo francés estuvo durante mucho tiempo bajo las añoranzas, y pretendía de algún modo restablecer el núcleo más importante que había poseído hasta el siglo XVIII potencia colonial alguna: La Colonia de Haití. (Para nosotros, contentémonos con nuestro lote, con lo que nos pertenece, donde la industria ha hecho más que balancear las numerosas ventajas de la parte española; estemos contentos con poseer la parte francesa de Santo Domingo, la más rica mina del Nuevo Mundo.— Moreau de Saint-Mery.)

El comercio francés y los antiguos colonos, “que no habían aprendido ni “olvidado nada”, según había dicho Bonaparte, reagrupaban de continuo sus fuerzas y esgrimían intrigas para hacerlas gravitar sobre los sucesivos gobiernos de Francia. En tiempos de Luis XVIII, las tentativas en sentido proteccionista fueron de plano descartadas por los haitianos, y luego bajo Carlos X, a cambio de una miserable indemnización, según el punto de vista francés, y exorbitante, según el criterio haitiano, Francia había reconocido la independencia de la antigua Colonia y renunciado oficialmente a sus derechos sobre ella. No quería decir eso, que el comercio y los ex-colonos y una gran parte de la opinión pública francesa, sobre todo la oposición política al régi-

mien, se conformaran sinceramente con el estado de cosas creado. Se aducían muchos motivos para repudiar el tratado, y en el fondo obraban, aquellos poderosos de los intereses materiales, de las prebendas y de las jugosas mayordomías. A partir del reconocimiento, quien fuera el representante de Francia en la antigua Colonia, tenía sobrados motivos para coordinar sus ideas con los principios imperialistas y con los deseos de sus connacionales, deseos que por todas partes estimulaban los vestigios y los recuerdos, y más vivamente, la presencia de cuantiosos recursos abandonados en huelga de brazos caídos.

El imperialismo francés, durante el Gobierno de Luis Felipe, se había visto coronado por un suceso feliz, es decir, la conquista de Argelia en el Africa del Norte, y aunque no exteriorizadas de una manera oficial, se sentían vivamente estimuladas las tendencias hacia la expansión, con miras principales hacia Las Antillas. No era todo lo que allí se deseaba, especialmente en Haití, aquel tratado, concluído por el régimen anterior, pese a sus preferencias arancelarias a favor de Francia, que dicho sea de paso, habían disgustado profundamente a Inglaterra y a los Estados Unidos. Frente a la realidad de las cosas, había razones abundantes para más, y así lo pensaba en Puerto Príncipe, el Cónsul General francés Levasseur. Este Levasseur cuya correspondencia oficial acaba de publicarse, se revela al observador como un talento de primer orden y un profundo conocedor de la psicología haitiana. Esa correspondencia, muy interesante por varios detalles, es en el período que comprende, el mejor capítulo escrito de la Historia de Haití. No es extraño que las maniobras de entretelones fueran maravillosamente conducidas por él, y que en sus redes cayeran aquellos dominicanos que ya por sí, estaban como hechos con las manos, a propósito de sus miras y de sus proyectos.

En apoyo de las razones que encontraba y de las esperanzas acariciadas, las mismas que invocaban y mantenían los an-

tiguos colonos, Levasseur vió una brillante posibilidad y concibió a favor una táctica, aquella de empezar las realizaciones por la parte del Este, o sea, la antigua Colonia Española. En efecto, había tenido frecuentes contactos con los elementos de origen dominicano que ostentaban representación y cargos en Puerto Príncipe, y los había encontrado encantadoramente afrancesados y proclives a una anexión francesa. De acuerdo con sus maneras, esos dominicanos le describían la situación y el sentir de su país. Eso en cuenta como principio efectivo, el Cónsul Levasseur trabajó e inclinó a su Gobierno para desviar hacia la parte del Este, al Vicecónsul nombrado para el Cabo Haitiano, Juchereau de Saint Denys y situarlo en Santo Domingo. Allí Juchereau de Saint-Denys debía ser la palanca propulsora, la guía y el sostén del movimiento encaminado a conseguir la recuperación de la Colonia. Juchereau de Saint-Denys fué perfectamente instruído por Levasseur de los propósitos y luego tuvo ocasión de establecer contactos de por sí con los dominicanos de marras, y entre todos reafirmaron e hicieron comunes los planos. A la llegada de Juchereau de Saint-Denys a Santo Domingo, el terreno estaba preparado y el partido de los afrancesados, concibió las más halagüeñas esperanzas. Veían en el Cónsul francés al Hombre; a la genuina encarnación de la protectora providencia y la concretación material de todos los anhelos; un señor francés, que por añadidura era noble, que venía en nombre de Francia a recogerlos y a llevarlos al regazo francés. A su llegada, de inmediato oscilaron alrededor de él, las más conspicuas figuras de nuestro saber, de la experiencia y del buen juicio dominicanos y la mayoría de nuestros pretendidos blasones. Aparte se quedaban los locos; aquellos que según después dijo Bobadilla: "Incluían ideas proditorias". Y esa que se constituyó alrededor del Hombre (Juchereau de Saint-Denys) fué una fuerza imponderable que se le opuso a Duarte y a los *filorios* y los obligó a los inútiles conciliábulos concertados en la calle de Las Damas, en casa del inefable Manuel Joaquín del Monte y a

presenciar las protestas y evasivas del viejo Alfáu, tembloroso por la conducta del hijo que en extraña disyuntiva, figuraba como Trinitario. Contra esa fuerza, principalmente, tuvieron que empeñar la lucha, enarbolando la enseña del radicalismo patriótico que se juzgaba irrisorio y se afrentaba como a locura; en contra de ella propugnaron frente a amenazas, intrigas, escarnios burlescos y peligros soterrados y efectivos; y en contra de ella en fin, realizaron el propósito de hacer la República; pero, desgraciadamente, permitieron que esa misma fuerza se hiciera plaza dentro del núcleo llamado a organizarla, a cimentarla y a defenderla, y esa fuerza, les arrebató el objeto de sus desvelos, para ponerlo a merced de los planes bastardos en que se tenía mayor fe. En todo aquel rejuego, Juchereau de Saint-Denys, parte prominentemente interesada, llenó cumplidamente su papel.

A Pedro Santana, que había llegado a raíz de los acontecimientos de la Puerta del Conde, conduciendo un contingente militar, a la sazón que llegaban Bernabé Sandoval y Matías Moreno desde otros sitios, conduciendo los suyos; pero que aquél y no éstos, estaba previamente trabajando por la influencia de Bobadilla en el sentido de la cábala; a Pedro Santana, lo pusieron en contacto con el Hombre que era Juchereau de Saint-Denys, y la impresión del campesino frente al sujeto exaltado por los encomios y las recomendaciones, principalmente del mentor, fué definitiva. Es cosa de una simplicidad psicológica tal, que hace superabundante todas las consideraciones y detalles.

De acuerdo con lo que convenía, a Pedro Santana se le improvisó General en Jefe del Ejército patriota, que era el elemento decisivo; y Santana y la camarilla de acuerdo con Juchereau de Saint-Denys, obrando en inteligencia con los planes de Lévassieur, se dispusieron a llevar las cosas hacia adelante, hacia el fin propuesto. Ah! Bobadilla, hombre infeliz, mal dominicano, ¿por qué no escribiste tus memorias?

El historiador don José Gabriel García, reseña en su meritoria obra, que el plan Levasseur renació en 1844, a diligencias de la camarilla antinacional que se había adueñado de la Junta Provisional Gubernativa, desplazando a los generosos y poco avisados trinitarios y colaboradores de buena fé. Esa apreciación constituye un error. El plan Levasseur era el propósito no desmayado que animaba los pasos de esa camarilla; plan que si no cristalizó en realidad, convirtiendo a la naciente República en colonia o protectorado francés, fué porque fuerzas externas gravitaron sobre el ya estremecido régimen de Luis Felipe, en Francia, y lo forzaron a declinar la posibilidad de esta expansión en América. Juchereau de Saint-Denys, Santana y la camarilla, hicieron todo lo que les concernía para llevar a éxito el viejo plan, y en este primer episodio, sólo el destino salvó a la República.

BUENAVENTURA BAEZ

Hijo de un descendiente de español y de una esclava, Buenaventura Báez nació en Azua, alrededor de 1810. ("En la Catedral de Santo Domingo hubo un canónigo muy ilustrado y escritor, llamado don Antonio Sánchez Valverde. Ese señor canónigo fué a pasar una visita eclesiástica a Azua y allí hizo amistad con una señora casada, cuyo esposo estaba en España y próximo a regresar. La señora salió encinta del Canónigo y entonces resolvieron traer el niño, recién nacido a Santo Domingo y lo depositaron en la Capilla de la Altagarcia de la Iglesia de San Nicolás. Allí creció el muchacho hasta los 16 años y de allí salió teniendo por apellido el nombre de la Capilla en que fué expósito. Por eso se llamó Pablo Altagracia. Al salir de allí lo recogió un platero de apellido Báez y con él aprendió el oficio de platero dorador. Cuando aprendió el oficio quiso marcharse para Azua y entonces el platero lo autorizó a usar su apellido. Báez, pues le dijo que Altagracia no era apellido. El niño aceptó el consejo y se marchó para Azua. En ese lugar trabajó en cortes de madera con buena fortuna y llegó a ser hombre de algún capital. Se casó y no tuvo hijos con su esposa. Un día, Pablo Altagracia Báez, recibió una carta de un compadre suyo del Rincón de Neyba, quien le suplicaba que le comprara una esclavita muy bonita que tenía, pues su esposa, la del compadre, es-

taba muy celosa con la esclavita. Pablo Altagracia Báez compró la esclava que era una negrita muy bonita, pero no era retinta, sino acanclada o color de tabaco. De esa negrita tuvo Pablo Altagracia un hijo que se llamó Buenaventura. No pudo ser reconocido legalmente, porque el padre era casado: (C. A. R.)

Físicamente, Buenaventura Báez, heredó las trazas mezcladas de las dos razas de que provenía. Las facciones un tanto ordinarias, crespo el cabello, mediana la talla y aceitunado el color. Por diligencias del padre, el hijo recibió en el extranjero una de las más completas educaciones que podían contarse entonces en el país. Cuando fué hombre, esa educación le valió preponderancia en el lugar de origen, Azua. Sirvió a la dominación haitiana. De la pléyade de conservadores ilustrados de la época, y más que la mayoría: Meléndez Valdez, Medrano, Caminero, etc., al igual únicamente de Manuel Joaquín del Monte, Buenaventura Báez fué decidido servidor de los haitianos, íntimo de Boyer y temperó con su ideología política. No se incorporó al movimiento separatista en cuya posibilidad no creía, entorpeciendo la gestación de la República, cuando se presentó la oportunidad. Sin embargo, cuando ella pareció un hecho, en virtud de la atracción de los semejantes, encontró cabida dentro del nuevo orden de cosas a favor del cenáculo que la capitaneaba, y desde ahí empezó a influir notablemente en los destinos del país. En la camarilla que iba dirigiendo a la República y formándola, a pesar de ella, en espera de que llegara la ocasión de realizar "planes en que se tenía mayor fé" encontró Báez acogida simpática por afinidad de pareceres, y desde temprano, se convirtió en el complemento intelectual y agente de consejo del Hombre fuerte, pero tosco, que era Pedro Santana. Fué su colaborador prominente y él lo llevó a la Presidencia de la República, en una de aquellas primeras treguas ficticias que se permitió darle al poder; mas, hasta entonces duró la fraternidad.

SANTANA VERSUS BAEZ

Pedro Santana había llevado del ható a la dirección del ejército y de éste a la Presidencia de la República, las mismas modalidades que eran el acervo de su temperamento. Los éxitos de las armas dominicanas en la guerra, explotados en su favor por la camarilla que creía estar formando un ídolo para su uso, ensorbecieron las tendencias autoritarias y despóticas que de suyo tenía el sujeto. La obra de la camarilla surtió su efecto, pero el instrumento, bien pronto se hizo cargo preponderantemente del papel en tercera que se le asignaba. De ello dió las primeras muestras, cuando le arrancó a los constituyentes de San Cristóbal, el célebre artículo 210. Sin saberlo posiblemente, Santana copió a la letra de Rosas el de La Argentina, el procedimiento, y copió de él también, las tretas de retirarse calculadamente disgustado a El Prado, en las ocasiones en que deseaba se le ofreciera aquello que no se dignaba tomar de *motu-proprio* como en todo caso podía.

Ya desde antes de ocupar el poder, consagrado Presidente de la República, en virtud de que era la cabeza visible del estado de cosas imperante, y como consecuencia de la conducta observada con los febreristas, del cuartelazo del 3 de julio y de los patibulos que hizo levantar temprano, un considerable sector de la opinión se le había declarado adverso. Esa opinión adversa fué siempre engrosándose.

Un hecho no diafanizado aún y de incalculable trascendencia que hubiera sido, dió la marca precisa del descontentamiento. Aludimos al complot de Puello. Se sabe que por obra de la camarilla y del eco que se hicieron nuestros pretendidos blasones, a los propósitos de ese complot se le fijaron orientaciones hacia fines proditorios y principalmente racistas. Esa argucia no era sorprendente ya que se prestaba, en el momento, mejor que cualquiera otra argucia, para hacer repulsivos los fines del movimiento, a la vez que para desacreditar al más genuino paladín de la República auténtica, que aún quedaba sin desacreditar. Las sombras que fueron echadas sobre la intentona que fracasó la delación de Barrientos, oscurecen todavía la memoria y enturbian la figura de quien tanto sumó para la empresa de hacer la República en la noche definitiva del 27 de Febrero y luego en la inmortal jornada de La Estrelleta. Obra del descontento y de la reacción anti-santanista, fué la conspiración de Puello, que siguiendo una mala tradición todavía se estigmatiza. Mas, ¿a quién cumplía justificar ese movimiento e impedir que hasta ahora su recuerdo se envuelva en sombras oscuras? Los antinacionales que luego fueron *baecistas*, se hermanaban entonces con los *santanistas* y rumiando un pasto común formaban el Gobierno. Los pretendidos blasones fueron falsamente impresionados y la impresión se generalizó. Mas lo cierto fué que Puello en aquella situación espuria surgía como una disyuntiva y era preciso eliminarlo. Ya lo propio se había hecho con María Trinidad Sánchez, y se harían cosas iguales con otros... Sin embargo, la oposición existía y no obstante estar manifiesta, por carecer de persona que la encabezara o de un nombre a que asirse, flotaba amorfa en el país y al extranjero se fué hecha dolor en los patriotas extraños del suelo que acababan de libertar. Más luego se sumaron a esa corriente, los elementos echados con el Presidente Jiménez, y no pocos oficiales del ejército que fueron maltratados o sufrieron injusticias. En este último aspecto, llegó la protesta a hacerse clamorosa, por aquel injustificable capricho

de Santana de hacer a don Ricardo Miura, General; ese capricho hería la susceptibilidad del elemento más importante entonces, el militar, cuyos grados, relativamente pocos y prestigiosos, habían sido ganados en los campos de batalla.

Ahora, en la ocasión en que con el mayor beneplácito de Santana, Buenaventura Báez ocupó la Presidencia de la República por primera vez, todo hacía esperar y nadie más que Santana lo esperó, que Báez, desprevenido de otros valimientos a propósito que no fueran su protección y el consenso de la camarilla de la cual a partir de su ingreso, fué figura notable; todo hacía esperar que la gestión desarrollada en el poder por Báez, se mantuviera por completo subordinada a los métodos y caprichos de Santana... Ya era la época en que a fuerza de ver batir incensarios en su torno, el Caudillo seibano creía sinceramente en su autosuficiencia, en que era insustituible y que materialmente dicho, el pobre país era de él. Sin duda Báez, inteligente y conocedor de las circunstancias, ocupó el cargo con la mejor voluntad y estuvo bien dispuesto a plegarse a lo necesario, y de ello no dió pocas pruebas al principio. Sin embargo, a pesar de él, una camarilla particular se le formó en torno, y dentro de ella figuraron connotados elementos de la oposición a Santana. La evolución de los procesos es larga, pero a la postre, la vieja disidencia encontró asidero, y sin tener en cuenta los antecedentes del sujeto, haciendo válida la ocasión, la oposición concretó en Báez el espíritu de reacción, y luego que el intemperante Santana produjo la ruptura, se manifestó el hecho de enfrentarse hombre a hombre, o mejor, nombre a nombre, que luego con el distintivo del *ismo* como enseña, como programa, como ideología, simbolizó las dos tendencias radicalmente antagónicas en que se dividió el país.

Los dos hombres que de por sí no acusaban diferencias en relación con asuntos de estado alguno; que no tenían programas de gobierno, ni expresos ni tácitos, ni métodos a ese respecto, a

mediocridad y que los ha abandonado a sí mismos— Moreau de Saint-Mery. Descripción de la Parte Española de Santo Domingo).

El período de la España-boba, en donde el secular abandono y desgano hacia nosotros, rayó en el último punto, no fué motivo, empero, para que el sentimiento nacional de apego a España sufriera menoscabo. El amor, derivado de la comunidad de origen, del idioma y más o menos de las costumbres, ligaba al dominicano con el español con fuerzas suficientes como para que no se tomara en cuenta la apatía y la desinteresada conducta seguida con la Colonia. No fueron capaces para hacer mella en nosotros, ni modificar nuestros sentimientos, las desidias, indolencias y desgano, constantemente manifestados, ni nos resentimos en fin, porque casi se prescindiera de esta Colonia por el hecho de no tener minas de oro, o no ser fuente de pingües beneficios como otras. Y resulta que a don José Núñez de Cáceres, los dominicanos le guardamos más bien rencor, por aquella determinación, acertada en la dirección o no, de independizar al país y buscar por otros rumbos, un presente mejor y mejores perspectivas para el futuro. El dominicano se aferraba a lo español por una especie de amor romántico, y añoraba su tutela, sin que para ello interviniera en la forma, como se ha querido dar a entender, el negocio de “los asignados”. Finalmente, las consecuencias del proyecto de don José Núñez de Cáceres que trajo a los haitianos, acabó por echarle encima a él y a su redentora idea, la idea de independencia, la maldición del país.

Más que en ninguna otra parte de América, en nuestro fondo nacional se asentaba a manera de sedimento básico, el apego a España y era poderosa su atracción. Unos cuantos años de ausencia al 1861, habían borrado los recuerdos de los clásicos defectos de su sistema colonial, y habían matizado agradablemente, hasta aquellos materialmente tristes y penosos, aún

fueran semi-recientes, como los de la época de "don Carlos Co-nuco". Ese amor, latente, era de continuo reavivado por recordatorios a propósito; en la mayoría de nuestros hogares se vivía bajo la nostalgia de lo español. Por esas causas, el proyecto de Santana fué acogido con entusiasmo por no pocas regiones y pueblos del país. Fué necesario luego, en tiempos en que ya habíamos pasado por otras transiciones, que la conducta torpe, la incapacidad, el nepotismo y la intransigencia, puestas en obras por los desmeollados gobernantes peninsulares, aquí y desde allá, no hicieran posible la estabilidad del cambio y contribuyeran en gran medida, a curarnos de las tendencias a la supeditación y, especialmente, de las añoranzas españolas.

Pedro Santana, por su parte, conjuntamente con la camarilla que ayudó a fraguar la trama, llevaban en la empresa miras muy particulares. Suponían y esperaban que las fuerzas que España emplazaría en el país, en apoyo y a disposición del régimen, lo harían inamovible. El prestigio y el poder de España, pensaban, descartarían para siempre la amenaza de los sospechados planes haitianos, y ellos, los anexionistas, se aprovecharían cada cual de acuerdo con su facultad y estado, de las prebendas con que de seguro los obsequiaría la Corona, en agradecimiento a la ofrenda que se le hacía.

Conjuntamente con las vaporosas esperanzas de pro-españoles y anexionistas, los deliquios del Caudillo del Seibo y de su comparsa, sufrieron un triste descalabro. Resulta que los españoles venían inspirados en propósitos bien distintos a sus esperanzas y a sus miras. Comenzaron temprano a obrar en interés exclusivo y de acuerdo con sus peculiares rémoras. Aplicaron preceptos, ordenanzas, leyes, desvinculadas a las costumbres nacionales. Suplantaron el racional sistema del Código Civil, a cuyas prácticas expeditas estábamos acostumbrados, y en su lugar promulgaron aquella embrollada legislación a base de profusos có-

dices y de costumbres, en la materia, distintas a las nuestras. La camarilla y Santana, por otra parte, vieron pronto como se les depojaba del poder absoluto para disponer de los empleos. Como siempre y en todas partes, los españoles trajeron señoritos ociosos y desaprovechados de facultades para formar la burocracia. Santana, especialmente, acostumbrado a ser dueño absoluto de la cosa pública, se sintió molesto. Su irritación subía de grado, al paso que medidas no acordadas con él se iban poniendo en práctica. Además, hirieron profundamente el sentimiento público, la conducta y las prácticas a lo Torquemada, que en un medio ageno a prejuicios sectarios, sin conflictos religiosos, tolerante, pro-masón, olvidado de resortes inquisitoriales, de repente e implacable, impuso el Prelado Monzón. Haciéndose cargo de todas esas cosas, como en los ya remotos tiempos en que solía hacerlo, y con los mismos fines, es decir, para que sus atemorizados servidores acudieran a aplacar sus disgustos, sometiéndolo todo a su voluntad y a sus caprichos, Santana renunció el cargo de Capitán General con que al principio se le investió, y se retiró a El Prado. En esta ocasión se le cogió la palabra. En lo adelante, quedó condenado dentro del Marquesado de Las Carerras que en recompensa le dieron, a rumiar sus rabias y a veces a cometer exabruptos, pero sin poder zafarse, por fuerza de la menguada honra, del tren de cosas formado. Sin embargo, disconforme y regañón, se convirtió en el censor de los interventores. El Capitán General, Rivero y Lemoine, viejo y gastado militar, incompetente en su ramo al igual que como administrador civil, que le sucedió en el mando, fué víctima de sus exabruptos; pero no tardó en llegar el vengador.

La guerra ardía en su apogeo y el país era un foco de insurrección. Vecino de los acontecimientos, el General José de la Gándara y Navarro se lanzó por su cuenta desde Santiago de Cuba en donde ejercía mando, hasta el sitio de la contienda. Con el inconfundible sello de intransigencia, torpe e inver-

tebrado además, y como no podía ser de otro modo, ignorando todas las peculiaridades del país, la idiosincrasia de sus pobladores y las causas que movían la revuelta, llegó La Gándara. Así, no tardó en ser elevado a la Capitanía General; de inmediato completó la oligarquía militar que era el socorrido sistema de los gobiernos hispanos. (Desde hace más de un siglo, el Gobierno de Santo Domingo ha sido siempre dado a militares, con excepción de uno que fué tomado del cuerpo de marina... Esa plaza frecuentemente fué dada a oficiales de los guardias del Rey de España.— (Moreau de Saint-Mery. Descripción de la Parte Española de Santo Domingo). Las cosas fueron de mal en peor. La Gándara halló en quien desafogar las iras resultantes de los fracasos por donde quiera experimentados, y Santana a sus manos, pagó las que debía. Se propuso domar la soberbia cerril y vengar los desafueros con que el Marqués había herido profundamente al General Rivero. Lo acusó de haber engañado a España con la Anexión y sus sucesos, y por diversos modos, le formó expediente inquisitorial.

Nada justifica en el caso de La Gándara, la conducta inhumana seguida con Santana, conducta que pecó de inconsiderada e ingrata. Si del lado dominicano Santana había sido un traidor, en cambio, merecía consideración por parte de los españoles, por haber de cualquier modo ensanchado sus dominios y proporcionándoles, sin mayores sacrificios o sin ellos, un sitio inesperado en un mundo de donde a sangre y fuego se les echaba. En el holocausto, Santana había depuesto el honor y trocado su condición de ciudadano libre y amo de su tierra, por aquella de colono y subalterno. Más tarde, al rumiar las amarguras de esas y de otras parecidas reflexiones, y cuando ya no había tiempo, cuando todo para él se había perdido, principalmente el honor, imperativamente debieron surgir y surgieron desde el fondo de su indomable soberbia y de las borras de su torturada conciencia, nefandos proyectos, y resultó su muerte oportuna, para

cerrarle el paso a sabe Dios cuáles eras, los designios que en su contra abrigaba el General José de la Gándara y Navarro. Muerto Santana, con todo, el odio concentrado de que aquél le hizo objeto y del que está cargado su libro *Anexión y Guerra de Santo Domingo*, repugna aún a los mismos que no pueden perdonarle por razones cristianas, el crimen y el baldón de su obra.

SANTANA Y BAEZ A GUISA DE PARALELO

El movimiento en demanda de la restauración de la República, surgió como un sacudimiento espontáneo del país, pese a la voluntad de sus líderes, más claro, en contra de su voluntad. Se apagaron los ismos durante los acontecimientos que duraron dos años. El autor de la anexión, Santana, se vió al fin abandonado por la mayoría de sus prosélitos, y lo mató, entre otras cosas, la soberbia y el rencor cuando se dió cuenta de que se le escamoteaba definitivamente, la obra que había querido realizar para su eterno provecho. Soberbia y rencor exasperados, cuando no logró que la gente extraña que había traído a *su país*, no fuera a apaciguarlo a El Prado, en donde se refugió como antaño, cuando se hacía el descontento; que si bien fueron y al cabo, a procurarlo allí, fué con la intención de enviarlo a la Metrópoli, bajo partida de registro, como a un facineroso. Murió y de él quedaron vagos tintes avergonzados, como recuerdos que apenas sobrevivieron distintos, al extraño fenómeno que ocurrió con su émulo, Báez.

Una incalificable carencia de civismo nacional, o más bien, de pudor, se puso de manifiesto a poco de realizada la Restauración. En síntesis que no podía ser más clara y en ocasión memorable, hizo su exégesis, amargado el espíritu, el Padre Meriño. La persistencia del *ismo*, por la perduración del Caudillo,

trajo al Hombre, a Báez, a ocupar un sitio que por razones nuevas en adición a las antiguas, no le correspondía. Acudió como Mesías a la llamada que se le hizo desde el suelo ensangrentado por la lucha emancipadora que él no había compartido ni siquiera en espíritu; al menos, de parte de los emancipados. Fué ese un hecho capaz de rubricarse como excepcional, aún en los medios en que por viejos y degenerados, la política corrompida, pudiera obrar milagros. Es el caso que mientras vivió el Hombre, su nombre continuó distinguiendo a una facción que no se extinguía, propugnando siempre por llevarlo al poder, pese a todos los desaciertos, pese a las defecciones y pese a lo cada vez más maculado de su pensamiento y de su actuación gubernativa. No se pueden encontrar los extraños incestivos que movían los impulsos, ya que ideal no podía haberlo. En raras ocasiones se ocupaba cargo con problemática remuneración y que en ningún caso podía compensar las pérdidas materiales sufridas en el curso de los levantamientos. Hay ejemplos en esta impenitente bandería, como el del cabecilla mocano Juan de Jesús Salcedo, que después de una porfiada lucha en que a fuerza de tenacidad condujo desde el corazón del Cibao una revolución triunfante hasta la Capital, a donde enseguida se organizó la importación del Caudillo para instalarlo en el poder, recibió de él, como premio a la llegada, un beso a lo curazoleño en la mejilla y una silla de montar. Ambas prendas hicieron rebozar de tanta satisfacción y orgullo a Salcedo, que fueron capaces para que luego se hiciera matar, en holocausto a la causa baecista, en un camupo de La Vega. El fanatismo que hacía expirar a los irreductibles parciales, victoreando el nombre del Caudillo, era bien digno de otra causa, y sin duda, de otro héroe.

En el paralelo que se haga de estos dos primeros caudillos, Santana y Báez, casi nada se encontrará que tomar en cuenta en conexión con el interés nacional. Hacerse cargo de ello es fácil y la aseveración imperativa, siempre que se asuma la posición



General Buenaventura Báez

de un observador estricto, al cual, remotos heredados sectarismos, u otras cosas no le mediaticen el criterio o le embarguen la libertad de expresar los juicios con claridad y entereza. Se vé, sin embargo, que Santana tiene en su haber frente a Báez, la actuación militar.

Bien; por obra de las circunstancias, como ya se ha dicho, Santana fué improvisado General y se le dió el comando de las fuerzas patriotas, sin que ningún antecedente lo recomendara como propio para el caso. El resultado del examen de sus campañas desde Azua a Guanuma, no sirve como para recomendarlo; antes mejor, revela testimonios y pruebas suficientes para descalificarlo en tal sentido. Veámos: el General Santana tenía valor personal; esa es una condición que no le negaron ni aún sus enemigos más encarnizados; pero, importa mucho más que esa condición en un General en Jefe, la capacidad y el concepto estricto del deber; éste último, se sabe, lleva envuelto el valor personal. El primer hecho de armas que fué el bautizo de fuego del flamante General, la Batalla de Azua del 19 de marzo de 1844, fué una acción defensiva. Por lo pronto, mal cuadraba ese papel a un ejército cuya misión era a todas luces lo contrario. En Azua, el valor y la resistencia dominicanas, rechazaron al enemigo; lo rechazaron únicamente. Durante esa acción, ninguna disposición ni acto del General en Jefe, allí presente, revela ni sus iniciativas, ni su capacidad. Pasada la batalla, no se dispuso perseguir al enemigo u hostilizarlo, por cuya causa, pudo replegarse en orden y apostarse en donde le convino; pero esos detalles, empero, no fueron nada, porque lo inaudito surge a continuación. Sólo se registra un hecho semejante en nuestras contiendas civiles y que todavía su recuerdo mueve a risa, mientras que aquél, sumió a muchos en la desesperación y pudo ser de consecuencias definitivamente fatales para el país. Es el caso que el General en Jefe Santana resuelve y lleva a cabo la famosa retirada y abandono de la plaza que acababa de defender. Tal

los triunfantes defensores de Bayaguana le salieron huyendo a los muertos y a los heridos, en la tarde de la victoria. Pero el incendio por el enemigo de la plaza de Azua fué el resultado inmediato de la incalificable iniciativa del General Santana; la única que se le reconoce en este primer episodio y que es capaz de darle un vuelco a la estrategia militar. Triste e inusitada iniciativa, la de replegarse, abandonando un bastión frente al enemigo batido. Por obra de eso, estuvo a pique de ser estrangulada la naciente República; la salvó, pese al General en Jefe, la revuelta que en Puerto Príncipe derrocó al Presidente en campaña, Herard aíné, y desmoralizó a sus huestes.

En las tres acciones francas de guerra en que personalmente se encontró el General Santana: Azua, Las Carreras y Bermejo, por lo pronto, no hay que hacer mención de estrategia; la táctica de casi todas nuestras acciones bélicas, fué la de ataques a resistencias de frente y en ninguna de las tres acciones enumeradas, Santana dió demostraciones de audacia, y no tuvo firmeza, ni en Azua, ni en Bermejo. Iguales circunstancias que en la Batalla de Azua, obraron sobre el enemigo en Las Carreras, de donde sin haber sido hostilizado, también hubiera emprendido la retirada a Puerto Príncipe, por virtud de que los asuntos de Soulouque andaban mal a la sazón allí. Sin embargo, en Las Carreras, Santana peleó él mismo, como un sargento, mandando un pelotón. Constituye ese hecho sencillo una excepción en su táctica invariable de apostaderos a retaguardia. General peregrinamente conservador y de segundas miras, apostado a retaguardia se mantuvo durante la campaña que culminó con nuestras victorias de La Estrelleta y Santomé y de acuerdo con esos mismos principios y mañas, llevó a cabo ¡gracias a Dios! la campaña de la Restauración.

El interés principal del General Santana, siempre estuvo en la lejana retaguardia. Hacia ella miraba y hacia ella acudió en 1844, ocasión en que propició el motín del 3 de julio, aprove-

chando los contingentes y las armas que le entregaron para defender la República y volverlas en contra de la superioridad legal de la Junta Provisional Gubernativa y traicioneramente derribarla; hacia la retaguardia miraba en 1845, mientras su víctima más tarde, Puello, se cubría de gloria frente a los cerros de La Estrelleta; y en los confines del N. O. ignorados por él, Francisco Antonio Salcedo desalojaba a filo de machete a las huestes del orgulloso sobrino del ex-Rey Cristóbal, Pierrot, apostadas en Beler. Hacia lo mismo en 1855, mientras en la remota lejanía la sabana de Santomé se incendiaba, y Contreras, y Cabral y Pedro Nolasco de Brea y tantos otros, se jugaban la vida frente a la fusilería haitiana... Mirando hacia la retaguardia con pretenciones de cubrirla, dejó que las fiebres destrozaran el más importante contingente militar que ha figurado a las órdenes de un jefe criollo, el ejército de Guanuma. Por eso, cumple darle gracias a Dios porque en ese caso fuera Santana quien mandara el ejército enemigo, que era de un poder y de unas fuerzas suficientes, como para en otras manos, deshacer los abigarrados contingentes con que contaba la revolución restauradora. En fin, ese fué el primer caudillo dominicano a quien los *santanistas* le otorgaron un día, el título de Libertador, porque en definitiva, decían que eran suyas y las enviaba su hermano Ramón, las reses y los bastimentos que sostenían los cantones.

Muerto Santana, su sombra flota en nuestros recuerdos. A los que son adultos de conciencia y condenan la historia, le es imposible paliar siquiera sus faltas, sus delitos y sus crímenes, a saber: la intemperancia, la ineptitud, las segundas miras, la adominicanidad; la retirada de Azua, la vocación a traicionar, el motín del 3 de julio, la expatriación de Duarte y los febreristas, la claudicación frente a extranjeros (Juchereau de Saint-Denys). El sacrificio de patriotas meritorios: María Trinidad Sánchez, los Puello, Duvergé... El parricidio de 1861, la muerte de José Contreras, el Cadalso de El Cercado, el Cementerio de Juan Alva-

rez... No procede ni el olvido ni el perdón. Es preciso que alrededor de su tumba monten guardia la dignidad nacional y la conciencia ciudadana, para impedir que el ejemplo personal se copie y se corrompa otra generación.



General José María Cabral

JOSE MARIA CABRAL

Pasada la guerra de la Restauración, el estado del país, presenta características confusas. En lo que respecta a la política interna, se manifiestan graves síntomas que no daban lugar a dudas acerca de lo que iba a ocurrir después. La inestabilidad de los rudimentarios gobiernos, los pronunciamientos, los revoltosos cambios, aún en plena guerra, y una serie de intrigas encaenadas, hicieron del período concurrente y posterior a aquel evento, el más embrollado y difícil de nuestra historia nacional. Los resultados se iban a sentir muy lejos, acarreándole al país, en la nueva etapa de la República, fatales consecuencias. Como corolario, no se puede penetrar la confusión y resulta difícil encontrarle una racional explicación a las causas de lo que sucedía. Es casi imposible, por consiguiente, fijar la actitud de los hombres, que con no muchas excepciones, adoptan frecuentes posturas incompatibles con la posición anterior, con las circunstancias en que se colocaban y especialmente, con las inclinaciones que debían suponersele. Un ejemplo de esos casos es precisamente, José María Cabral,

Después de su destacada actuación en la guerra de la Independencia, Cabral, al producirse la escisión partidarista, tomó partido por Báez, frente a Santana. Se explica la decisión. Cabral era sureño y desde antes de 1855, el héroe de Santomé,

como su conmelitón Juan Contreras, no fué persona grata al futuro Marqués de las Carreras. Es inútil investigar las causas de la animosidad, pues en la mayoría de los casos de esta especie, Santana obraba por caprichos. Figurando entre los desafectos, Cabral sólo esperaba, como los demás en sus condiciones, un asidero político, el cual encontró en Báez, que para mejor, era sureño como él. Estando en la oposición, no tuvo vinculaciones con los actos parricidas de 1861. Al revés de Juan Contreras, a Cabral no lo ató el juramento de lealtad a España, y tiene la honra de figurar con Francisco del Rosario Sánchez, en la segunda protesta armada en contra de la Anexión, y no obstante el desgraciado fin de aquel intento, epilogado en El Cercado, como sureño, deja establecido un principio de ascendiente por aquellos predios, los cuales más tarde, debían constituir su baluarte político. Ya mediaba la guerra de la Restauración, las circunstancias lo llevan a dirigirla en el Sur. Se distingue notablemente en La Canela, se le incorporan las fuerzas vivas de la región, y al final de la contienda, llega triunfante, el primero, a orillas de la Capital, a tiempo en que la desocupación del país, ya decretada, iba a llevarse a cabo. Era de esperanza que a favor de esas oportunidades, y de las fuerzas que oportunamente se le sumaron en forma de opinión favorable en la Capital, en donde por ausencia del Gobierno establecido en Santiago, asumió la primera autoridad; circunstancias y fuerzas que por de pronto le permitieron contrarrestar la preponderancia de los líderes noroceanos y cibaños; era de esperarse que Cabral, se revelara definitivamente a la altura del papel que se le ofrecía. No lo hizo cumplidamente, y a la luz de todos los detalles, nos encontramos con este hombre, en presencia de la más extraordinaria carencia de aptitudes que pueda darse en un sujeto.

Como en el caso de Santana, a Cabral se le reconoció valor personal. Parece que fuera esa la cualidad suficiente, para hacer fortuna en un medio en donde por los constantes ejercicios, el valor debió parecer una cosa corriente. Amén de eso

y del desinterés, condición que no es positiva, los trazos de acuerdo con los cuales se le pueda juzgar, son en todos los casos desfavorables. Cabral no tenía carácter; de una muy escasa capacidad mental dió pruebas suficientes, para que se le pueda estimar por debajo de una medianía. Se puede inferir también, que no tuvo conciencia de la propia importancia, ni de la posición en que las circunstancias lo colocaron en determinado tiempo.

En la sucesión de los gobiernos a partir de Capotillo que se establecieron en Santiago, le cupo turno a Pedro Antonio Pimentel en los ensayos. Desde temprano, se hizo general el descontento y Pimentel no obtuvo el apoyo necesario para sostenerse y una revuelta lo forzó a darle paso a un sistema ad-hoc, para llegar por medios constitucionales a la organización del gobierno. Cabral, a quien impelieron los manejos en la Capital, a figurar a la cabeza del movimiento en contra de Pimentel, fué reconocido y por acuerdo de los generales, proclamado Protector de la República.

Las tareas del Protectorado estuvieron de continuo embarazadas por múltiples inconvenientes; todo era consecuencia del desajuste general y de un sin número de causas de difícil explicación. Conjuntamente con eso o formando parte principal, la tendencia *baecista*, estimulada por la cercanía del Caudillo ya establecido en Curazao, conspiraba abiertamente en persecución de sus eternos fines. Cabral, irresoluto que era, y embarcado en aquel mar de complicaciones sin cuento, reconoció su incapacidad y trató de deponer el mando, en manos por ejemplo, de su colega Luperón. Cuando no lo consiguió, dirigió las miradas hacia el antiguo caudillo, Báez, y le hizo cumplidamente el juego a sus parciales. Se dió el caso inaudito de un Jefe de Estado que conspiraba en contra de su propio orden de cosas. Pobre hombre! Una asonada y un tumulto bastaron para que abdicara y en seguida se sumara a los revoltosos; y es más, en compa-

nía de otro restaurador prominente, su antecesor en el gobierno de la República, Pedro Antonio Pimentel, se dirigió a Curaçao en busca del impenitente Caudillo, Báez, para instalarlo en el poder.

Al ocupar esta vez la presidencia, Buenaventura Báez, con asombro quizás del mismo y amargura de los espíritus sanos, que los había, —¡vive Dios!— le asignó a Cabral un puesto en su gabinete, como Ministro de Guerra. En la transición a ojos vistas, perdía; el descenso era de primero a segundón. Conforme, porque había declarado anticipadamente que Báez era la paz y la prosperidad para el país; confesión implícita de que él no lo era y, además, un falso atestado, que Báez llegaba con una bandera blanca y un ramo de olivo, etc., Sin embargo, la extraña conducta que asumió en seguida y la determinación en consecuencia, comprueban que tales cosas las decía por decir algo y en las que ni siquiera había pensado, pues a poco renunció el cargo y tomó las de Villadiego. Se ha tratado de justificar esa actitud con la versión de que fué motivada en razón de que el ramo de olivo se convirtió temprano en foete para sus amigos del Sur, a quienes se hizo víctimas de persecuciones. . . Y bien, entonces ¿de qué servía el Ministro de Guerra y coautor del advenimiento del Caudillo? Con todo y no empece las idas y venidas, las deficiencias personales y la falta de propia estima, Cabral era un valor en la opinión. Su nombre como enseña, distinguía a una facción: no se necesitaba más para ser caudillo.

CABRAL VERSUS BAEZ

Al paso que lo anterior ocurría, se trataba de formar un partido político que reuniera en un haz, los elementos que habían luchado en contra de los españoles. Fué el primer intento entre nosotros para crear un partido de principios, intento que fue frustrado por la vocación irreductible al personalismo. Con extracciones *santanistas* y *baecistas* y los escasos elementos independientes que pudieron encontrarse, se formó en principio, un núcleo que tomó el nombre de Partido Nacional. Por la misma formación a base de tendencias heterogéneas y por faltarle de modo definido un caudillo o jefe, condición esencial y previa para el nacimiento de los partidos políticos en el país, el Partido Nacional no logró, como partido de principios, la consistencia e importancia numérica que habían conseguido los anteriores personalistas. Resultó en realidad, una semiamalgama de *luperonistas*, *pimentelistas* y *cabralistas*, con desprendimientos de unos cuantos elementos de origen *baecistas*, que a la corta o a la larga, casi todos volvieron a ese redil. Cabral, debido a la importancia del cargo que en un principio desempeñó, y a su calidad de General de la antigua República, asumió teóricamente el carácter de jefe de ese partido, apoyado por la influencia de Lupe-rón, quien aportaba el mayor contingente en el concurso. Corriendo los sucesos, el Partido Nacional se distinguió con el apodo de *azul*, frente al *baecista* que se apodaba *rojo*.

En este período no puede decirse que el Partido Azul, en forma homogénea, se enfrentara al Rojo; más bien, de una manera independiente, lo hicieron sus líderes principales, seguidos de los correspondientes prosélitos. Así, a poco de llegar a Curaçao en su expatriación voluntaria, Cabral se trasladó a Haití, traspuso la frontera y se internó en el Sur, en donde ya se había levantado el estandarte de la revuelta en contra de Báez. Cabral tomó el mando de la facción en armas, que siguió el curso perezhoso que solía distinguir sus empresas. No dilató el Cibao en responder al movimiento, e impulsado por Luperón, principalmente, se organizó en Santiago un Gobierno Provisional, dando al traste en poco tiempo, con él en esta ocasión, endeble régimen *baecista*.

Depuesto Báez, el Triunvirato (Luperón, Pimentel y Federico de Jesús García) no obstante la experiencia anterior, la del Protectorado, fresca todavía, descargó en Cabral el mando en calidad de Ejecutivo. Tal decisión la impuso, por un lado, el deseo de eliminar una latente aspiración de Pimentel, y por otro, la manifiesta condición de Cabral como caudillo maduro. Más luego, fué electo constitucionalmente, Presidente de la República.

Como la vez anterior, el Gobierno de Cabral se distinguió por las vacilaciones y la falta de energía, y al final, por una vergonzosa inclinación hacia las prácticas *santanistas* y *baecistas*; quiso negociar, sino el todo, parte del territorio nacional, la Bahía de Samaná, con los Estados Unidos. Las tendencias apatriotas estaban redivivas, no obstante la epopeya de Capotillo. Se daba un cambio de frente, orientándose los esfuerzos hacia un cliente nuevo, los Estados Unidos, pero los propósitos eran los mismos. La pretendida negociación sirvió de pretexto, ¡qué irrisión! al *baecismo* desde temprano en armas, para fomentar una poderosa revolución que tuvo como promotores y jefes principales a anexionistas y españolizados. Esta vez, avisados, no querían

dejarse echar la zancadilla y la prueba de ese deseo la evidenciaron cuando a los empujes de la revolución cayó Cabral, sin llegar a realizar el proyecto, y la revolución empezó a cumplir su propósito y programa, con aquel primer paso de siempre, es decir, mandar a Curazao por el Caudillo e instalarlo en el poder, para que desde él, en aquel período aciago de los *seis años*, trabajara al nuevo cliente, a los Estados Unidos, con el fin de realizar por su cuenta, el sacrificio de la Nación.

El historiador Bernardo Pichardo, hace notar la manera cómo Buenaventura Báez, solía ocupar el poder. Esa manera resaltaba por lo cómoda, en comparación con aquella que tenían que emplear los otros aspirantes a ese mismo objeto. Estos, conducían ellos mismos desde la manigua, o los campos de operaciones, a las huestes que los apoyaban; les era forzoso hacer diligencias en pro, y correr los peligros inherentes a la empresa; Báez, no. Esperaba tranquilamente en playas extranjeras que sus parciales, movidos por un injustificable fanatismo, realizaran cabalmente la empresa y entonces, pasaje inclusive cubierto, lo traían hasta el Ozama. Llegaba el Mesías con la siguiente argumentación que una vez suscribió y que resultó ajustada para todas las otras. Decía así: "...Ausente de mi patria y sin que yo hiciera cosa alguna para volver a ella, recibí una Comisión informándome que todos los pueblos me llamaban al Poder... Entonces, acatando la voluntad nacional, vine a ponerme a las órdenes de la gran mayoría".

La voluntad nacional y la gran mayoría, eran sus obsecados partidarios, hombres rústicos los más, campesinos, cuyo fanatismo tenía fundamento en un hecho casual y con el que nada tuvo que ver el Caudillo. En efecto, en la oportunidad en que ocupaba por primera vez la Presidencia, ocurrió un alza notable en el precio del cacao y del tabaco en los mercados extranjeros. Ese hecho, debido a causas ajenas a resortes nacionales, fué tomado y explotado como obra de Báez, y la mayoría de nuestros campe-

sinos, casi todos entonces cultivadores de esos productos, esperaban con su advenimiento al poder, la repetición de aquel hecho que conllevaba la prosperidad. En las ocasiones sucesivas en que fué Presidente, el milagro no se operó, y por el contrario, fueron cada vez más sombrías sus administraciones, lo cual no importó para modificar el criterio empedernidamente sectorista de sus parciales, como no importó la forma invariable como trataba de conseguir la tal prosperidad, ésto es, consumando el sacrificio de la soberanía y el de la República. La influencia nefasta de esa política, concurrente con la que había desarrollado el bando contrario, el *santanismo*, dió al fin los tristes resultados que debían esperarse. Si bien el destino salvó siempre al país, conservando su integridad y la independencia, es notorio en cambio, que una gran mayoría de dominicanos mostró su obsecuencia y aceptó como buena la ideología parricida, y se hizo casi general entre nosotros la falta de sentimientos nacionales y la tendencia de supeditación al extranjero. Es preciso reconocerlo; sólo gracias a la actitud y al ejemplo de otro caudillo, el patriotismo dominicano se depuró, adquiriendo la virtud y la consistencia que antes no tenía. Hasta su advenimiento, ningún otro líder dió el ejemplo constante y fué como él, verdaderamente patriota y verdaderamente dominicano: Gregorio Luperón.

Ya triunfante la revolución y en diligencias de importar al Caudillo, Cabral y los que habían sostenido su Gobierno, emigraron a Curazao, a Venezuela y a Saint Thomas. Se dieron en seguida a la tarea de organizar la contrarrevolución. Pero en seguida, se puso de manifiesto un total desacuerdo: las tres fracciones que componían el Partido Nacional, movidos por sus respectivos líderes, Cabral, Luperón y Pimentel, aspiraban cada uno para el suyo la primacía, es decir, la jefatura de la revolución, con las ventajas posteriores. Las penosas diferencias y los incidentes, también penosos, surgidos y que hicieron imposible una acción común y temprana, contribuyeron a que el Gobierno se afianzara. Al fin, cada uno de los líderes expatriados penetró por

donde pudo, y en distintos sitios levantaron la revolución. Cabral se dirigió a su campo, al Sur, para hacer una guerra poco dinámica, así como llevaba a efecto todas sus empresas. En ese espacio, ocurrió un incidente de trascendencia.

Salnave, el amigo y sostén de Báez del lado allá del Masacre, había sido echado del Poder en Haití por la revolución de los *cacoces*, tras de una de las más salvajes de las luchas armadas que se han registrado en ese país. Los *cacoces* eran a su vez, simpatizadores y semi-aliados de los revolucionarios dominicanos y, especialmente, mantenían contacto con la facción Cabral. Por todas partes acosados, el ex-Presidente Salnave resolvió buscar amparo en casa de su socio, Báez, y atravesó la frontera Sur, seguido por los últimos contingentes que le restaban fieles, y la mayoría de sus ex-ministros. A poco andar en territorio dominicano fué interceptado por las huestes *cabralistas* y, finalmente, cayó prisionero después de un rápido encuentro. La revolución haitiana, ya triunfante, requirió la entrega del ex-Presidente y de los ex-funcionarios que los acompañaban. La intención del reclamo no se prestaba a dudas en vista de la ferocidad con que se había llevado a cabo la guerra en el vecino Estado, y hubo alguna vacilación, pero medió dinero y entonces, Salnave y sus compañeros fueron entregados y asesinados en la ruta o la llegada a Puerto Príncipe. Fué la repetición de la tragedia de Oge y Chavanne desde el punto de vista de la flaqueza criolla. El hecho promovió escándalo y protesta duradera de parte de la hidalguía nacional; como toda defensa, el General Cabral se lavó las manos y declaró que el hecho había sido obra de un jefe subalterno, y que el oro del negocio no había tocado sus manos; era probablemente la verdad; mas, esa sola declaración resulta suficiente para juzgar a este Caudillo.

La revolución seguía su curso y el Presidente Báez, como de ordinario, cuando ocupaba el Poder y tenía tiempo, gestionaba la anexión del país. En esta ocasión trabajó y ganó hacia ese fin

la voluntad del Presidente Grant de los Estados Unidos, quien empleó en vano su calidad y su influencia para hacer que el Senado norteamericano la aprobara. El Senador Charles Sommer con magnífico gesto y ejemplar probidad, combatió victoriosamente la causa antinacional dominicana e hizo abortar el proyecto. Le debemos una demostración de gratitud. ¿Porqué tardamos en darla? Fracasado en ese intento, trató de enajenar la Bahía de Samaná. La determinación del país aceptando ambas ignominias y propugnada, por el Gobierno, se basaba en unos de aquellos "plebiscitos" que eran formularios de adhesión impuestos por las vías de las coacciones, de las amenazas y del terror. A esos instrumentos le llamaban estos falsarios en el Poder, la expresión de la voluntad nacional. De uno de esos se sirvió Santana en 1861, en el caso de España, y de otros trató de valerse Báez en 1870 en conexión con los Estados Unidos, para llevar a cabo la anexión y el negocio de Samaná. Sin embargo, Buenaventura Báez, por más ardor y constancia que puso en la diligencia, no tuvo la suerte en ese sentido, de su émulo Pedro Santana; circunstancias adversas le salieron al paso a sus proyectos y a sus esperanzas, y a pesar de él, como a pesar de Santana con todo y su suerte en 1861, el destino salvó al país y el ideal de Duarte y de los *filorios*, triunfó finalmente de los macabros planes en que ellos y los antinacionales tenían mayor fé. Esos planes concretaban en suma, su único ideario de caudillos y de gobernantes.

En el transcurso de aquellos *seis años*, de Báez, las ejecuciones de acuerdo con los principios *santanistas*, sumieron al país en el espanto. Extremó las ejecuciones eligiendo restauradores, tal como lo hiciera Santana con los héroes de la Independencia. Las cárceles rebozaban de prisioneros y los expulsos se contaban por centenares. Se persiguió a hombres y a familias por simples sospechas, por descoloridas delaciones o por el color contrario que se les suponía. No escaparon de las persecuciones los más sencillos e ignaros campesinos, que eran encarcelados, engrillados, expulsos o muertos, al igual que cabecillas o personas peligrosas.

A Manuel Cabral, por ejemplo, campesino agricultor de La Luisa, en Monte Plata, se le formó un voluminoso proceso, mediante una inquisitoria torturante que duró semanas, porque se le acusaba de no haberle facilitado una montura a un Diputado de la situación que se dirigía al Cibao. Una guardia especial, formada por estafalarios sujetos, la *mazorca* dominicana, realizaba a su antojo los designios del Gobierno.

Mientras tanto, después de fracasar en la línea N. O., Pimentel murió en Haití; Luperón hizo la guerra hasta por mar. Montando el vapor "El Telégrafo", realizó correrías por las costas y realizó varias tentativas de desembarco infructuosas; agotado, al fin, se refugió en Saint Thomas. Cabral, por su parte, sostuvo el levantamiento en el Sur, levantamiento que por aquellos lugares fué una endemia guerrera, hasta cuando el 25 de noviembre de 1873, ocurrió el pronunciamiento en Puerto Plata del Gobernador Ignacio María González, para iniciar la alternativa en el poder de nuevos hombres. A partir de entonces, la influencia de Cabral fué decayendo poco a poco, hasta casi extinguirse mucho tiempo antes de ocurrir su muerte. Debe reconocérsele en su abono y ya en las postrimerías de su liderato, una acción loable, pues cerró, puede decirse, el ciclo de su vida política, apoyando hasta donde pudo al Gobierno de Espaillet.

Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or introductory paragraph.

CONSIDERATIONS

Main body of faint, illegible text, likely the core content of the document.

Text block containing three distinct rectangular shapes, possibly representing a signature line or a table header.

Text block at the bottom of the page, possibly a conclusion or footer.

CONSIDERACIONES

Examinando detalladamente las actuaciones de los tres caudillos que han sido objeto de este ensayo, es posible encontrar motivos que los recomienden menos aún, y que hagan resaltar más, si cabe, como fueron los responsables de tantos hechos tristes acaecidos después y de muchas y funestas inclinaciones nacionales. La influencia de sus actuaciones nocivas y de los malos principios que sentaron, contribuyeron definitivamente a formar la fisonomía política del país, su régimen y la ética ciudadana.

— Cabral resulta al fin de cuentas el más incoloro, y si alguno pudiera justificarse por la falta de iniciativas personales, por la ineptitud y por la irresponsabilidad que llevan como sello sus actos o los que pudieran atribuírsele, es precisamente él. Por otra parte, no hizo derramar sangre, a excepción de la del Chivo y Pedro Guillermo; dos muertes a la luz de los hechos, justificadas. Además, obra en abono de Cabral, haber sido soldado de las dos cruzadas nacionales y al igual que los otros dos, y es preciso decirlo, fué como ellos también, individualmente honrado, moral en la vida privada y un ejemplo como buen padre de familia.

Muchos caudillos americanos tuvieron defectos, y en casos, graves anomalías que de algún modo viciaron el medio social y torcieron el desarrollo de pueblo que en la infancia política necesitaban guías y ejemplos bien inspirados. Las características de

las naciones, en general, es la consecuencia del modo como se les gobernó; y esa verdad resulta inconcusa en el caso de entidades jóvenes como las nuestras. El hosco aislamiento, la xenofobia y el oscuro fanatismo del Paraguay, fué la obra de sus primeros gobernantes; lo que hizo trizas el ideal de Bolívar de una gran Colombia y convirtió en fracciones díscolas el conglomerado, fué la conducta gregaria y las tendencias egoístas de los líderes regionales; lo propio y por virtud de las mismas causas, sucedió en la América Central. La obra de los primeros tiranos y el continuísmo, hizo de la tiranía y del continuísmo en otros, el método de gobierno por antonomasia. En cambio, lo que ha hecho la gran democracia norteamericana, más que la influencia cuáquera, fué la ejemplar conducta patricia de sus primeros gobernantes. En esos casos, resulta como ha dicho el insigne historiador Oliveira Martins: "Si es cierto que el pueblo es quien hace los gobiernos, no es menos cierto que la conducta de los príncipes y de los ministros modifica la naturaleza de los pueblos", Es penoso para nosotros, mas no lo podemos ocultar; nuestros primeros líderes, baten un record y constituyen una excepción casi universal; a los procedimientos acervos corrientes y al magisterio de males que ejercieron, se agregó, una incontenible propensión a traicionar la patria, llevándola a la almoneda pública. Gracias para el país y para la formación patriótica del dominicano, que en este punto, se registrara una reacción salvadora.



General Gregorio Luperón

GREGORIO LUPERON

En el Capítulo II de su obra "Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos" condensa el mismo General Luperón los más interesantes datos acerca de su persona. Allí se lee que nació en la ciudad de Puerto Plata el 8 de septiembre de 1839. Era hijo natural, no reconocido de Pedro Castellanos y Nicolasa Luperón. La madre, originaria de las islas francesas de barlovento, llevaba el apellido Duperrón, el cual españolizó el hijo, convirtiéndolo en Luperón.

Con franqueza y sin preámbulos, el General Luperón describe el estado y situación de su familia que era la materna; algo más se descubre entre líneas. La madre, en aquella ciudad costera, punto de arribo frecuente de los pobladores de las islas e islotes vecinos, duros y estrechos, productores únicamente de sal, y en donde las fuentes de vida humana estaban en el mar circundante, en la forma de peces, ejercía los quehaceres domésticos y otros quehaceres. Pobre emigrante o descendiente de ellos, su suerte estuvo atada a lo que podía ofrecer como mujer. Al fin, producto del Trópico, no estaba mal aquello que era necesario hacer y que conjuntamente con un amparo, a veces momentáneo, daba hijos que luego ayudarían a vivir. Era pequeño cuando empezó Gollito a cumplir ese heroico deber. La madre, quizás agotada o desmedrada tal vez, se veía en la necesidad de recurrir

definitivamente a pequeños y poco productivos quehaceres, en tiempo en que la familia acrecida, mostraba mayores exigencias. Frente al caso, el muchacho hizo temprano lo que podía: vendió dulces, acarreó agua o sirvió de mandadero, según la ocasión. En la única escuela que había en la ciudad, fundación inglesa por cierto, Luperón aprendió las primeras letras. Ya hecho criatura mediana, afrontó trabajos más duros y de mayor responsabilidad. Un señor Dubocq, vecino de Puerto Plata, que explotaba la industria nacional de entonces, cortes de maderas de calidad para exportar, empleó al muchacho en lejano sitio, monte adentro a partir de la costa, en Jamao, de donde sacaba maderas. El muchacho, al decir de Luperón, cumplió bien los encargos y se ganó temprano la confianza del patrón. Es ahí, en Jamao, en donde Luperón tiene la oportunidad de un contacto y resulta protagonista de un suceso, dos cosas que iban a influir definitivamente en su vida.

El señor Dubocq, a lo que parece, era hombre de lecturas y tenía en Jamao algunos libros. Luperón con el afán de ilustrarse, autodidacta por fuerza, curioseó los libros y se halló con Plutarco. El balbuceo de LAS VIDAS PARALELAS, le despertó religioso fervor por los prohombres antiguos y conjuntamente con eso, la ambición de emular sus actos. Esa noción en cuanto al orden interno, fué de una influencia perdurable y esbozó la entelequia del sujeto. El patriotismo, el valor, la abnegación, el carácter, la ambición, la gloria y las otras buenas virtudes ejemplarizadas, imprimieron en la tabla rasa y dúctil que era su naturaleza, sentimientos e inspiraciones capaces de bien orientarlo en la vida.

El suceso, fué mucho más importante para su devenir práctico. Es el caso que en el lugar de los cortes de maderas, Luperón tenía una vivienda, sin duda un rancho de varas en tierra. Estando sólo una noche, se vió visitado por varios hombres con intenciones aviesas. Eran malhechores que prevalidos del núme-

ro y de la superioridad física sobre el muchacho, se proponían saquear el rancho. Luperón armado de un machete, le hizo frente al grupo y realizó el milagro de descuartizarlo. Un muerto, dos heridos, el resto desbandado y el muchacho ileso, fué el balance de la tragedia.

Es preciso conocer la psicología del dominicano y hacerse cargo de cómo para entonces se vivía, en sazón de vecindario murmurador, para juzgar de qué manera sería comentado suceso de esa naturaleza. "El pleito de Gollito" fué un hecho legendario y su héroe, admirado desde cerca y desde lejos. El muchacho había ganado en fama, tanto como podría lograr con obras.

En 1861, a los veintidós años de edad, se encontraba Luperón establecido por su cuenta en Sabaneta de Yásica, cuando le avisaron desde Puerto Plata que la República iba a ser decapitada, y que en aquella plaza se prevenían para impedir por la fuerza que el ominoso hecho se consumara. Invitaban a Luperón para que se les uniera en la empresa. Acudió sin demora a la llamada; mas, cuando llegó, era tarde, el hecho se había consumado y flotaba el pabellón español en las mismas astas que había ocupado el de la República. A las barbas de los anexionistas protestó Luperón y se negó a firmar el acta de adhesión que le presentaron, y desde ese momento se dedicó a la propaganda patriótica, con el ánimo y la fé de restaurar la República. En esas diligencias recorrió los campos y se trasladó a la línea N. O. en donde se puso en contacto con José Antonio Salcedo y convinieron los planes que más tarde debía unirlos en la cruzada nacional y hacerlos célebres a ambos.

De vuelta en Puerto Plata, convertido en persona sospechosa a los gobernantes españoles, fué llamado por el General Suro, Gobernador de la plaza. Ya empezaban las persecuciones, resultantes de las desavenencias manifiestas en relación con el acto que se había hecho pasar como fruto de la unánime voluntad del país. Se le notificó a Luperón que había órdenes de apren-

derlo y hacerlo conducir al Morro de La Habana. Como respuesta, Luperón, tumbó de un garrotazo al oficial de guardia y perseguido a tiros, se escapó del edificio y de la ciudad. Fué la confirmación espléndida de la reputación de intrépido que le dió credenciales suficientes y autoridad, para figurar como cabecilla en las tramas en pro de la reconquista de la soberanía y restauración de la República.

La revisión simple de estos hechos pone en evidencia como había en este sujeto condiciones y antecedentes distintos a los de los anteriores caudillos. En efecto, Luperón, joven, sin los acomodados heredados de familia, sin medios económicos ni prestigio social, producto de baja extracción, pone temprano en evidencia cualidades y realiza sustanciosas ejecutorias, y más, del gusto y propias para la admiración criolla. Se sabe que a los héroes de todos los tiempos y de todos los lugares, les precedió temprano, desde David, una fama que galaneada por la imaginación popular fué preparando el ambiente en la espera y para glorificar hechos posteriores. Los mediocres, los pusilánimes, los anodinos, las cenicientas o los señoritos afeminados, con la excepción de Federico el Grande, no pasaron de tales cosas en la vida, y no dieron motivos para que se les tomara en cuenta. Los caracteres privilegiados, de alguna manera evidenciaron en vísperas remotas el material que los formaba; y si bien los medios, las oportunidades y los acontecimientos les fueron propicios en casos, preparando el escenario en que pudieran actuar, preciso es tener materia de héroe para desempeñar bien el papel. A los Santana, aún llegaba la ocasión, les fué indispensable que las cábalas y las combinaciones de mala ley pusieran bonitamente en sus manos los medios de fungir como algo; con todo, sus naturalezas menguadas y la poquedad de espíritu, maculó sus hechos y los hizo negativos en cualquier sentido altruista.

A partir de la espectacular escapada de Puerto Plata, que más tarde el propio General Juan Suero habría de referir con frases exultatorias, Luperón, en calidad de perseguido político se

refugió en la línea N. O. Allí no desperdiciaba el tiempo, dedicándose a la propaganda. Debido a sus gestiones, principalmente, se llevó a cabo el levantamiento de Febrero de 1863, que no obstante fracasar, preparó el ambiente, el material humano y el terreno, para que el más tarde iniciado en Capotillo, lograra el objetivo.

Su conducta en el levantamiento de Febrero de 1863, y el papel que desempeñó, hicieron que se le tomara en cuenta de manera relevante, y en La Vega, donde para el 16 de Agosto estaba, secundó de inmediato y con hechos oportunos, el grito de Capotillo. Así, cuando los jefes noroestanos, después de expulsar de la Línea a los españoles, se acercaron a Santiago detrás del fugitivo Buceta, Luperón, que había ganado ya a la causa nacional los principales hombres y pueblos del Valle de La Vega Real, acudió con fuerzas sobre Santiago y tomó parte de manera destacada en los memorables acontecimientos del sitio, ataques y toma de la plaza. Debe cargarse a cuenta de Luperón, sin detrimento de la actuación de los otros jefes, meritoria y heroica, el éxito en aquellas sangrientas y difíciles jornadas; las más sangrientas y gloriosas para las armas dominicanas, de cuantas registra la historia nacional. Como resultado de eso, Luperón advino definitivamente en calidad de elemento de primera fuerza entre los jefes patriotas. De unas excepcionales condiciones había dado las pruebas para que se le hiciera objeto de general confianza; su naturaleza de líder y la bravura e intrepidez, muchas veces demostrada en las feroces refriegas, le rodearon de un prestigio que entre la tropa, especialmente, infundía ánimo y buen augurio. Tanto fué así, que cuando el flamante Gobierno Provisional de la República, establecido en Santiago se conmovió ante el anuncio de que Santana —¡Idola fori!— se encaminaba con tropas hacia el Ciabo, los ojos inquirientes se fijaron en Luperón, el novel General, y se le dió el encargo de afrontarlo.

Faint, illegible text at the top of the page, possibly a title or introductory paragraph.

Faint, illegible section header or sub-heading.

Main body of faint, illegible text, appearing to be several paragraphs of a scholarly article.

LUPERON Y SANTANA

Santana no sabía de Luperón. Apenas algunas murmuraciones habían llegado a sus oídos en la Capitanía General en relación con el joven rebelde de Puerto Plata. Santana subestimaba a los cibaños y de manera notoria, a sus jefes militares. Cuando en 1857, expulsado por Báez, llegó al país a la sombra del Gobierno revolucionario de José Desiderio Valverde, establecido en Santiago, cuyas fuerzas acorralaban dentro de la ciudad de Santo Domingo, en expediente final, al caudillo azuano, Santana se arrojó a los sitiadores y de modo sobrepticio se apoderó del mando y de la dirección de las tropas, y capitulado Báez, suplantó a los cabecillas cibaños, y como en el caso de 1844, cuando la Junta Provisional Gubernativa, nacida en la Puerta del Conde, volvió las armas y los recursos ajenos, en contra de quienes los habían conseguido y los destinaron a perseguir un noble objetivo. Y en este caso, como en la vez de 1844, con sus propias armas, derribó al Gobierno que ingenuamente lo acogió.

Bien, el novel General Luperón, mandando unas huestes abigarradas, se encontró en el paso de Bermejo con el caudillo seibano. El *Idola fori* pesaba enormemente a favor de éste. Santana disponía, además, de fuerzas profesionales, disciplinadas, y de una definitiva superioridad en armamentos; con todo, mirando como de costumbre hacia atrás, retrocedió maltrecho e injus-

tificablemente cuando notó que para ir adelante era necesario pelear. ¿No tenía el General Santana la única cualidad guerrera del dominicano? ¿No tenía valor colectivo? Se presta a discusión el punto. Pero lo que si está fuera de dudas, es que su táctica militar fué en esta ocasión, como siempre, la de las retiradas y apostaderos a retaguardia. Santana y Luperón no volvieron a ponerse en contacto. Ni todos los deseos y la fogocidad del último, multiplicados, hubieran sido capaces de conseguirlo. A partir de Bermejo, Santana se dedicó a organizar a lo lejos, el cementerio de Juan Alvarez en Guanuma, para desde él mirar hacia atrás.

LUPERON Y PEPILLO SALCEDO

Luperón prosiguió en el Este las operaciones. El curso de la revolución se desviaba de la ruta ordinaria para conseguir el objetivo material que era la ciudad de Santo Domingo. Las maniobras se enfilaban desde San Pedro en donde estaba establecido el Cuartel General, por Bayaguana, hacia el Este propiamente dicho. Acertado o no el plan, parece que se deseaba llevar la guerra hasta aquellos que eran los campos naturales de Santana, a tiempo que Manzucta era encargado de hostilizar el campamento de Guanuma por el frente, mientras Adón lo hacía por la retaguardia.

La interferencia del Presidente de la República en armas, el desgraciado Pepillo Salcedo, incomodaba de continuo a Luperón. Se echa de ver que los dos hombres, ni se acomodaban, ni transigían. Luperón era por temperamento incapaz de subordinación, y desde el principio, muy pagado de su mérito. En contacto con él, por lo demás, puede conocerse la naturaleza y el genio de los individuos. Si atemperaban con él, debía ser a base de reconocimiento de primacía, aún cuando ocupara posición oficialmente secundaria. Esa naturaleza rayó en la egolatna en los últimos tiempos, y lo convirtió en sujeto intratable de igual a igual. Muchas veces resultó descomedido, y en casos, terrible por actos de violencia y por la comisión de exabruptos.

José Antonio Salcedo (Pepillo), debido al extraño complejo de ideas e inclinaciones y de los vicios que pudieron atribuírsele, o conjuntamente con ellos, tenía un temperamento inquieto, aventurero, exaltado. Tomó exageradamente a lo vivo el papel en que gracias a ciertas habilidades y diligencias no muy católicas, se había granjeado. Empero, tenía, sino carácter, por lo menos, arranques de esos que más que otra cosa suelen denunciar mal genio e intemperancia. Dos naturalezas como la suya y la de Luperón, no podían compaginar. La discrepancia había hecho crisis en el momento en que Salcedo tomó la iniciativa para constituir el Gobierno provisional en Santiago y con la determinación de presidirlo, prescindió a propósito de los otros jefes, que ciertamente se creían con más autoridad que él. En ese caso y a pesar de la célebre acometida y del cuerpo a cuerpo, Luperón cometió la primera falta política que más tarde habría de repetir, influído por el falso sentimiento de sacrificio y que en lo adelante, fué manera calculada de soslayar la responsabilidad directa y paradójicamente, situarse en primer término, detrás de bastidores. En aquel momento, parece ser evidente que de haber Luperón asumido la Presidencia Provisional, hubiera logrado mejor aceptación que Pepillo Salcedo, principalmente, entre las fuerzas armadas y sus jefes. Salcedo ni procedía de Capotillo ni en la presente empresa tenía las ejecutorias de Luperón. Las artes de que se valió y la forma empleada para organizar aquel primer Gobierno, en donde se salió con la Presidencia, predispusieron en su contra los ánimos y despertaron recelos en los otros jefes, todo lo cual harían abortar no tardíamente su gestión. Caracteres primarios como el de Polanco, ambiciosos temperamentos como el de Pimentel, y modalidades irreductibles como las de Luperón, no eran propias para avenirse a la improvisada preeminencia de un sujeto a quien en el fondo, y en la ocasión, consideraban subalternos y con menos méritos que ellos. La elección de Salcedo fué el primer paso improcedente y torcido que dió la revolución. Fué la piedra inestable y el agente de discordia en el

basamento de un estado de cosas que debió mantenerse armónico y equilibrado. Ese acto inició e hizo consuetudinarias las conjuras y la inestabilidad de los gobiernos en la nueva etapa de la República. Como quiera, Luperón carga con grandísima parte de la responsabilidad en los resultados de ese primer ensayo. Su negativa del 14 de septiembre de aceptar la Presidencia que le dió la oportunidad a Salcedo, fué la primera de una serie de determinaciones fatales de su parte, muchas de las cuales derivaron males dolorosos para él y para el país, provocándole arrepentimientos tardíos. Eso se verá después.

LUPERON Y CABRAL

Nadie sufrió, que se sepa, al igual de José María Cabral, los malos tratamientos de Luperón. Las relaciones entrambos, están marcadas por continuas estridencias, en donde la parte activa estuvo a cargo del último.

En las distintas empresas de interés común que llevaron a cabo, cada uno desde su respectivo sector, y en el ejercicio de las magistraturas de Cabral, Luperón fue perenne censor de sus actos y las recriminaciones llovieron sobre él. Desde su satrapía de Puerto Plata, en las ocasiones en que una empresa de interés de ambos cristalizaba en Gobierno, Luperón obraba por su cuenta, y al amparo de la complacencia y de la falta de energía del Protector, del Encargado del Ejecutivo o del Presidente de la República, según el caso, se acostumbró a administrar por su cuenta la aduana más productiva, y a mandar por sus fueros en una parte del país.

Dos cartas, que no son las únicas de parecido tenor, en resumen, ponen en evidencia la consideración que al héroe de la Restauración le merecía el héroe de Santomé y La Canela, y al

propio tiempo, demuestran la calidad de la epidermis del último, y su sensibilidad. Helas aquí:

“Grand Turk, Enero 5 de 1868.

Señor General Presidente
José María Cabral,
Santo Domingo.

Señor Presidente:

Tengo precisamente que participarle, cómo desde el 12 del mes pasado me he retirado de nuestro país, y lo que es más, del teatro de los acontecimientos que hoy aquejan y desmoronan la patria, todo esto a mi mayor pesar. Usted debe comprender que mi alejamiento no lo motivó el temor que me inspira la revolución, que en verdad es bastante ruda. Nó. Motivó sí, mi impotencia para contrarrestar los pasos de algunas autoridades establecidas por su Gobierno, y la poca energía o complicidad de usted con respecto a ellas. Meditando además sobre la conducta de usted, no he querido echarme responsabilidades, que en realidad no me corresponden. Por ese mismo motivo, evité siempre aceptar cargo de su Gobierno y no presuma usted que intento con esto paliar mi alejamiento, pues usted y la República saben que nunca cejé ante mis compromisos. Cejo sí, ante el embrollo que usted y su torpísima camarilla han suscitado, y ante la tortuosa marcha que ha seguido su Gobierno, verdadera causa de la situación presente. En nuestra última entrevista en Santiago, cuando usted requirió mis consejos, le dije: “que creían de su deber que se colocara al frente de todas las fuerzas; que se rodeara de los Generales de la Restauración y que afrontara la revolución con entereza, según lo reclamaban las circunstancias”. Pero usted no hizo nada, nada, sino complicar más y más los acontecimientos; y luego refugiarse en la Capital, dejando con su imprevista retirada y desacertadas medidas, comprometidas las pro-

vincias y sacrificados sus amigos. Después, para mi mayor sorpresa, supe por vía de St. Thomas, que usted negociaba con el yankee parte de nuestro territorio, y este hecho me ha parecido el más horrible de su carrera política. Si desgraciadamente el malhadado Báez vuelve al poder usted y sólo usted, será la causa, puesto que no le ha sido dable separarse de los pasos de aquel hombre, ni ser el legítimo campeón del Partido Nacional, al cual traiciona usted por la segunda vez. Todos los dominicanos debemos prevenirnos contra tan repetidas felonías y arrancarle la hipócrita máscara con que usted se cubre. Por cuanto a mí, desde el momento en que tuve noticias de semejante traición, me creí desligado de todo compromiso para con su Gobierno, que así viola los intereses sagrados de la Patria del 27 de Febrero y del 16 de Agosto, que anula la Constitución y burla la confianza pública.

Yo sabía General, y mil veces lo he escrito, que su mal Gobierno se desacreditaba diariamente, por sus ilimitadas emisiones de papel-moneda, por su olvido total de la deuda nacional, por sus escandalosas expatriaciones, por el desprecio y calumnia que arrojaba incesantemente contra todos los pro-hombres de la Restauración, por la preferencia acordada a los españolizados y baecistas en la colocación y manejo de los asuntos públicos, acrecentando de este modo el odio nacional. Y, sin embargo, yo contribuía a sostener su Gobierno con todos mis recursos, con todo mi crédito, porque aún le suponía incapaz de negociar el país; pero usted acaba de aniquilar vilmente esa ciega creencia. Me han asegurado que el General Jacinto Reynoso era portador de una misión suya acerca de mi persona, con el fin de obtener mi aquiescencia a la infame venta proyectada. Usted sin duda ha perdido el juicio, General, pues nadie mejor que usted sabe cuán enemigo soy de las traiciones y de los traidores y debe, en consecuencia, presumir, que ya le he colocado a usted en la línea de Báez y de Santana. Pretendería encadenarme a su vilipendio, el hom-

bre que con fecha 1º de julio pasado respondía a mis indagaciones sobre el mismo asunto, asegurándome que se hundiría con la República. antes que ceder un palmo de ella? Y es ese mismo hombre que en el mes de diciembre envía su Ministro Pujol a Washington para firmar la venta de Samaná? General: usted es un fementido y yo he creído de mi deber levantar una protesta contra su Gobierno. Usted ha jurado ser siempre el mismo hombre; usted traicionó al Partido Nacional en el 65, más luego al Triunvirato en el 66 y, últimamente, a la República, enajenando su territorio. Qué se podrá esperar de usted en lo sucesivo? Todos hemos soportado el choque de su desgobierno, pero el Partido Nacional más que otro se halla asesinado y mutilado por la mano de usted. Yo despego, pues, de su figura, toda mi consideración, y obraré en lo adelante frente a usted como debe obrarse con respecto al vendedor de Samaná.— G. Luperón.

Puntos suspensivos. Así me las den todas, diría al cachazudo Cabral para su capote. En la próxima ocasión escribió:

Curazao, 20 de abril de 1868.

Ciudadano
General G. Luperón,
Estimado General y amigo:

Apenas cumplida la cuarentena salté a tierra en Puerto Cabello, y tuve el cuidado de escribirle. Habiendo sabido que usted debía llegar a St. Thomas, y teniendo necesidad de verlo y hablarle de cosas importantísimas, solicité pasaje en este paquete que me fué negado. Más impuesto estará usted que yo de lo que ocurre en nuestro país, después que circunstancias extraordinarias, que contritan al patriotismo, nos pusieron en el caso de separarnos de él. Obligados estamos a salvarlos de la anarquía que lo devora. Mi espada y la de mis amigos se le ofrecen al Jefe

de la Restauración que con mejores intenciones quiera ponerse al frente del movimiento. He mandado la República de la mejor buena fé, y no he sido feliz; ocupe otro de los Jefes de la Restauración el puesto; a ver si alcanza lo que no he podido. La situación es tal en Santo Domingo, que al saberse allí que unidos los que estamos afuera, intentamos tumbar ese Gobierno infernal, la revolución se hará desde luego poderosa, y con pocos esfuerzos se conseguirá el fin apetecido por el patriotismo. Con la esperanza de verlo dentro de poco, le saluda su afectísimo compañero.— José María Cabral.

The first part of the report deals with the general situation of the country and the progress of the war. It is followed by a detailed account of the operations of the various units of the army and the air force. The report concludes with a summary of the results of the operations and a list of the personnel who have been mentioned in the report.

The second part of the report deals with the operations of the various units of the army and the air force. It is followed by a detailed account of the operations of the various units of the army and the air force. The report concludes with a summary of the results of the operations and a list of the personnel who have been mentioned in the report.

The third part of the report deals with the operations of the various units of the army and the air force. It is followed by a detailed account of the operations of the various units of the army and the air force. The report concludes with a summary of the results of the operations and a list of the personnel who have been mentioned in the report.

LUPERON VERSUS BAEZ

Las tendencias, la orientación, el modo de operar, la ideología y la historia política, en fin, de Buenaventura Baez, les eran instintivamente repulsivas a Gregorio Luperón. Había en efecto entre ambos una cabal y característica diferencia. El líder nacional, libre por primera vez de las deletéreas influencias antinacionales, que tenía inquebrantable fé en los destinos y en la suficiencia del país; que era genuinamente dominicano en el sentido general del término, repudiaba por principios las figuras y los desprendimientos de aquella extraña camarilla que había dirigido los destinos de la República desde 1844, y la había por fin inmolado en 1861. Luperón, desde mozo, tenía el espíritu sazonado con especias de naturaleza distinta a aquellas que fueron el pasto de los anteriores líderes. Luperón se formó en medios sanos, lejos de donde se incubaban inacabables intrigas y se debatían constantes y acomodados intereses burdamente materiales y egoístas, y en donde además, se establecía escuela y tribuna de derrotismo, de abdicación, supeditación al extranjero y finalmente, de adominicanidad. Luperón, desde los primeros pasos se declaró enemigo e implacable fustigador de todo lo que tenía alguna vinculación con dichos resortes. Santana, figura sobresaliente en el cenáculo, había muerto relativamente temprano al advenimiento de Luperón; su recuerdo, empero, ocupaba de

continuo su mente y de ello ha dejado muchas trazas; puede decirse que fué uno de los primeros que le aplicó al caudillo sebano el tratamiento histórico que se merecía, desentendiéndose de la censura y de las cortapizas, propugnadoras antes como ahora de exculpar delinquentes a base de apañar faltas o de subvertirlas.

Frente a Buenaventura Báez, Luperón obró y pudo tratarlo como a enemigo, por serlo de la patria, según consideraba. Esa conducta no registra un punto de vacilación, de transigencia o de cansancio, durante todo el tiempo que el caudillo azuaño perduró actuando después de 1863. Frente a él y frente al *baecismo*, echó los cimientos de aquellos que quiso fuera el Partido Nacional, agrupación política de principios, de orientación nacionalista, como derivación del movimiento que había restaurado la República, y que tuvo como base un ideario decorosamente patriótico y ardorosamente dominicano. Ese Partido, en principio, agrupó la mayoría de los hombres que figuraron de algún modo en la cruzada restauradora; no tardó en dividirse en sectas, siguiendo la tradición personalista y los impenitentes *baecistas* con que al principio contó; los primeros, volvieron a ese redil; a la postre, prácticamente se redujo el Partido a los *luperonistas*, que notablemente mantuvieron el credo inicial. Debe reconocerse que dentro de esa agrupación, figuraron como sectarios o se le acercaron por simpatía, los hombres más notables del país por sus virtudes, su ilustración, su moral y por las amplias inclinaciones patrióticas y méritos ciudadanos comunes a ellos: Fernando A. de Meriño, Ulises F. Espailat, Manuel María Castillo, José Gabriel García, Casimiro de Moya, Manuel Rodríguez Objío, Julián B. Curriel, Segundo Imbert, Francisco Gregorio Billini, Pedro Francisoc Bonó, Emiliano Tejera, Federico Henríquez y Carvajal, Fabio Fiallo, Cayetano Armando Rodríguez, etc., y los dos extranjeros más meritorios que residieron en el país para entonces, Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos, le otorgaron sus amplias simpatías.

Con sus defectos y sus faltas, algunas de las cuales se sacarán a cuenta a tiempo, Gregorio Luperón encabezaba por la primera vez en el país, la decidida orientación patriótica y fundaba el magisterio gracias al cual se acrisolaron en los dominicanos los credos de independencia, los celos por la integridad nacional y la fé en las posibilidades del país como nación. Quedaron, no obstante, muestras de antiguos resabios. La supeditación al extranjero y la carencia de la dignidad característica del dueño de casa, fueron anomalías de las cuales aún se siente nuestro medio nacional. Entre nosotros, se ha solido confundir la hospitalidad con la abdicación de los fueros vernáculos. Se ha dicho y se ha comprobado más de una vez que el nuestro es el país de los extranjeros. No ha sido culpa de ellos las resultantes de un complaciente abandono y gracejo de parte de nosotros. La preeminencia que graciosamente le hemos acordado a todo ser extraño, ha resultado doble más inconveniente por razón de que hasta ayer, en vista del descrédito internacional de que tristemente gozaba el país, y del desconocimiento que en el exterior se tenía de él, no arribaban a nuestras playas, con muy contadas excepciones, sino los peores desechos de aventureros, no emigrantes, desechos desplazados de otros medios y que al llegar al nuestro, frente a la inesperada acogida, se convertían en inconsiderados conquistadores y mayores, arrogándose, y gustosamente otorgábamos, prerrogativas y excepcionales derechos. Ese fenómeno tiene una explicación histórica y la culpa de la peligrosa anomalía debe cargársele también a cuenta de los primeros caudillos: Santana y Báez.

En efecto, se vió nacer a la República prácticamente en el regazo de un representante extranjero, y se vió cómo la incipiente Nación, representada por una camarilla y un hombre, se entregaba a discreción a los manejos de él. Pudo declarar el tal representante, con absoluta propiedad, que "todo esto lo tenía en sus manos" y que de él dependía el rumbo y la suerte del

provisional orden de cosas. La autoridad que se le dió y la preeminencia que se le atribuyó, hicieron del Cónsul francés Juchereau de Saint-Denys la simbólica representación de lo poderoso, del *nolli me tangere* que se transmitió a sus compatriotas y por extensión, a los demás extranjeros. Luego, con el Cónsul español Segovia, y por obra exclusiva de Báez y de su camarilla, ocurrió otro tanto. En lo adelante, se verá a los cónsules de los países extranjeros intervenir procesoralmente en todas nuestras querellas intestinas, y como mediadores providenciales interviniendo en nuestras querellas políticas, hacer empastelamientos productores de nuevas y continuas estridencias.

Son poco los actos notorios y de interés nacional que no lleven al pié, como muestras de imponencia y respeto, la coleccion de firmas de los cónsules, requeridos como testigos respetables, a base de garantía. Y era por iniciativa nuestra. Voluntariamente abdicábamos, y en fin, se rodeaba de prestigio poderoso entre nosotros a toda emanación extraña, por el hecho de serlo. Ante esa validez deponíamos nuestra condición de dueños de casa y tal conducta ha sido interpretada como confesión de inferioridad y muchas veces en agradecimiento, se nos trató como a inferiores, por virtud de la desgraciada tara nuestra de confundir inconvenientemente la abdicación con la verdadera hospitalidad.

• • •

En más de una ocasión, después de 1863, Buenaventura Báez quiso establecer contacto con Luperón, y en una oportunidad, llegó a expresar deseos de que fuese su colaborador. El héroe de la Restauración, execraba cordialmente al antiguo Mariscal español, y en cuanto la tenacidad de sus obsecados partidarios lo llevaba al poder, el inmediato, emprendía con el calor propio de una cruzada nacional, las diligencias para derribarlo. No se encuentra en su copiosa literatura, un sólo pasaje o una

sola frase que le sea favorable, a excepción de aquella vaga referencia al pago de la deuda de la Restauración. El mismo Santana con ser para Luperón quien era, resulta a veces socorrido con apreciaciones gratas y en cierto aspecto, con testimonios de una embrionaria admiración; Báez, no. Así como lo combatió, armas tomadas, desde la manigua, asimismo destiló acíbar su pluma cuando acerca de contacto, Luperón refiriéndose a Báez, declaró: "Si lo encuentro en el paraíso, me voy al infierno y si lo descubro en el infierno, me vuelvo para Santo Domingo". A un señor Garrido que intentó cietra vez leerle párrafos exultativos de Báez, Luperón lo sacó a paraguazos de la casa. Así solía reaccionar cuando en ese sentido los casos se presentaban. Agudizaron la natural animosidad, los patíbulos que Báez levantó para sacrificar a los hombres de la Restauración que él, Luperón, defendía como a hijos. A esas ejecuciones les atribuyó especiales designios vengativos de parte del caudillo azuano.

ACTIVIDADES DE LA UNIDAD

LUPERON ESCRITOR

Una espesa autobiografía en tres imponentes tomos nos ha legado el General Gregorio Luperón. Ya antes le había dado el encargo, y bajo sus miradas, que no bajó sus dictados, el poeta Manuel Rodríguez Objío había escrito otra biografía del héroe. En esta misma población de Juana Méndez, en donde casualmente voy escribiendo este resumen, el poeta Rodríguez Objío redondeó su obra, que consta como ya se sabe, de dos gruesos volúmenes. El objeto de ambas obras es el mismo, y se ve claro que la idea matriz desarrollada en el plan, priva de igual modo en una como en otra. La diferencia en la factura es sin embargo, absoluta. Buen prosista a fuer de regular poeta, Rodríguez Objío hace placenteras las narraciones y reparte con método los capítulos y las materias; además, intercala oportunamente las transcripciones. En los ratos en que las reflexiones sobre estos viejos recuerdos dan lugar a suspender la pluma, saltan a la mente como evocaciones, las torturas que sin duda sufrió el complaciente poeta frente a las heteróclitas presiones del héroe. Ya se ha dicho que en contacto con él, con Luperón, podía medirse como piedra de toque, el temperamento de las personas. Sin duda Rodríguez Objío, ser sí romántico, ligado al protagonista mediante influencias de respeto, de gerarquía y autoridad, apuró muchas veces el cáliz amargo, frente a la disconformidad, las discrepancias

o los contrasentidos del biografiado. Con todo, su obra, sobrepasa en méritos la factura, en interés didáctico y en métodos expositivos, a la de Luperón, no obstante ser la del malogrado Rodríguez Objío, lamentablemente incompleta.

Luperón era un mal escritor. Realizaba en ese sentido, es cierto, lo que podía. Sus lecturas tardías, exentas de selección, fueron el único caudal de quien no tuvo una apropiada y temprana instrucción. Sus lecturas predilectas, aquellas que le eran agradables, más bien lo habían impresionado por el fondo que no educado en la forma. Esas tenían que ser lecturas relativas a héroes y heroicidades; narraciones elaboradas con el estilo apropiado, en donde las frases retumbantes y los conceptos adjetivados son la norma. Los Doce Pares de Francia y La Epopeya de Roldán, cosas que estuvieron muy en boga para entonces, debía ser su *vademecum*.

Luperón dispensa a tajo y destajo los calificativos valiente y valeroso; confiriendo el grado de General, hizo una verdadera fauna nacional, y de ahí se explica cómo luego hubiera tantos de ellos, a colmo de que por lo común, se hiciera insignificante el grado.

En la obra de Luperón saltan a la distancia los períodos y los capítulos ajenos. La mano de Hostos se evidencia a ratos, y absolutamente se distingue en uno que otro manifiesto al país en que Luperón fué particularmente pródigo. En fin, su tarea de escritor se empeña a veces hasta el ridículo, exponiendo las hazañas de "nuestro héroe" como en las novelas por entrega, héroe que no es otro que el propio narrador.

ULISES HEUREAUX VERSUS LUPERON

Luperón había impuesto como rutina, y se proponía mantener en la sucesión presidencial, el derecho de señalar el candidato que era en verdad la elección. Mas, en cada nueva ocasión que se ofrecía, los hombres connotados del Partido se dirigían a él, conminándolo a que de por sí, asumiera el cargo; con más razón ahora, en virtud de que a los olfatos llegaba un remoto, pero sospechoso olor. Apegado a Puerto Plata, siempre se resistía, y a falta de Convención, el Caudillo ejercía las atribuciones, valiéndose de su individual consejo.

Muchos prominentes miembros del Partido, habían observado las desazones que sufrió Meriño y no le eran ajenas las maniobras de Lilís en torno a la supremacía y monopolio de la cosa pública, en detrimento de Luperón. Algunos sabían que de aceptar el honor de la Presidencia, tendrían que debatirse entre el barboquejo del Caudillo y las maneras del taimado Lilís. Sabían que cualquiera actuación independiente que se deseara realizar desde el poder, era imposible y por eso, el francomacorisano Pedro Francisco Bonó, declinó la preelección cuando se acercaba el final del período de Lilís. Pedro Francisco Bonó, un poco literato, hombre hogareño y cuerdo, renunció de manera irrevocable la preelección. En una carta a propósito, de cierto modo disimuló las causas que motivaban su negativa. Hizo bien, pues

el Negro desde la Capital, había resuelto tomar parte en las iniciativas. Siendo asaz previsor, no quiso en esta primera escaramuza lanzarse solo a la arena y se apadrinó de Meriño, quien con el sebo de Billini, cuyas prendas personales y notable civismo les eran conocidos, tragó el anzuelo, y lanzaron por su cuenta la candidatura Francisco Gregorio Billini y Alejandro Woss y Gil, para la Presidencia y Vicepresidencia, ya que la Constitución, ¡pobre cosa! había sido "rota" o reformada, una nueva vez. Woss y Gil era una criatura de Heureaux. Lo había recogido en el Este, de entre cuya juventud sobresalía por alguna presunción de talento, y con cuya adhesión contaba por la razón sencilla de que ello resultaba negocio para ambos. Simultáneamente en La Vega, Casimiro N. de Moya, aprovechando la negativa de Bonó, se había proclamado candidato por su cuenta. Luperón, desairado por primera vez y girando en torno, se fijó en el santiaguero Segundo Imbert, pero en forma extrañamente irresoluta. Hirvieron, pues, en la paila, tres candidaturas distintas y otros tantos candidatos. Fué el primer quiebra-cabeza de Luperón y en donde debía quedar derrotado a manos del Negro. Resultaron sencillamente ridículas las maniobras, los conciliábulos y aquellas aparatosas reuniones en Puerto Plata alrededor del Caudillo, quien dictaminaba en términos apologeticos, hinchados e inútiles, para terminar aconsejando que los candidatos Moya e Imbert, se unieran en una sola candidatura, con la promesa de su apoyo, frente a la del Negro: Billini-Woss y Gil. Bajo esas condiciones acudieron a los comicios y los campesinos cantaron con aires de media tuna:

*"Casi miro a Casimiro
sin poder casi mirarlo,
y al amigo Segundo
sin poder asegurarlo".*

No con votos, sino con muñideras y tretas, resultó vencedora la candidatura de Lilís, y resultó vencido Luperón. Una, y va una.

Don Gollo Billini era un excelente sujeto; ilustrado, cívico, liberal y hombre de corazón; en fin, a la sazón, andaba por los cuernos de la Luna. Tomó en serio la cosa y quiso practicar obra de gobierno de acuerdo con su ideología y su criterio. Surgieron de las sombras los enredos y a poco tiempo fué forzado a abandonar el cargo; lo hizo: "...limpias las manos y la conciencia de la sangre, del crimen y del oro corruptor del peculado", según dijo. Woss y Gil, el segundón, que fué el verdadero objeto de la iniciativa, agotó el período, bajo la estrecha tutela de Heurcaux. Luperón continuaba, sin embargo, omnipresente, en su ya maltrecha satrapía.

Entre tanto, ya Lilís se movía ampliamente en todo el territorio; realizaba bautizos en los más apartados rincones, tenía numerosas y estratégicamente bien situadas barraganas, y se hacía de compadres a quienes convertía en caciques lugareños o colocaba con licencia de medro en las aduanas, salvo la de Puerto Plata. Para entonces, empezaba a distinguirse como una vorágine consumiendo dinero. A su paso por las localidades, levantaba empréstitos y ponía en graves aprietos los bolsillos de los vecinos y las cajas de los comerciantes: éstos, se cobrarían con creces, haciendo importaciones. Fué la iniciación del desbarajuste y del relajamiento que iría de más en más, al paso que Lilís en una francachela de continuismo, se empeñaría en reelecciones que sólo iban a terminar con su trágica muerte. "Si me apeo me jeringan" —solía decir.

A la terminación del período de Woss y Gil, una nueva vez, se le requirió a Luperón, desde distintos sectores, que ocupara la Presidencia; una vez más, la última, desatendió esos reclamos, y como de ordinario, se dedicó a la búsqueda de candidato en el granero de su Partido.

Ahora más que en los años anteriores, eran notorias las maniobras de Lilís, sus deseos, y podía colegirse claro, el fin que perseguía. Sólo Luperón lo ignoraba o fatalmente para él, des-

estimaba las arterias del Negro. A veces, en ocurrencia de avisos que no faltaban o de personales indisposiciones, se alzaba la voz tonante del Júpiter de las faldas de Isabel de Torres; el Negro acudía hasta allí con ademanes de penitente arrepentido, o enviaba cartas melosas que solían aplacar las iras del Caudillo. Ulises Heureaux sabía explotar como nadie los flacos de Lupe-rón. La vanidad que iba creciendo en él a medida que pasaban los años, era oportunamente abanicada y de modo que nadie sabía hacerlo más eficazmente que Lilís. En tanto, continuaba sutilmente los trabajos de zapa y preparaba las artes y los medios de suplantarlo. Lilís conoció siempre, exactamente, su posición; en eso no se equivocó nunca, y no dió pasos en falso. Se sabía rodeado de enemigos, algunos peligrosos, y experimentaba la repulsa de que casi generalmente era objeto. No olvidaba la discriminación de la raza. Dentro del partido azul, oficialmente el suyo, la mayoría de los hombres connotados, principalmente los del Norte, le eran adversos. Para contrarrestar su falta y contrapesarla, empezó temprano a granjearse o de por sí acercarse amigos de otros sectores políticos, y les dedicó preferente atención a los rojos o *baecistas*. Del Sur, procedentes del *baecismo*, se había sumado ya a Manolo Figuereo, que había hecho alguna operación guerrillera por cuenta de los españoles, y que perduraba por aquellos trigales en sazón de individuo de armas; y a Eugenio G. de Marchena, a quien improvisó economista, subiéndosele muy pronto los humos, por lo cual cogió el rábano por las hojas, y finalmente a manos de Lilís, terminó una apresurada trayectoria política. En la Capital, se dedicaba a la pesca mayor. Quedaba en pie el colaborador más cercano de Báez, a quien se le tenía en olor de *sabio* en las cosas de política criolla. Manuel María Gautier era, en efecto, el resto más auténtico de los conservadores ilustrados de 1844, es decir, de los *afrancesados*, *pro-españoles*, etc. Desde los ministerios había ayudado a Báez en todas las conjuras en contra de la independendencia del país, o en contra de su integridad nacional. Era, sin embargo, una entidad

respetable. Lilis, modalidad de excepción entre los dominicanos, poco impresionable, escéptico en materia de fetiches y teniendo íntimamente, el concepto más triste de la fauna política criolla y, además, calculador malicioso y obrando en consonancia con sus personales conveniencias, se le acercó a Gautier con el pretexto de demandarle consejos. En realidad, Lilis nunca los necesitaba y los que le solían dar, los acogía solamente si reforzaban sus planes previos.

Forzado por las circunstancias, Lilis iba a borrar los antiguos coloridos políticos y con una amalgama de los anteriores *ismos*, recogiendo por muerte política de los anteriores caudillos herencias varias, iba a formar el *lilisismo*; concurrencia abigarrada de diversos jaces, propia para todos los guisados y para los desguisados.

Bien; para nadie era un secreto en 1886 que él, Lilis, aspiraba a la Presidencia, como sucesor de Alejandro Woss y Gil. En esa ocasión, después de los inútiles tanteos y ofertas, desairadas, hechas por Luperón, surgió nueva vez como aspirante. Casimiro N. de Moya; esta ocasión, secundado por Billini.

La parte sana del país, que la había, y principalmente la juventud, acogieron con entusiasmo esa candidatura. Se trataba de reaccionar en contra de aquel funesto estado de cosas y cortarle el paso a la perennidad del Negro, que ya más que claramente se vislumbraba; era una peligrosa aspiración seguida de la secuela de corrupción, de escándalos, de festival de concubinas, etc., que iría de más en más, hasta sabría Dios qué punto.

Denotan los recuerdos, que por primera vez, y ¡por última! la opinión casi general, y los entusiasmos se movieron con frenesí espontáneo. Era al parecer, una cruzada en pos del decoro nacional, en contra de la demagogia, del escándalo, de la inmoralidad y de la tiranía que se presentían en potencia. En esa ocasión, como en las anteriores, Gregorio Luperón quiso asumir su papel desmedrado ya, de árbitro, o de mentor supre-

ino; pero, no le dió ganas de reconocer las causas que impelían a las mayorías nacionales a reaccionar; todavía era tiempo de que su actuación decidida, alcanzara fuerzas bastantes para conjurar el mal, o al menos, para salvar su responsabilidad histórica. No le conmovió el espectáculo de aquella movilización cívica que se agitaba acaso en el postrer esfuerzo para encaminar las cosas por rumbos nuevos, honestos y sanos. Luperón, esta vez, claudicó bochornosamente, y apegado más que nunca a su sátrapía y, temeroso quizás, de la suerte de sus prebendas en los rumbos nuevos, acogió frente a la de Moya-Billini, la candidatura Heureaux-Imbert. Al segundón Imbert, anodino sujeto, parece que Luperón trató de llevarlo esta vez, como su garantía personal, cerca del sospechoso Heureaux, o sabe Dios con qué decrepitas esperanzas.

Francisco Gregorio Billini, era conocido; en su pasada fugaz por la Presidencia, había dejado impreso el recuerdo de una posición contraria al sistema *lilisiano*; su actitud personal, desde entonces, si bien pasiva, silenciosa, lo marcaba como reaccionario. En cuanto a Moya, se le tenía en cuenta su audacia y como no obstante le experiencia de 1884, perseveraba en el propósito, con buenas miras, seguramente, dada la ascendencia que tenía, honesta y cívica. A la postre, el buen señor, habría de terminar su carrera política como amanuense del propio Lilís.

Para los únicos, o mejor, para Luperón ya desestribado, y para Lilís que sabía bien su cuenta, no era evidente en aquella ocasión el triunfo aplastante de la candidatura Moya-Billini que patrocinaba el pueblo en clamor unísono. Un Jefe Comunal de la confianza, tres días antes de las elecciones, se le acercó a Lilís:

—¿Cómo están los *moyistas* por allá, mi Jefe?

—Usted tendrá en las urnas un solo voto, General: el mío.

—Pues vaya enseguida y repártame estos encargos: son mis votos, que llevan la Virgen de las Mercedes; dígame a cada uno

que eso le mando yo, y que usted los recogerá en las urnas para devolvérmelos. Y cuidado quien se equivoca!

Y así fué. Los votos de Moya, con todo y llevar impreso la imagen de La Altagracia, se quedaron fuera de las urnas, y en sitios como aquel, fué por cierto en donde más limpio se jugó.

Más práctico que Luperón, Lilis se tiró a la calle y se dedicó a neutralizar, alquilar, sobornar o comprar *moyistas*. Algunos y de los más importantes, recibieron sus propinas e hicieron defecto, fracasando al *moyismo* en Santiago; más tarde, otros debían darle el golpe de gracia a la tragicomedia revolucionaria que epilogó la aspiración *moyista*.

A seguidas del fracaso eleccionario, los *moyistas* fueron a la revolución. Encantado los vió Lilis moverse en ese sentido. Además de que eran de su gusto, las revoluciones le resultaban una zafra. Le escribió a Luperón: "...Creo, pues, que esta victoria, aunque de otro género, es tan evidente como las de las elecciones, y más decisiva... Las armas no nos han sido adversas; somos hijos de la guerra y aunque no la provocamos no la tememos tampoco".

En este caso, como en el de las elecciones, la movilización en contra de Lilis, especialmente, parecía general; amenazaba resultar como si el país se le echara encima. Un amigo de confianza le comunicaba sus impresiones a Lilis y éste le contestó:

—Déjelos, déjelos... Eso va a ser como cuando los muchachos retozaban arman muchos alboroto en el vecindario, y llega el policía, toca el pito y..." Así sucedió, y la vorágine encontró motivos entonces para ejercitar su desmedido apetito de plata. En esta ocasión, el Caudillo, vió apuradas hasta las heces, sus fuentes particulares, es decir, las que provenían de la aduana de Puerto Plata.

Cuando el 6 de enero de 1887 ocupó Ulises Heureaux la Presidencia de la República, por segunda vez, oficialmente, se

inició sin freno y sin emborozos la carrera hacia el continuísmo, sin ridículos paréntesis, y dió comienzo a la era *lilisiana* que debía durar a partir de entonces, doce años. La corrupción y la amoralidad registradas en las elecciones pasadas, en cuyas vísperas los sentimientos parecieron haberse movido, impulsados por el deseo de un cambio saludable; la desvergüenza y la traición convergieron fatalmente, operándose, a consecuencia de ello, un colapso enervador, con pérdida total de la confianza y de la fé, y entonces, la concupiscencia, el relajamiento, el micdo, la superstición, la corrupción y la desidia, formaron la fisonomía característica de aquella triste era.

En ese orden de cosas, el liderato de Luperón aportaba sólo las trazas que en él habían sido funestas; de las innegables virtudes de que había dado muestras, no se copiaba nada. En lo que respecta al nacionalismo, que era su ejecutoria de más trascendencia, el Ejecutivo y la camarilla hipócrita y miedosa, laboratorio de intrigas rastreras, etc., regresaban francamente a las prácticas de antaño. A falta de quien comprara al país, se le hipotecó cuanas veces se pudo y como fué posible, en condiciones onerosas que después sirvieron de pretextos para que se amenazara de muerte a la soberanía y se humillara la dignidad nacional. La camarilla aplaudía y estimulaba con ofrendas la lascivia del Ejecutivo; aprobaba cínicamente sus excesos y su sed inextinguible de oro, aprovechando el desquiciamiento total, para enriquecerse a su vez, a costa de las miserias del país. Triste época.

Sintiéndose personalmente responsable, Luperón, despertó al fin, ya tarde, y cuando era impotente. Quiso entonces ocupar el puesto que tantas veces había desertado. Despertó, nó; más bien puede decirse que cayó en pesadilla de sueño dispéptico, zandado por delirios fantásticos. Así, presentó su candidatura personal para el próximo período. Sus viejos resortes dieron la noticia desde Puerto Plata y no faltó el ampuloso manifiesto

al país. Sonrisas maliciosas, si no burlescas, la acogieron. Alguno que otro amigo de antaño se apresuró a escribirle para despertarlo a la realidad: "...Ya Lilís está definido y acepta su reelección y tiene en su apoyo el elemento oficial que, sin duda alguna, ejerce en la República la influencia más eficaz... Por acá nada se hará en las elecciones que resulte ventajoso para usted. ¿Habrá elección espontánea y libre? Es innegable que la República no es hoy lo que era ayer; que los hombres han cambiado en todas partes y que las oleadas de corrupción privada van elevándose con espantoso crecimiento. Tengo para mí y lo mismo juzgan otros amigos de usted que si en consideración a las circunstancias, retira hoy su candidatura y lo justifica con la expresión de levantados sentimientos patrióticos, todo ello resultará en su mayor exaltación". Así le escribía Meriño desde la Capital.

Manuel de Jesús Galván, el antiguo Secretario de La Gándara, *magister* que se le pegaba en los buenos tiempos a Luperón, le aconsejaba un acercamiento a Lilís; insinuaba una entrevista de ambos.

Lilís, en tanto, aceleraba las diligencias detrás de un empréstito. Como siempre, estaba muy urgido de dinero y en esta ocasión más, pues necesitaba suavizar las asperezas que pudieran presentarse con motivo de la pretensión *luperoniana*. Sus dos *economistas*, R. R. Julia y Eugenio G. de Marchena, andaban macuto en mano por el extranjero, a caza de usureros propicios. Con las entradas del país, no se podía contar; las fuentes estaban embargadas al contrabando, al usufructo de compadres, o en manos de extranjeros especuladores y avaros, en la forma de concesiones escandalosamente lesivas. En la espera del empréstito, Lilís simulaba parlamentar con Luperón; lo entretení. Y el Júpiter de las faldas de Isabel de Torres, se sentía halagado, pues tomaba a respeto hacia su valer y su fuerza, aquellas tretas del Negro. Por fin se realizó el empréstito, así como se pudo, y entonces Lilís, se quitó el antifaz frente a Luperón. El viejo Caudillo despertó y

se declaró vencido anticipadamente, retirando su candidatura. Esta victoria del Negro sobre el Caudillo fue definitiva; a poco Luperón, como los otros caudillos aún vivos, tomó rumbo al desierto, en donde todos murieron políticamente, antes de ser materialmente enterrados. A partir de 1889, quedó sobre el tenebroso tablero nacional, una sola ficha: Ulises Heureaux.

LILIS Y LOS EMPRESTITOS EXTRANJEROS

La relación de los empréstitos gestionados en el extranjero por la República, presenta los casos más extraordinarios y curiosos.

En 1869, el Gobierno de Báez, en diligencias de conseguir dinero de aquella manera, se dió con un señor Eduardo H. Hartmont, que al parecer era parte o formaba él mismo, la firma Hartmont & Compañía, presuntamente establecida en Londres. Ricardo Curiel, como Ministro de Hacienda y Comercio de Báez, portaba en esta ocasión el macuto del pedigüeno.

Según lo quiso el tal Eduardo H. Hartmont, se instrumentó un contrato de empréstito por la cantidad de 714.300 libras esterlinas, equivalentes a \$3,571,500.00. No se convinieron intereses, ni se fijó la prima de descuento de los bonos que habrían de emitirse. Todo se dejaba al arbitrio de Hartmont, a quien se le reconocían por sus diligencias, impresión de los bonos y otros gastos de tinta, 100.000 libras o sean \$500,000.00. La República, o Báez, contaba con recibir, en consecuencia, \$3,071,500.00 nominales, que era el balance.

Hartmont hizo imprimir los bonos, acaso por una cantidad superior a la estipulada, bonos que fueron además, falsificados, y negoció los que pudo. Eso se hizo en Londres, y la República

aquí recibió al final de cuentas, y como resultado del empréstito, 38.095 libras o sean \$190,475,00, por los cuales hubo de otorgar recibo por \$250,000.00. En aquella ocasión, 1869, según se declaraba en el contrato del empréstito, la República no tenía ninguna deuda. Se inició mal en los préstamos, según la muestra. En esta primera oportunidad resultó *idealmente* estafada.

Más después, el Gobierno de Ignacio María González, contrató por su parte un empréstito con un oscuro agente de negocios a quien se le cubrieron copiosos gastos para diligencias, y después de finiquitados los expedientes literarios, y ya concertadas las obligaciones de todas suertes y que se le imponían al país, se recibieron en cambio, algunos pagarés a cargo de cierta casa de una remota ciudad de Alemania. Cuando se trató de presentar al cobro los dichos pagarés, se comprobó que la casa reudentora no existía, y que el agente había volado a sabe Dios qué regiones.

El conocimiento y recuerdo de esas pillerías, contribuyeron a formar en Lilís, un definitivo criterio en relación con la materia, y nació de ahí, su especial filosofía, de acuerdo con la cual, nunca resultaría mucho la cantidad de mala fé que debía aportarse en esa clase de negocios.

En 1888, más que siempre, Lilís necesitaba dinero; tocaba en vano la granítica piedra de los usureros domésticos, y la que llamaban Compañía de Préstamos, evolución de la criatura *lupe-roniana*, estaba desquiciada por el mismo Lilís. Frente al caso, el Presidente Heureaux fraguó el plan de adquirir dinero extranjero, mediante empréstitos y se hizo dar por el Congreso Nacional el célebre Decreto de 27 de marzo de 1888. Ese Decreto, es el sello auténtico de la era *lilisiana*, y expone la calidad de los padres conscriptos de la época, sus obligados servidores; hélo aquí:

Art. 1.— Se autoriza plena y definitivamente al Poder Ejecutivo para hacer y llevar a cumplimiento todas las negociacio-

nes fiscales necesarias y dictar también las medidas que sean más convenientes, así para la conversión de las deudas actuales de la República, cuanto para la adquisición de armamentos y buques de guerra que sean indispensables para la defensa nacional.

Art. 2.— Los compromisos que pueda contraer el Poder Ejecutivo a nombre de la Nación por medio de contratos para la emisión de empréstitos o para cualquiera otra operación fiscal, no podrán, sea cual fuere el guarismo del capital nominal de la emisión, afectar mayor cantidad para su redención incluso intereses, que aquella a que alcance el 30% de los ingresos generales de la Nación.

Art. 3.— El Congreso Nacional presta desde ahora y para siempre su aprobación al contrato o contratos que celebre el Poder Ejecutivo para la adquisición de tres millones de pesos en oro, o sean quince millones francos, en efectivo, armas y buques de guerra, los cuales tres millones de pesos o quince millones de francos, podrán ser representados en bonos hasta la cantidad de veintiún millón de francos nominales, más o menos con interés del 6 a 8% anual, redimibles con el curso de veinticinco a treinta años, afectando para el pago del capital e intereses hasta el 90% de los derechos de exportación e importación, y presentando como garantía una primera hipoteca de las rentas aduaneras de la República. Hasta ahí el Decreto.

De esa manera pertrechado, Lilís reforzó a sus "economistas" R. R. Julia y Eugenio G. de Marchena, desplazando macuto en manos, el primero en los Estados Unidos y el segundo en Europa. Después de muchas idas y venidas. Marchena se encontró en París con Tadeo de Oksza, Conde original o no, y con él pactó un contrato de empréstito por 820.000 libras esterlinas o sean \$4,100,000.00. En las estipulaciones del contrato se alcanza a ver, la calidad del prestatario y sus apuros, y las agallas del prestamista. En definitiva, el empréstito se facilitaba mediante el

6% de interés anual y el 25% de descuento sobre las obligaciones, bonos, que respaldaría la República; además, la consabida hipoteca de las aduanas, de acuerdo con el Decreto transcrito.

Oksza era un agente de negocios y encontró en Holanda una firma propicia a realizar la operación. Se hizo un nuevo contrato con la firma que era Westendorp & Cía., de Amsterdam. En la nueva ocasión, Marchena y el Estado Dominicano, sufrieron a manos de estos holandeses, mayores rigores; se pormenorizaba el modo como los acreedores debían percibir sus haberes y todo lo relativo a una oficina recaudadora que embargaría las aduanas, oficina que sería formada y administrada por los prestamistas Westendorp & Cía. Por último, conveníamos en someter cualquiera diferencia que surgiera en la aplicación del mecanismo de la oficina recaudadora, o en relación con el cumplimiento del contrato de empréstito, al Gobierno Holandés, "sin apelación". La cuantía del empréstito seguía siendo de \$4,100,000.00 y 6% anual, el interés convenido.

Hecha la transacción documental, a Tadeo Oksza, desde luego, se le reconocieron, en pago de sus diligencias, y de una peregrina renuncia que hizo, 54,070 libras esterlinas, que eran \$270,350.00. Westendorp & Cía., por su parte, se conformaban, por de pronto, en pago de los gastos que se le suponían, y otras diligencias en la colocación de los bonos del empréstito el 3% de su cuantía, es decir, \$123,000.00.

Bien; Westendorp & Cía., proyectaban colocar los bonos en los principales mercados de Inglaterra, Alemania, Bélgica, Francia y Holanda. Se hizo de Londres, como plaza más posible para esa clase de especulaciones, el principal objetivo y fueron hacia allá la mayoría de los bonos que eran de 100 y 20 libras esterlinas, cada uno. Pero casi enseguida, ahí en Londres, le salió "La Vieja" al empréstito. He aquí que los leguleyos sacaron cuentas y encontraron que las 820,000 libras, eran una cuantía superior al 30% de los ingresos aduanales de la Repú-

blica que autorizaba embargar el Decreto del 27 de marzo de 1888, piedra básica de la operación. Marchena sudó el quilo, inútilmente, tratando de demostrar quizás, a los formalistas ingleses, que por aquí no eran las leyes lo que ellos creían y que el tal Decreto, era poco menos que nada y que en último caso, se le podía reformar a pedir de boca. Los testarudos ingleses no entraron en nada, y eran ellos la máxima esperanza; entonces, no hubo otro camino que hacer un reajuste y un nuevo contrato, con todas las condiciones, pero esta vez por 770.000 libras: \$3,850,000.00. Mas al ir a beneficiar la empresa, le salió nueva vez "La Vieja" al empréstito. Marchena perdió parte del pelo.

Resulta que si bien el empréstito de Hartmont & Compañía, en 1869, no había producido para el país, sino aquellas 38.095 libras, los bonos por la totalidad del empréstito y algunos más, estaban afrentosamente en manos de acreedores, con lo coletilla de los correspondientes intereses corrientes, desde hacía unos diez y nueve años. Los acreedores querían su dinero del empréstito de Westendorp & Cía. ¡A Dios las mermaidas 770.000 libras! Al fin se logró transar la cuestión, con el reconocimiento de 141.860 libras, equivalentes a \$714,300.00. En fin, en fin, en fin, Marchena regresó al país trayendo alrededor de 90.000 libras en efectivo que Lilis aguardaba ansioso para desarrollar "su política". A renglón seguido., la Caja de Recaudación, la "Regia", fué organizada y Westendorp & Cía., se hicieron cargo de las hipotecadas aduanas y sus entradas. Lilis y Westendorp & Cía., hicieron buenas migas.

El descubrimiento de la manera fácil de conseguir dinero por medio de empréstitos y de bonos, acrecentaron en el Ejecutivo la sed insaciable que estimulaba la camarilla a fin de conseguir las piltrafas del festín. Se repetían los eternos motivos que servían de considerandos a las leyes y contratos, encaminados a realizar nuevos empréstitos, emitir nuevos bonos y conseguir más dinero. Lo que como resultado de ellos venía al país se esfumaba de

una manera bruja, y él, el país, sólo se anotaba en su haber los compromisos. Se invocaba de continuo la necesidad de pagar la deuda interior que cada vez crecía por obra de oscuras transacciones y rapiñas, a las que contribuía y se prestaba el Ejecutivo, y se enriquecían segundones y usureros, algunos de los cuales, amasaban una fortuna desproporcionada con la capacidad económica del país y con la miseria pública. Agravaron todas esas circunstancias, el invento del llamado Banco Nacional, la usina de las "papeletas". La historia es larga y es triste.

Algún tiempo después, Westendorp & Cía., le traspasó sus derechos a una entidad norteamericana que se conoció con el nombre de "Santo Domingo Improvement Company". No obstante que la cesionaria había salido "abajo" con alguna plata de la que pretendía cobrar, Lilió aprovechó al nuevo cliente para solicitar un sobre-empréstimo de \$255,500.00, ofreciendo amortizarlo con el 5% de la proporción de las entradas aduaneras que se reservaban para las atenciones del presupuesto nacional y con el interés llamativo de un 12%. Desfachadamente se sobrepasaba con esa solicitud lo que consentía el Congreso por su Decreto de 1888. Para mayor garantía del préstamo, además de los resortes de la Caja de Recaudación, al parecer ya un poco desacreditada, y de la hipoteca de las aduanas y sus entradas *idealmente* bajo el control de la "Santo Domingo Improvement Company", el Gobierno comprometía para el pago, de una manera textual y desesperada "el honor nacional". Se hicieron nuevos e incontables vergonzosos líos, y el 9 de agosto de 1897, la deuda del país era de 4.236.750 libras, o sean \$21,183,750.00. Tres barquitos de trasmano los más, unos cuantos cañones adquiridos de trasmano también y una tentativa de Ferrocarril Nacional, de un solo tramo con cierta cremayera que era una maroma indígena, justificaban la deuda.

No hay nada más doloroso para un buen dominicano que revisar, siquiera sea a la ligera, todas esas desvergüenzas y cana-

lladas, y asquea recordar que muchos de los cómplices y aprovechados, pasearon durante mucho tiempo después sus abdomenes recrecidos a favor de aquellas dilapidaciones y que la sanción pública ni apareció, ni aparecería, para denostar siquiera a los ladrones y a los latrocinios. Es más, se vió luego que algunas calles de ciudades y pueblos llevaron nombres que sirvieron para recordar sería, las hazañas de aquellos señores.

Con todas las humillaciones que implicaron desde el comienzo esos infabiles manejos, gozó el país de un descrédito y una reputación que daban asco. Se vivió bajo las amenazas de acreedores que llegaron a principios de vías de hecho, tratando de descerrajar sobre nosotros sus cañones. Más tarde, apuramos todas las ignominias y sacrificios, constituyéndose varias generaciones de criollos como deudores y paganos de aquellos compromisos viles. Vivo y durante los primeros penosos expedientes, Lili se mostraba cínicamente insensible; tenía "su filosofía" con respecto a las deudas, especialmente si eran extranjeras. Aspiraba a vérselas personalmente con cada uno de los acreedores, fueran quienes fueran, para de acuerdo con su manera, ajustarle las cuentas. Mr. Pichón, más tarde prominente diplomático francés, enviado por su Gobierno al país en gestiones de cobros, estuvo a pique de ver tronchada su carrera, malograda por las arterias del Negro. Mr. Pichón resultó un pichoncito en las garras del Gavilán.

LA CONSTITUCIÓN

La Constitución es el fundamento de todo el ordenamiento jurídico de un Estado. Es el conjunto de normas que regulan la organización del poder y los derechos y deberes de los ciudadanos. Su función principal es garantizar la libertad y la justicia social, así como asegurar la estabilidad y el bienestar del país.

En el caso de la República Dominicana, la Constitución establece el sistema de gobierno, la estructura de los poderes del Estado y los principios que rigen la vida política y social. Es el instrumento que define el marco dentro del cual se desarrollan todas las actividades del Estado y de la sociedad.

Artículo 1.º	Principios
Artículo 2.º	Forma de gobierno
Artículo 3.º	Organización del poder
Artículo 4.º	Derechos y deberes
Artículo 5.º	Garantías
Artículo 6.º	Procedimientos

LILIS Y LA CONSTITUCION

La Constitución ha sido en el concepto criollo, por las nociones primarias que de ella tuvimos, una especie de *tereque*. Ese término, sirve mejor que cachivache para designar una cosa que no sirve, que incomoda a veces, y cuya razón de ser no se explica. El término, parece que no es argentinismo pues no lo ha adoptado la Academia, ni figura en ningún diccionario; con todo, sienta plaza en nuestro lenguaje vernáculo y es de uso expresivo y corriente.

Según observó el vulgo, el *tereque* ese, La Constitución, con todo y su inutilidad solía preocupar a los mandatarios. El vulgo cyó hablar muchas veces de la necesidad de romperla y de la necesidad de hacer una nueva. ¿Para qué? El vulgo no lo sabía. Sin embargo, pareció que cada quien cuando gobernaba le era grato tener un *tereque* de esos a su acomodo y observó también, que aún el de hechura propia en muchos casos incomodaba. De una manera vaga recordaba que:

Santana	hizo y rompió	6
Báez	hizo y rompió	5
Cabral	hizo y rompió	2
González	hizo y rompió	2
Guillermo	hizo y rompió	2
Luperón	hizo y rompió	2

Resultó de ahí que el simple Concho Primo, no tuviera idea firme sobre La Constitución, y si acaso, alguna ocurrencia pícara. La culpa no fué de él; reflejaba en sus sentimientos lo que aprendió con la práctica.

Hizo falta explicarle a Concho Primo y demostrarle que La Constitución suele ser, la expresión, la base y la norma de la nacionalidad autónoma; la ley o las leyes fundamentales del Estado. Que ella encuadra las aspiraciones y estatuye los preceptos con arreglo a los cuales la nacionalidad se constituye, se personifica y está resuelta a existir. Que La Constitución es una y permanente mientras viva la nacionalidad autónoma. Que contiene a veces disposiciones de ocasión, adjetivas, pero que en esencia es inamovible y de por sí, demuestra la consistencia de la entidad política y geográfica, que no muda de consistencia ni cambia su Estatuto. Que ella es, en cierto modo, como la partida de nacimiento en el caso de las personas: testimonia la existencia del sujeto. Para que no sea necesario "romperla", en ningún caso, permanece abierta a las disposiciones de ocasión que suelen removerse en circunstancias muy raras, por ejemplo: en lo que se refiere a los períodos y a las formas de gobierno; en lo demás, suele ser intangible. Hizo falta inculcarle a Concho Primo, que los pueblos educados de acuerdo con esos principios, miran con respeto y tienen en sazón de cosa sagrada al Estatuto Nacional y sus reglas inviolables, se imponen con magestuoso poder de arriba a abajo y de abajo a arriba.

Desgraciadamente, como en tantas cosas, en este caso, nuestra educación caudillista fué de las peores. Las tantas constituciones que tuvimos y los malabarismos efectuados con ellas, afectaron su valor y desacreditaron la especie. A su turno el caudillo Ulises Heureaux procedió de acuerdo con la rutina; "rompió" la de 1860 que encontró en vigor al llegar al poder y que esta-

blecía el bienio presidencial, y cambió algunas cosas y especialmente, el bienio por cuatrenio; después, en 1897, hizo formalmente su Constitución, por hacerla, ya que de acuerdo con su sistema, el *tereque*, en realidad, no servía para nada, ni siquiera de estorbo.

LIBROS Y LOS HAITIANOS

La conducta de libros Haitianos en relación con los libros
nos, se puede resumir a muy pocas palabras. En primer
lugar, los libros Haitianos tienen que ser útiles y
útiles para los Haitianos. En segundo lugar, los
libros que se escriben en Haití en francés de modo que
sea útil para los Haitianos que en sus libros de la vida
el respecto de los Haitianos que se escriben en francés.
En tercer lugar, los libros que se escriben en francés
debe ser para los Haitianos. En cuarto lugar, los libros
deben ser para los Haitianos. En quinto lugar, los libros
deben ser para los Haitianos. En sexto lugar, los libros
deben ser para los Haitianos. En séptimo lugar, los libros
deben ser para los Haitianos. En octavo lugar, los libros
deben ser para los Haitianos. En noveno lugar, los libros
deben ser para los Haitianos. En décimo lugar, los libros
deben ser para los Haitianos.

A los libros Haitianos debe darse el mismo tratamiento
que los libros de los otros países. Los libros Haitianos
deben ser para los Haitianos. Los libros Haitianos
deben ser para los Haitianos. Los libros Haitianos
deben ser para los Haitianos. Los libros Haitianos
deben ser para los Haitianos. Los libros Haitianos
deben ser para los Haitianos. Los libros Haitianos
deben ser para los Haitianos. Los libros Haitianos
deben ser para los Haitianos. Los libros Haitianos
deben ser para los Haitianos. Los libros Haitianos
deben ser para los Haitianos. Los libros Haitianos
deben ser para los Haitianos. Los libros Haitianos
deben ser para los Haitianos.

LILIS Y LOS HAITIANOS

La conducta de Ulises Heureaux en relación con los haitianos, se prestó siempre a muy variadas conjeturas. En realidad, ni aún sus íntimos supieron nunca qué propósito lo guiaba y cuáles eran sus sentimientos para con ellos. Generalmente, los asuntos que le concernían los llevó en carácter de secreto personal, y en esos, menos que en los otros negocios de Estado, tuvo el respectivo órgano de su Gobierno, una adecuada participación. En ocasiones, la actitud del Ejecutivo llegó a ser equívoca, o más bien paradójica, frente a la posición asumida por la representación oficial dominicana, al discutirse los problemas fronterizos en vías de encontrarle arreglo. Algo extraño se movía en el fondo complicado de un sujeto que más que nadie, entre sus conciudadanos, conocía a nuestros vecinos, gracias a la comunidad de origen, y dominio de su lenguaje y por haber convivido con ellos mucho tiempo.

A Lilís le agradaba hacer visitas al país vecino, llevando a cabo giras en donde hacía galas de extraordinaria munificencia y de prodigalidad. A su paso por las poblaciones, lo seguía la chusma, victoreándolo, mientras recogía el dinero a puñados que le arrojaba el visitante. Para esas ocasiones, se ataviaba con exquisito gusto bárbaro, portando toda clase de cintajos, charreteras y oropeles, propios de carnaval. Despertaba de ese modo la adm



ración y conmovía los primitivos sentimientos de un pueblo cuyas modalidades conocía profundamente.

Lilís, un enigma también en lo que respecta a la religión, pues su fé pareció ser dudosa, era en cambio, positivamente supersticioso. El arte de las brujerías y las salvajes creencias en *papá vocó*, *luaces*, oraciones y maleficios, generalizadas en Haití, le merecían crédito o, por lo menos, a ellas solía rendirle tributo. Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que de esas creencias se valía para influir en los ánimos propicios, y le servían de armas en el rejuego de sus maquinaciones. En este orden de cosas, se cuentan de Lilís, las fábulas más absurdas. Del lado nuestro, tomando en cuenta la conducta en general de Lilís para con los haitianos, se hacían suposiciones peregrinas. Dentro de nosotros era corriente la versión de que Lilís acariciaba planes atrevidos en relación con Haití. Se decía que se preparaba a hacer su conquista para convertirse, como lo había querido Soulouque, en Emperador de la Isla. La idea de los proyectos de revancha en contra de nuestros vecinos y de tal Imperio, no fué vaga y pasajera impresión entre nosotros; ella perduró y todavía se le asocia a los más consistentes recuerdos de Lilís. De la autenticidad de esos proyectos, no se conserva ninguna personal referencia; ni siquiera en relación con ello, algo, que se sepa, en la expansión de la intimidad o de un vislumbre en las anécdotas.

Pero a la verdad, a Lilís, menos que a ninguno de nuestros mandatarios, le preocupó sinceramente el problema fronterizo; cuantas veces lo removió, fué con el intento de sacar de él, inmediato provecho económico, temperando con las pretensiones haitianas y con los "uti-possediti". La manera de tratar el problema fronterizo y los compromisos económicos que creó alrededor de él, contribuyeron más que nada a embrollarlo, y le dieron desventajosas perspectivas a las reclamaciones de nuestros derechos. A ese respecto se recuerda que en una ocasión en que se discutía en Puerto Príncipe, la capital de Haití, entre la delega-

ción dominicana se desconcertó frente a la posición pro-haitiana que Lilís asumió al intervenir en la discusión. En este último caso, parece que a él, como a los haitianos, no le interesaba mayormente, transar de manera definitiva las diferencias. Lilís obraba de acuerdo, tal vez, con secretas miras, corroborando a los haitianos para quienes la posposición indefinida del arreglo, daba cabida a la expansión hacia el Este. Mientras tanto, tenía cuidado en atar a los mandatarios vecinos mediante el soborno o el temor. Sabía que las conspiraciones que pudieran hacer peligrar su régimen, debían fraguarse en Haití y de allí partir; sabía que en el caso de que las conspiraciones contaran con las simpatías o el apoyo de un gobierno haitiano, las consecuencias para el suyo serían fatales. Al Presidente Hipolite, por ejemplo, lo coaccionó con amenazas diversas y principios de hechos que atemorizándolo, lo obligaron a cometer felonías y traiciones en contra de los organizadores de la revolución dominicana del 1893.

En fin, las relaciones y los sentimientos íntimos de Lilís y sus planes para con los haitianos, son cosas que han quedado vedadas a la curiosidad histórica.

ELIS Y SUS RECURSOS

La Comisión de las Repúblicas del Sur deposita el más alto honor en el Presidente H. menéndez cuando lo nombra presidente y en los otros miembros de la Comisión. En el momento de su nombramiento, el Sr. H. menéndez era un hombre joven, pero con una gran experiencia en el mundo de la política y de la administración pública. Su nombramiento fue una señal de confianza en su capacidad y en su integridad. Durante su mandato, el Sr. H. menéndez demostró un gran talento y una gran dedicación al servicio de su país. Su liderazgo y su capacidad de trabajo fueron fundamentales para el éxito de la Comisión de las Repúblicas del Sur.

El Sr. H. menéndez fue un hombre de gran carácter y de gran capacidad. Su nombramiento como presidente de la Comisión de las Repúblicas del Sur fue una señal de confianza en su capacidad y en su integridad. Durante su mandato, el Sr. H. menéndez demostró un gran talento y una gran dedicación al servicio de su país. Su liderazgo y su capacidad de trabajo fueron fundamentales para el éxito de la Comisión de las Repúblicas del Sur. El Sr. H. menéndez fue un hombre de gran carácter y de gran capacidad. Su nombramiento como presidente de la Comisión de las Repúblicas del Sur fue una señal de confianza en su capacidad y en su integridad. Durante su mandato, el Sr. H. menéndez demostró un gran talento y una gran dedicación al servicio de su país. Su liderazgo y su capacidad de trabajo fueron fundamentales para el éxito de la Comisión de las Repúblicas del Sur.

El Sr. H. menéndez fue un hombre de gran carácter y de gran capacidad. Su nombramiento como presidente de la Comisión de las Repúblicas del Sur fue una señal de confianza en su capacidad y en su integridad. Durante su mandato, el Sr. H. menéndez demostró un gran talento y una gran dedicación al servicio de su país. Su liderazgo y su capacidad de trabajo fueron fundamentales para el éxito de la Comisión de las Repúblicas del Sur.

LILIS Y SUS RECUERDOS

La Capital de la República fué sin disputa, el sitio en donde el Presidente Heureaux gozó de mayor popularidad y en donde contó, mayor proselitismo. Su figura era familiar a los vecinos que a diario lo veían tragar, sea en despaciosa victoria, en coche, o a caballo, erguido y ágil, a fuer de airoso jinete que era. Pulcramente ataviado y por lo regular, llevando sombrero de panamá, solía acercarse a alguna puerta o ventana, en donde entablaba diálogos, o saludaba, al pasar, a los transeúntes, sombrero en mano y con genuflexiones de cortesía palaciega.

Como sucedía con él, le era igualmente conocida la mayoría de los vecinos de la ciudad. Les sabía los nombres, apodos y apellidos y conocía sus modos de vivir, quehaceres, sentimientos y estaba al tanto de muchas de sus intimidades. Había pocos secretos en la ciudad de entonces, que no estuvieran a su alcance; alguna que otra querida, diligentes comadres y compadres, inteligenciaban los más insignificantes enredos de vecindario que Lilís tomaba en cuenta complacido: "No siga Compadre, que ese es Juan Cabeza". Cortó ante una información complicada.

Era extremadamente político, cortés, pródigo y oportuno: con exquisitas maneras trataba a todo el mundo, haciéndose ac-

cesible a todas las gerarquías. Ponderado y comedido, campechano y sencillo, envolvía en formas corteses las órdenes y aún suavizaba las reprimendas que hacía: "Esta se la perdono, porque yo también hice de esas, pero me correjé; esjero que usted haga lo mismo y que no nos volvamos a encontrar en estos trances, mi amigo" —le decía en cierta ocasión a un sujeto convicto de haberle robado unas onzas.

Era consecuente con sus proyectos y con sus amigos; pero no perdonaba ni la doblez, ni la traición; las más tremendas páginas que ensangrientan su historia, fueron motivadas por delincuencias en ese sentido; aún los casos baladíes o las sospechas, lo llevaron fríamente, a la comisión de crímenes, que no castigos, de los cuales, como de nada, solió arrepentirse. En este punto son múltiples las anécdotas y los ejemplos que de citarse, de por sí, formarían un libro. No le perdonaba a las personas que había clevado, sacándolas de miserables situaciones, que luego se enfatuaran y se atrevieran a aspirar sustituirlo. En ese sentido, continuamente trataba de probar a sus protegidos con la consabida treta de que queriendo *descansar*, se había fijado en él, para que lo sustituyera; más de uno pagó con la vida la inconsulta disposición mostrada y la petulancia consiguiente. En casos menos importantes aún, hacía tanteos y el desacuerdo con su intención, solía ser mortalmente peligroso. "Le dije al Presidente que no podía hacerlo y al despedirme, me miró de una manera como no me había mirado nunca". Así le decía a un amigo el incorruptible General Isidro Pereyra, Jefe Comunal de San Carlos, una tarde. A los pocos días era ascendido a Gobernador de San Pedro de Macorís en donde a raíz de su llegada sonaron unos disparos e Isidro Pereyra fué muerto. A los curiosos en relación con sus asuntos, le solía suceder lo que al Chivo. ¿Y qué fué del Chivo? La tragedia del Chivo hasta ahora es un misterio.

En cuanto a moralidad, Ulises Heureaux dejaba mucho que desear en todas las manifestaciones en donde es capaz de reve-

larse esa virtud. Parecía escéptico en cuanto a religión, pero no lo demostraba, ni despreciaba las cosas relativas a los cultos. Era lascivo, mas no interfería a propósito y prevaliéndose de su posición, con intereses ajenos o respetables. En este caso, más bien acogía las insinuaciones y a pocas en realidad atendió, dada la desmoralización existente al final de su época. Un cinismo progresivo se adueñaba de sus sentimientos y solidarizándose con sus actos reprobables, solía decir: "Yo no leeré la historia".

Un claro y privilegiado talento y perspicacia, le daban a Lilís facilidades para conocer como nadie a sus conciudadanos. Su experiencia, además, era una fuente valiosa que le servía para juzgarlos y sopesarlos, y después que el medio se desmoralizó lastimosamente, no fueron numerosas las familias y aún las personas que no pasaron por las horcas caudinas, y a la postre, Lilís en el fondo despreció a la calaña humana. Lo propio sucedía con los idola fori y con nuestros valores históricos. Conocedor de las miserias de estos últimos, intervino en una controversia pública, con el siguiente consejo: "Señores, no me muevan el altar, porque se me caen los santos".

Lilís era por naturaleza intrépido y tenía un valor a toda prueba. No los cuentos, ni las fanfarronadas alrededor, sino los hechos mismos de guerra, y la presencia del peligro, le agradaban sobre manera. Se embriagaba con el olor de la pólvora, y como un animal de carniceros instintos, era sanguinario y cruel. Hallaba no sé qué extraña y diabólica voluptuosidad en la agonia de sus víctimas, de tal manera, que observando curioso los estertores de un compadre y colaborador a quien hizo fusilar, cínicamente comentó después: "Mi compadre Ramoncito si se puso feo; revolcándose en la sangre, parecía un tiburón".

Tenía absoluta confianza en su valer y en la influencia que su persona y su nombre ejercían en el país. Ese conocimiento y esa influencia, bastaron para que en cierta ocasión, develara una

importante trama revolucionaria. El hecho, como anécdota suya, rigurosamente histórica, se ha vertido así:

Una tarde, el General Ulises Heureaux, Presidente de la República, se paseaba solo a caballo por las calles de la Capital. Ya entre sombras pasó frente a la casa de su amiga Dominga Mañón, en la esquina nordeste de la actual Plaza Independencia.

Dominga lo esperaba en la puerta. El Negro extraordinario, de lejos le adivinó en los gestos que tenía una confianza que hacerle. Detuvo el caballo y a uso campesino, se inclinó sobre el pescuezo del animal hasta poner el brazo familiar sobre los hombros de la amiga. Dominga le dijo en voz baja que estaba allí en su casa un expreso recién llegado de Los Llanos, trayendo noticias muy importantes.

—Anjá, déjalo ver.

Se acercó el expreso. Lilis miró pausadamente calle arriba, luego hizo lo mismo calle abajo. Los escasos transeúntes se desviaban respetuosos hacia la acera opuesta al reconocer al Presidente.

—Mi amigo, ¿cómo está usted?

—Regularcito y bregando, General.

—¿Y qué hay por allá, mi Jefe?

—Que esta noche o por la madrugada se pronuncia el pueblo.

—¿Cómo?

—Desde ayer están llegando las gentes, y los pertrechos los están juntando en casa del Comandante de Armas. El también está metido, General.

—¿Cómo?

—Sí, y los del Seibo y Hato Mayor y Guaza y Mosquitisol. Hay mucha gente, General.

El General Heureaux pensó un momento. Los últimos reflejos de la claridad del día se esfumaban en las sombras que avanzaban de Oriente. Dominga Mañón ocupaba el hueco de la puerta detrás del mensajero.

—Dominga, atiende a este amigo hasta mañana. Procura que coma y que duerma bien.

Enseguida enfiló el caballo por la misma calle, Las Mercedes, hacia el interior de la ciudad. Pasó sin detenerse frente a la hilera de casas que eran su mansión; dobló por la calle del Comercio, bajó hacia el río y tomó la barca que llevaba a Pajarito. Ahí se detuvo frente a la vivienda de David Lalondriz, el Jefe Comunal y su hombre de confianza. David cenaba. Se levantó sorprendido por la visita, tan pronto reconoció el timbre de la voz en las “Buenas noches, compadre...”

—Desmóntese, desmóntese, compadre —respondió diligente Lalondriz.

—No, compadre: voy de un saltico a Monte Grande. Quiero para no extraviarme que usted me proporcione un dragón bien montado y digo bien montado, compadre, para que pueda aguantarle el paso a este jaco, que si no arrea por bueno, lo hace por estar muy descansado.

David insistió en acompañar al Presidente o en proporcionarle una guardia adecuada. Lilís rehusó una y otra cosa y salió acompañado del dragón. Eran las ocho de una noche oscura.

A la una de la madrugada, al tren largo que mantenía el caballo, entraba al pueblo de Los Llanos. Se fué directo a casa del Jefe Comunal. Con las puertas cerradas, se advertía luz a través de las rendijas y trascendía hacia afuera mucho murmullo de conversación.

Lilís desde a caballo, dió tres toques firmes en la puerta principal.

—¿Quién vive? —inquirieron de adentro.

—Yo, el General Lilís —respondió una voz inconfundible.

Se acalló el murmullo, se apagaron las luces, se abrieron las ventanas traseras y se escuchó durante un rato, como el golpear de fardos que caían hacia el patio y emprendían luego una carrera en tropel.

Media hora después, el General Heureaux frente al doctor Francisco Villera, a la luz de un mechero de gas, le decía señalándole un montón de armas y pertrechos:

—Hágase cargo, don Pancho, de esos cachibaches y sujéteme la Comandancia de Armas, que por la mañana le comunicaré instrucciones desde la Capital. Pase buenas noches.

* * *

A medida que pasaban los tiempos, el liderato de Ulises Heureaux, iba ejerciendo mayores y más disolventes influencias en todos sentidos. La camarilla complaciente, eterno coro de corroboración e iniciativas torcidas, sin sujeción y sin escrúpulos, hacía propicias las circunstancias y aún estimulaba todas las demasías. Enervados por el temor, los hombres renunciaban su calidad de tales y no se alzaba siquiera una voz en desacuerdo con aquel concierto de bajo imperio. Se le confirió a Lilís una espada de honor y el título de Pacificador; ni siquiera la paz de los sepulcros era aquella en que por último, se vivió en constantes aprehensiones y dentro de trastornadoras zozobras. Agravaban las circunstancias, la presencia en muchos lugares o regiones de la República, de caciques arbitrarios, que mantenían pendiente sobre todas las cabezas, una espada, cual la de Damócles. Eran como en el caso de Anderson, "El Tiburón del Bahío", estrafularios sujetos dueños y señores del espacio y a cuya dispensa se debían los intereses y la vida. Apremiados por la superstición y el temor, y fieles a sus instintos, cometían por su cuenta, barbaridades, con el objeto de demostrar celo y para con obras del

peor género, hacerse acreedores a la confianza. Sus hechos se juzgaban como ordenados de "arriba".

Sobre los campesinos pesaba como una maldición la existencia del "fijo". Ese era el pretexto con que se le arrancaban a las familias mal vistas, a los padres tacaños, a las novias bonitas, a las concubinas apetecibles y a los lugares, en fin, los "vagos" que eran desterrados a cuarteles lejanos, de donde no solían volver. A esos reclutas, se les llamaba oficialmente voluntarios y se dió el caso, en que un jefezuelo, le escribiera a su superior: "Con la debida custodia, le mando ocho voluntarios; devuélvame las sogas".

Había, sin embargo, honrosas excepciones y lugares hubo en donde no se sintieron los malignos efectos de la era *lilisiana*. Evidencian esas excepciones, lo que ciertamente era en cuanto a la especie, el temperamento de Lilís y su táctica con respecto a los hombres, que aún sirviéndole lealmente, eran incapaces de abusos, de tropelías, de despojos y criminales desafueros. Dentro de su maravilloso instinto, en Lilís se acentuaba la facultad de saber distinguir, cuando había que distinguir. El benemérito General José Francisco López, el de Villa Rivas, fué una de las pruebas concluyentes de cómo Lilís respetaba las actitudes honradas, francas y valerosas, aún en contra de su criterio. Hubo muchos que como el General López, abarcaron toda la era *lilisiana*, con mando activo, ganándose con su conducta la adhesión de los lugares, y mereciendo el título de padres de ellos. La mayoría de los hombres influyentes que con su prestigio formaron en distintas partes los dos partidos en que luego se dividió el país: *bolos* y *coludos*, fueron aquellas autoridades *lilisianas* que se habían granjeado con obras y buena conducta, el amor y el respeto de la jurisdicción respectiva. Y con esos, no interfería Lilís. Dentro de su sistema de mando, existía una especial independencia que reposaba en la confianza que depositaba en sus agentes, solidarizándose con sus actos, buenos o malos; eran por consecuencia, los instintos de esos agentes los que determinaban las personales con-

ductas. "Con todo lo que usted oye decir, Madama, yo cargo con muchas culpas ajenas y con muchos muertos de otros". Lilís a la Baronesa de Wilson.

De acuerdo con nuestros propósitos de apuntar los hechos y rápidamente tratarlos en las derivaciones más importantes, no dejaremos pasar por alto una de las peregrinas ocurrencias en relación con los recuerdos de Ulises Heureaux. En efecto, a partir de él, a la mayoría de los gobernantes nacionales se les atribuyeron la habilidad, la suficiencia, las argucias y algunas de las que fueron extraordinarias cualidades de Lilís. La comparación, nunca dejó de complacer. Se hacía omisión, desde luego, de las taras detestables y de la propensión a cometer exacciones; por cierto que estas últimas, no necesitaban omitirse, porque a la verdad, estaban relegadas al olvido.

Por obra del tiempo, casi siempre resultan borrados los malos trazos, en relación con las personas; con el tránsito hacia otras consideraciones y hasta con la evolución de la sensibilidad, a los males sufridos, le sucede como al hambre y a los apremios; no dejan en nuestros desmemoriados órganos, ninguna clase de recuerdos, después de satisfecha o pasados. En relación con los actos de los hombres ocurre casi lo mismo, y se ha dicho que es necesario morir para ser buena persona. Sea por olvido, por generosidad o por instinto de perdón, pronto se deslíen en las sombras del pasado los recuerdos de los malos actos, y emergen de las brumas, cada vez más distintos, los trazos que fueron meritorios. Ese fenómeno es más ostensible en pueblos despreocupados y faltos de espíritu de sanción como el nuestro: así, olvidando lo malo, se le han atribuído las características *lilisianas* a muchos sujetos, que si acaso demostraron algunas condiciones semejantes a las suyas, fueron precisamente, aquellas morbosas y anómalas que en unión de otras en formas asaz extraordinarias: el instinto, el valor, la firmeza, el carácter, el talento, la inteligencia, la perspicacia, el magnetismo personal, la vocación

al proselitismo, el don de mando, etc., distinguieron a Lilis. Toda comparación es imposible; el diablo hizo al sujeto y rompió el molde.

* * *

Terminaba el siglo y Lilis presentía que con él, se acabaría su carrera, finalizaría su poder y se le iría la vida. Un quebranto pertinaz, cada vez más agudo, irreductible entonces como ahora, le minaba la existencia. Después de él, solamente lo adivinaba su médico de confianza, aquel que le cortaba los callos y lo sondeaba.

—¿Cómo cuanto debo yo? —le preguntaba por aquellos días al encargado de sus cuentas.

—Un poco más de un millón, Presidente.

—Ah! Creí que fuera más...

Con una exclamación y cuatro palabras, arregló su testamento. Sus bienes, a la vista, cubrían cerca de cuarto millones; mucho más serían, si le plugiera ajustarle cuenta a una porción de socios escandalosamente enriquecidos por él, a costa del Estado, y si reclamara su participación en infinidad de concesiones y monopolios convenidos a la parte. Mas dejar herencia, no le preocupaba, ni era su propensión ahuchar para los funerales. Por eso, al hacer su testamento *in mente*, pensó que su deuda de más de un millón, estaba garantizada con creces con lo que había a la vista, y en último caso: "El que viene atrás que *jarré*" —como solía decir.

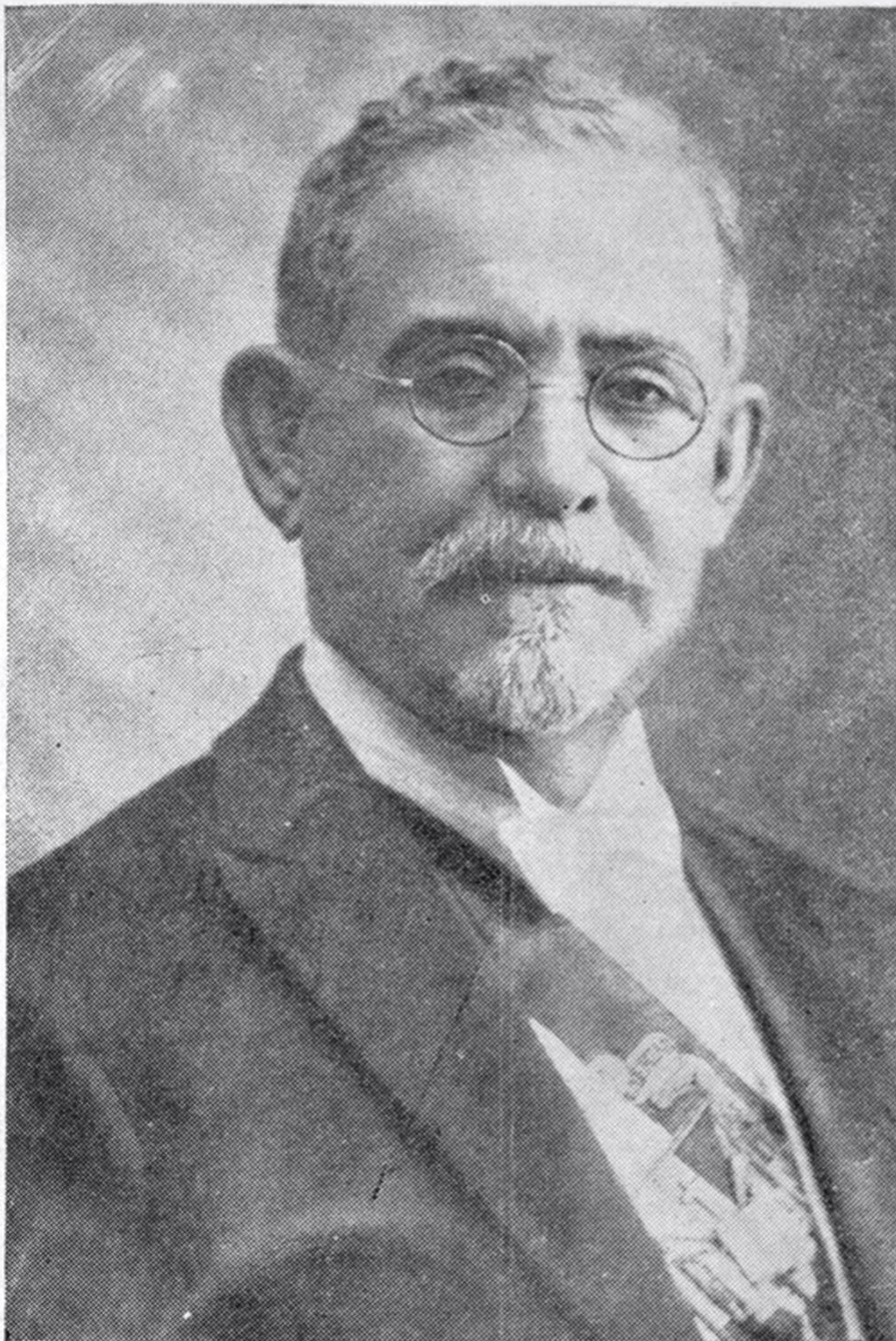
Aquel año de 1899, el último del siglo,, se presentaba con las más negras perspectivas para él y para el país. La bancarrota llegaba a catastróficos extremos y no era posible apañarla con nuevos empréstitos, pues el descrédito espantaba a los más descabellados y audaces usureros. No había compradores tampoco para la República, ni para partes de ella. Las prensas que tiraban

el papel moneda, estaban desvencijadas, y los billetes yacían amontonados en rimeros de cajones, en casa de cualquiera, en vista de que no se adquiría con ellos, ni siquiera la tinta con que necesariamente debían anotarse los controles. Andrés Lapaix había quemado un lote de aquellas "papeletas", en vista de que no servían para nada. La muerte del "incendiario" Andrés Lapaix, sin embargo, no hizo reaccionar la especie. En el Cibao, ni en ninguna parte las querían, y ellas eran el dinero, el único dinero del Gobierno, y Lilís necesitaba dinero para sostener el Gobierno. ¿Qué hacer?

En un momento pensó en la requisa de los capitales, especialmente, aquellos que bien sabía él, cómo se habían adquirido. Iba a ser una operación escandalosa y aborrecida para los taimados. Lilís no le temía a nada ni a nadie. Pero la requisa le acarrearía nuevos odios, más odios... y la vida se acercaba a su fin.

En el Cibao hervía un descontento —le avisaban sus corresponsales y agentes de confianza— como antes no se había registrado. La perennidad de un estado de cosas al parecer sin fin, sobornaba la resignación y la paciencia que ya contaba doce años. En lo más vivo, en el interés material, se hería al sentimiento público. La falta de confianza en el numerario, las "papeletas", hacía que no se contara con ninguno, y las transacciones se hacían al *cambalache*, como en la época de los indios. La miseria era angustiosa, y de todo, sabía Lilís, que se le achacaba la culpa. En definitiva, se había convertido ya, en una carga irresistible para la República. Era preciso hacer algo, y se dirigió al Cibao. Presentía que era su último viaje: "Si vuelvo, Compadre, me ocuparé de su asunto" —le dijo a uno de sus íntimos como despedida. Fué un viaje penoso, con paradas largas, inusitadas, a las que le obligaba el quebranto que cada vez más tenaz, le mordía las entrañas. En Sánchez, recibió un cablegrama en que desde el exterior le avisaban que en Moca estaba el pe-

ligro y textualmente: "Haga vigilar Mon Cáceres". Fué a Moca, se detuvo allí más de lo que acostumbraba; esperó. Para quedarse solo, despachó a Santiago su Estado Mayor. Hablaba tranquilamente en una casa, y viendo pasar a un conocido, preguntó: "¿Qué hace ese joven Cáceres, por aquí?" Fué su última pregunta, porque sucedió la tragedia. No le sorprendió. Murió bien, dando pruebas del valor excepcional de toda la vida.



General Horacio Vásquez

MEMORANDUM

TO : [Illegible]

FROM : [Illegible]

SUBJECT : [Illegible]

[The following text is extremely faint and illegible due to the quality of the scan.]

HORACIO VASQUEZ

Horacio Vásquez nació en Moca el 22 de Octubre de 1860. Era descendiente por ambas ramas de familias cibaenas de la más pura estirpe ibera; eran familias de agricultores o modestos comerciantes acomodados que unían su sangre entre sí, desde antiguas generaciones. Esas familias, distinguiéndose por tonos de ranciedad y usos de patriarcado, formaban una aristocracia *sui generis*, cuyos blasones eran el color y una honestidad honorable.

Sin herencia de talento, más bien prototipo de agricultor ordinario o de comerciante de pueblo, en Horacio Vásquez se dejó ver un continente prócer, y su figura apuesta llamaba la atención, lo mismo que sus rasgos faciales que en la juventud lo hicieron parecer buen mozo.

Temprano, se inició en la política como colaborador de Lilis. Combatió al moyismo en la revolución de 1886, al frente de la Guardia Nacional mocana. A poco, encontró empleo en La Vega, el pueblo vecino, en una casa comercial. Emparentado o en íntimas relaciones de familia con la gente principal de ese pueblo, figuró en primer término entre la juventud contemporánea con carácter de líder social, y aunque elemento extraño, presidió el Ayuntamiento. Para todo ayudaba su posición de gerente de la sucursal vegana de la casa comercial puertoplateña, Cossme Batlle & Compañía.

La instrucción de Horacio Vásquez era mediana y su cultura mediocre. Un poco sentimentalista de joven, en épocas en que estaba de moda el romanticismo, se recuerda que era muy propenso a las emociones: lloraba con las novelas a lo María de Jorge Isaac y en las representaciones teatrales, cuando ocurrían las escenas desgarradoras frecuentes en *Los Amantes de Teruel*, por ejemplo. Tenía, sin embargo, poca capacidad intelectual. Ese hecho, se revelaba al final de su vida, cuando por infinitos contactos y experiencias, podían acusar dotes adquiridas por imitación o por rutina. A esa poca capacidad se agregaba una particular haraganería o inercia de pensamiento.

Horacio Vásquez se había casado en la ciudad de La Vega con una señorita distinguida, de familia arraigada, y que tenía notable ascendiente político-social; la familia Moya. Esa alianza con gentes que eran sus enemigos tradicionales, fué la causa de que Lilís sintiera nacer desconfianza hacia Horacio Vásquez y de que se enfriaran las relaciones entrambos. Cuando en 1889 Samuel Moya secundó en La Vega el pronunciamiento de Tilo Patiño en Santiago, se sospechó que Horacio Vásquez estuviera en autos con los revoltosos, y la sospecha, naturalmente, alcanzó a Lilís. Cuentan que Horacio Vásquez se presentó armado de un fusil entre las fuerzas gobiernistas, cuando ya los revoltosos estaban dispersos y herido el Delegado del Gobierno, Zoilo García; entonces, se erigió jefe y al frente de las fuerzas leales, se dispuso a perseguir los insurgentes. Lilís tuvo noticias del caso y dicen que malicioso comentó: "A tambor mayor no se le toca diana". A partir de ahí, las relaciones políticas de Horacio Vásquez con Lilís, hicieron crisis y fué por fin reducido a prisión en La Vega y expulsado del país. En 1893, se le encuentra firmando un manifiesto revolucionario en la línea noroeste a seguidas de Luperón, Ignacio M. González y otros. Después, parece que fué indultado y se estableció en Moca.

Una excepción entre nuestros caudillos; a Horacio Vásquez, hasta última hora, se le discutió el valor personal. Los primeros

recuerdos que de él se tienen, en aquella estada en La Vega, lo pintan a modo de un valentón. Ciertamente que era intemperante, duro y personalmente agresivo; por esos modos, que bien podían denotar mal carácter, se le temía en aquella pacífica población donde Zoilo García, el hombre local de Lilís, era para entonces el "batuta".

El valor personal, cosa corriente, es sin duda, uno de los atributos humanos de origen más complicado. El valor, puede ser innato y tranquilo, como el de los reyes de Francia, San Luis y Enrique IV; como el de Antonio José de Sucre, Juan Suero y Ulises Heureaux. Impetuoso y soberbio como el de Ojeda, Murat, José María Córdoba y Luperón; valor calculado como el de Napoleón; disciplinado y pasivo como el de los soldados de fila. Puede ser también consecuencia de amor propio, la influencia de contagio o la rutina de afrontar peligros, y en fin, puede ser la sugestión supersticiosa de indemnidad personal. Como quiera, el valor, no obstante los modos, debe ser constante, o mejor, un hábito sin contrastes. Cuando determinadas contingencias llevan al caso de ejecutar actos o asumir actitudes que denoten la presencia de valor en un sujeto, o cuando resulta como un fenómeno psicológico circunstancial, generalmente, con las eventualidades se extingue. ¿Tenía valor personal Horacio Vásquez? Puede que sí y puede que no; por eso, el caso es un problema. Las últimas ocurrencias de su carrera política se ofrecieron como pruebas que pudieran llevar a una conclusión positiva; sin embargo...

En 1899 estaba decidida en Moca la muerte del tirano Ulises Heureaux. Un grupo de conjurados había resuelto liquidarlo, aprovechando su próximo viaje al Cibao. Ramón Cáceres, en cuyo ánimo y en el de su familia pesaba el rencor resultante de la culpa bien fundada ó nó, que a Lilís se le atribuía en la muerte de Manuel A. Cáceres, su padre; y por distintas causas, Jacobo de Lara hijo, Ramón Lara, José Brache, Pablo Arnau, etc., se habían

conjurado con aquel propósito y de él habían hecho copartícipe a Horacio Vásquez. Su edad un poco más avanzada que la edad de los demás, el valor que se le atribuía, su condición de líder social, su alianza matrimonial y la experiencia que se le suponía en achaques guerreros y políticos, contribuyeron a que Horacio Vásquez asumiera el carácter de jefe de los sindicatos en la trama, en cuya crisis, precisamente, no actuó.

Planeado sin conciertos remotos o cercanos, el atentado del 26 de julio pudo no haber tenido otras consecuencias que la tragedia personal de Lilís; mas, está escrito que las tiranías, aún las sesudamente organizadas como la de Oliverio Cromwell se extinguen con el motor; falta de él, el sistema que era aquel personalísimo de Lilís, inmediatamente después de su muerte se resquebrajó hasta llegar prontamente a la disolución. El Vice-presidente Figuerero y los miembros del gabinete, hicieron pocos y mal encaminados esfuerzos para sostener la situación: no ofrecieron resistencia adecuada. Los tres barcos de guerra; el famoso arsenal adquirido del venezolano Rojas Paul; los cañones Crup, en fin, todos aquellos formidables aparatos bélicos acumulados durante dos décadas, resultaron impotentes contra los grupos que tiroteaban uno que otro pueblo, y contra los pueblos que pacíficamente se pronunciaban unos tras de otros. La corriente hacia los pronunciamientos la detenía en algunos sitios, el temor de que el suceso de Moca no fuera una de las argucias de Lilís para descubrir a sus enemigos. Por todas partes, en los primeros días, se discutía en secreto, echando miradas precavidas hacia los lados, y prestos se escurrían los murmuradores. Mientras tanto, el sistema *lilisiano* se venía abajo por la fuerza de la gravedad; cortado el hilo que lo mantenía en suspenso, duraba el tiempo necesario para destartarse y caer con el estrépido digno de sus veinte años de existencia. A Horacio Vásquez, el improvisado líder de los conjurados, se le improvisó también Jefe del Gobierno Provisional que resultó finalmente como consecuencia de la tragedia de Moca.

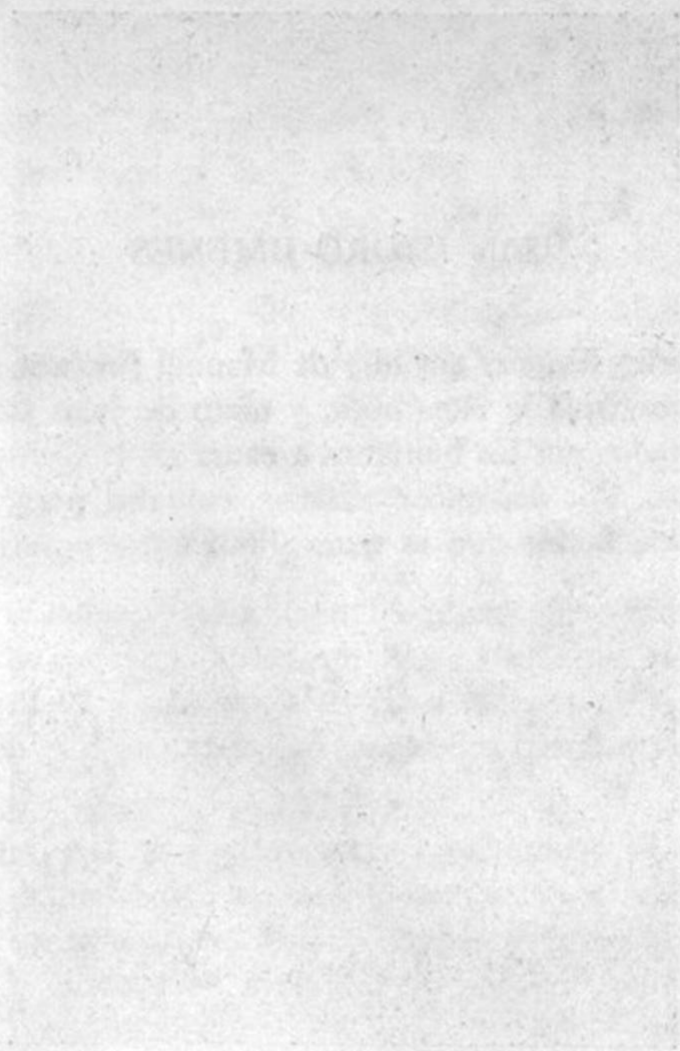
Salvo las contadas excepciones de algunos jefezuelos sin mayor importancia, los hombres de Lilís le guardaron las espaldas y cubrieron honestamente los requisitos del duelo. Amigo consecuente que fué encontró consecuencia después de su muerte. El Gobierno Provisional de Horacio Vásquez, se formó con los elementos *anti-lilisistas* reconocidos, y en ese Gobierno se registró una reacción notable en comparación con las prácticas anteriores. Atinadamente se rodeó de un consejo de ministros probos y bien inspirados y su corta gestión administrativa se caracterizó como honesta y seria. En lo principal, en aquello de los desfalcos públicos y la inmoralidad administrativa erigidos en sistema, se trazó una pauta distinta y saludable; de ahí partieron los motivos de reclamo que fué el programa con que se acreditara el Caudillo.

El Gobierno Provisional de Horacio Vásquez del 1º de agosto, organizado en Santiago, tenía un objetivo absoluto, es decir, formar por medios regulares un Gobierno definitivo. Se llevaron al cabo de cuatro meses, unas elecciones que más bien fueron un plebiscito, con una sola fórmula electoral, Juan Isidro Jiménez, para la Presidencia y el propio Horacio Vásquez para la Vicepresidencia. Los electores de la República llenaron sus papeletas con aquellos dos nombres y ambos se juramentaron en Noviembre de 1899. Horacio Vásquez, además, fué designado Delegado del Gobierno en el Cibao y allí instaló su sede.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.



Don Juan Isidro Jimenes



JUAN ISIDRO JIMENES

Juan Isidro Jiménez era hijo de Manuel Jiménez, el segundo Presidente que tuvo la República, y nieto de Juan Jiménez, uno de los ejecutados por los haitianos a causa de la Conspiración de Los Alcarrizos. Por derivación paterna, contaba, pues, con la herencia política, factor que es maravilloso entre nosotros.

La ascensión del padre, Manuel, a la Presidencia, fué la resultante de la primera tregua que Santana se permitió darle al poder, en una de aquellas maliciosas retiradas a El Prado, tregua que en lo que interesó a Jiménez, fué corta; no más de ocho meses.

De familia acomodada, viejos vecinos de la capital, hogareños y sencillos, se encuentra la historia con Manuel Jiménez figurando de manera destacada en los acontecimientos previos y concurrentes con aquellos de la Puerta del Conde, el 27 de Febrero de 1844.

Su enemistad con los haitianos era jurada y la justificaban causas poderosas como la de la sangre del progenitor, hecha verter por ellos. Eso en cuenta y otras razones de prestigio social, le dieron a Manuel Jiménez tamaño de cabecilla y lo llevaron a figurar de manera conspicua como miembro de la primera Junta Central Gubernativa. Ahí y fuera de ahí, Manuel Jiménez se

sentía atraído, mucho más que por los trinitarios auténticos y su radical consigna, por la ideología de los mediatizantes; por eso, con Bobadilla, su pariente político continuó formando parte de la nueva Junta, el empastelamiento que se hizo a seguidas del cuartelazo de Santana, el 3 de julio.

En el primer gobierno, Santana, que reunió en torno a sus principales corifeos, nombró a Manuel Jiménes Ministro de la Guerra. A través de todo ese primer período gubernativo, conservó el cargo y desde él asistió, tomando parte de soslayo, a las peripecias del final que culminaron con la renuncia de Santana y su primera maliciosa retirada a El Prado. Esa fué, una estratagema de evasiva con que en esa ocasión se le aconsejó soltear los golpes que aruinaban su personal prestigio; una tentativa para aplacar las murmuraciones y a la oposición, que prácticamente se procuró conjurar, llevando a la Presidencia para sustituirlo, al Ministro de la Guerra, Manuel Jiménes. Mientras tanto, Santana iría a recostarse en su "chinchorro" de El Prado, a esperar "el destino que le tuviera reservado el porvenir". Y no tardaron en fluir desde El Prado y hacia El Prado las intrigas y en lo que esas tomaban cuerpo, el "destino" fué empujado por la invasión de Soulouque en 1849.

Jiménes, cuyo papel ni preparación eran como para actuar en cosas del género de guerras, no obstante el cargo que había desempeñado y no obstante el título de General que le echaron auestas, se encontró, conjuntamente con la invasión, con la más enredada madeja en el interior, que pudiera tejer un taurmaturgo escondido. A los investigadores de ahora, no le es posible aclarar el enredijo que hizo crisis, convirtiéndose en descabros para nuestras armas, con dolorosos reveses para el brillante Duvergé. El enredijo, si posiblemente no partía del "chinchorro" de El Prado, tenía ciertamente inspiración en él. Como final de Norma, vino la apelación del "destino" al Caudillo de El Prado, para que como otro Juan Sobiesky salvara al país, y su-

cedió por cierto, con la única acción de guerra que puede acreditársele a su cuenta, la Batalla de Las Carreras; pero, esa gloria la maculó enseguida, dando vueltas de espaldas, como era su verdadero destino, para caer sobre el poder legal del Presidente Jiménez, y derribarlo. Después de derrocado, se levantó un escarceo de traición que reforzó su permanencia en Puerto Príncipe, Haití, en donde el infeliz se debatía frente a una artesa, amasando pan para con lo que diera, mantener a sus hijos. En esa madeja de insidias conjuntamente con Valentín Alcántara, se envolvió también a Duvergé, héroe auténtico y que no era *santanista*.

Huérfano Juan Isidro, con los demás de la familia se reintegró al país. Poco quedaba del patrimonio, mayormente formado por tierras y estancias aledañas a la Capital. Joven y detestando de la política se trasladó al Cibao en donde ejerció de buhonero. Corriendo los días se estableció fijamente en Sabaneta (Santiago Rodríguez) con una táctica comercial inusitada en el sitio; vendía más barato que los otros, pero como vendía más, haciendo muchos pocos se acrecentó el negocio que bien pronto se hizo preponderante en el lugar. Su hermano Manuel, de temperamento conservador, que era su socio, se retiró entonces con su parte de ganancias \$30,000.00. Desarrollando siempre las actividades, se inició Juan Isidro en el negocio de exportación de maderas. El río Yaque del Norte fué su vehículo, y el viento de la prosperidad soplaba a medida que pasaban los días. A ratos frecuentes, el país ardía en guerras, se sucedían revoluciones y se formaban pasajeros gobiernos; mientras tanto, Juan Isidro Jiménez vendía mercancías en su tienda y le confiaba partidas de maderas al Yaque, hacia el mar...

Del campeche se extraía la tinta que pintaba el algodón tejido; no había anilina entonces. Las usinas americanas y europeas, especialmente las alemanas, eran una voráGINE consumiendo palo de campeche que pagaban a buen precio. La línea

noroeste era un campechar espeso y virgen; el corte resultaba barato y de la conducción hasta el mar se encargaba el Río Yaque. La tienda de Sabaneta se convirtió en la casa de J. I. Jiménez & Cía., con sede principal en Monte Cristi, y pronto tuvo sucursales en Puerto Plata, Santiago, Santo Domingo, Fort Liberté, Cabo Haitiano, Port de Paix, Puerto Príncipe, Nueva York, Hamburgo, El Havre, Liverpool... Fué millonaria y para más cómodamente trasportar el campeche, y para aprovechar las raíces inundadas por las aguas sin cauce, la casa Jiménez & Cía., llevó a cabo la empresa de mayor envergadura acometida por iniciativa criolla, la canalización del río Yaque.

Juan Isidro Jiménez era el principal de la casa y la Jiménez & Cía., estaba compuesta por Rafael Rodríguez, su cuñado y Alejandro Grullón. Ya en esa época de apogeo y prestigio nacional e internacional, gobernaba el país Ulises Heureaux. Las relaciones de la casa y el Presidente eran buenas; la casa descontaba con facilidad los vales del Presidente que se cobraban en la aduana de Monte Cristi o en cualquiera otra aduana, haciendo importaciones. Ni a don Juan ni a la casa le interesaba la política.

JIMENES Y LILIS

A esas alturas, don Juan Isidro Jiménes ignoraba que tenía detrás de sí, la herencia política. Parece que como hasta entonces no se habían manifestado, como luego, los repetidos casos de ese fenómeno, porque la edad de la República y la de los herederos políticos no era lo convenientemente madura, y en casos, por no haber aparecido los *de cuyo*, Jiménes no tenía en cuenta el patrimonio político, habiendo desairado una que otra vez, llamadas en ese sentido. Hacía frecuentes viajes al exterior y pasaba largas temporadas preferiblemente en París.

En uno de sus estadas en Europa, su socio Grullón, por motivo baladí, se expresó en forma despectiva e inconveniente para el General Heureaux. Como todo lo que sucedía en el país, Lilis no tardó en saberlo. Trató de parlamentar y conseguir por lo menos, que don Juan regañara a Grullón. Insistió en el tema, se agriaron las cosas y don Juan hizo precisamente lo contrario de lo que deseaba Lilis, es decir, aprobó la conducta de su socio. Como consecuencia, se abrieron las hostilidades entre el Ejecutivo y la casa J. I. Jiménes & Cía.

“Y quién *pué* con *isi Pájaro*” preguntaba en Monte Plata el gallego Agapito Ruíz, a sus charlantes compadres. Resultaron poco a poco desplazadas o arruinadas las sucursales de la casa,

nacionales y haitianas; se redujeron y se redujeron más, los cortes de madera; se dificultaron las transacciones comerciales; mermó todo hasta casi agotarse y, don Juan Isidro Jiménez cayó de lleno en la política; se hizo conspirador.

Para combatir el Gobierno, empleó una táctica que a la larga, debía arruinar el poder del Negro y malograr su prestigio; a la larga... Don Juan hacía vaciar en el país por las fronteras de Haití, barriles de "papeletas" falsificadas que subiendo hacia el interior, se encontraban con las cataratas que salían de la usina del Banco Nacional. En la porfía, don Juan ya casi arruinado, hizo el esfuerzo supremo. Con el efectivo que le quedaba y empeñando su crédito, adquirió en los Estados Unidos, un barco, el Fanita, y todo un arsenal y aperos guerreros y se dirigió desde Movila, en el Golfo de México a Monte Cristi. Llevaba pocos hombres consigo; mas pensaba que en cuanto pisara tierra noroesteana, se movilizarían los linieros, las peonadas, los pueblos que habían vivido a su amparo, épocas de abundancia inolvidable. No era vana la ilusión.

Don Juan que no era político por temperamento y afición y que era menos guerrero aún, realizó por sorpresa la toma de Monte Cristi, hizo preso al Gobernador de la Provincia y, se entretuvo en saludar conocidos. En eso, surgió de un rincón del pueblo la reacción que lo obligó a reembarcarse como pudo y escapar a toda máquina. Liliés lo persiguió obstinado en un cañonero nacional. Eso fué en 1898.

La casa J. I. Jiménez & Cía., fué totalmente liquidada y don Juan vegetó pobre en el extranjero, convirtiéndose para el país, en la esperanza concreta *anti-lilisiana*. Muerto Liliés, un importante sector de la opinión pública lo reclamó y en aquel plebiscito de 1899, resultó electo Presidente de la República, con Horacio Vásquez como Vicepresidente.

HORACIO VÁSQUEZ Y JUAN ISIDRO JIMENES

A excepción de la prestancia física, ninguna otra condición se revelaba en Horacio Vásquez que de una manera positiva, justificara su papel de líder. El poder de sugestión que en concurrencia con otras fuera en Lili, por ejemplo, una irresistible fuerza de atracción: su magnetismo personal que muchos sintieron sobre sí, de una manera inexplicable y la indiscutible reputación de hombre y de guerrero invicto de que gozaba. La aureola de héroe formaba desde temprano alrededor de Santana; la de sabio y suficiente en Báez; la de tesonero, valiente y desprendido en Cabral; las múltiples y brillantes condiciones de Luperón, en fin, ayudaron en los casos en que fué necesario contraponer alguien a alguien —que fué el génesis de nuestros caudillos— a formar con esos hombres, ídolos en aras de quienes se consumaron sacrificios y a favor de quienes se procrearon sectas. De Horacio Vásquez puede decirse que como valor político, era una suma de condiciones negativas. La misma vocación a las revoluciones fué en muchos casos una tendencia impuesta por reclamos extraños. Las inconsecuencias políticas y personales se encuentran en todos sus recuerdos. Era indolente, arisco, seco y de pocas palabras; rehuía como animal asustadizo las multitudes que lo aclamaban. Sin recursos personales y nada espléndido, contó para sus empresas guerreras y cívicas con los aportes incondicionales que por iniciativa propia aprontaban sus adictos, que luego, ni

tomaba en consideración, ni agradecía. Era honrado sin duda; honrado desde el punto de vista de quien no toma personalmente lo ajeno; pero los incontables sacrificios que por él se hacían, eran deudas que no tomaba en cuenta, ni le preocupaba solventar. De él fué la frase aquella "El cojo que compra muletas". ¿Cómo se justifica pues, el considerable liderazgo político de este hombre? La necesidad de contraponer alguien a alguien, es la única explicación.

A ese respecto, nosotros personalmente somos sujetos de una experiencia interesante. Veamos: Nuestra familia era *lilisista*; obraba sobre nosotros la consecuencia, la distinción y el apoyo con que desde temprano hizo objeto a nuestra casa el General Heureaux y, ostensiblemente, el Presidente Heureaux; amor con amor se paga. Los hombres de mi casa cayeron con el Presidente Heureaux, honestamente, del modo que habían conmlitado con él; la familia seguía en todo el sentir de los hombres. Fuimos políticamente desplazados por elementos y familias de sentir contrario al nuestro, que eran, por consecuencia, nuestros enemigos políticos; esos elementos y familias, se agruparon finalmente alrededor de un hombre, Juan Isidro Jiménez, que encabezó la tendencia contraria a nuestro sentir político, o sea, la reacción *anti-lilisiana* que fué el génesis del *jimenismo*. Nosotros éramos niños, sin embargo, nos complacían las referencias a los recuerdos del pasado y acariciábamos la esperanza de una reacción en contra del estado de cosas y del hombre, Juan Isidro Jiménez, que habían desplazado lo nuestro. El hombre, Horacio Vásquez, que llevó a cabo esa empresa, se ganó espontáneamente nuestra adhesión y nuestras previas simpatías y sin personalmente conocerlo, nos afiliamos a él desde temprano, así como nuestra familia que obró con impulso de clan. Fuimos *horacistas* y no tuvo que ver en ello ninguna condición ni esfuerzo personal de Horacio Vásquez. A medida que los acontecimientos se iban haciendo más calurosos y cruentos, nuestra adhesión crecía. Nacían y se fomentaban intereses, odios, pasiones, rencores y esperanzas, que

al dividir en bandos irreconciliables la opinión, apretaban en un distinto haz, en torno a la enseña que era el caudillo y su nombre, a cada una de las partes antagónicas en que se dividía la opinión. No era cosa de idearios ni de convicciones reflexivas; ni nada era debido a las condiciones intrínsecas de nadie. Únicamente por la necesidad de contraponer alguien a alguien, siguiendo el juego de la política, es por lo que cuentan en la historia nacional la mayoría de nuestros caudillos, y especialmente Horacio Vásquez y Juan Isidro Jiménez. Sus lideratos fueron la resultante de fenómenos y sucesos ajenos a ellos. Personalmente, jugaron el papel de instrumentos de parcialidades atentas a intereses y derivaciones de cosas anteriores a su advenimiento al escenario político.

Antes de 1899 el *lilisismo* era un hecho, debido en parte a nuestra aberración caudillista y en mucho a consecuencia de cosas anteriores a Lilís; pero en su caso, contribuyeron también la consistencia del sujeto, su natural don de proselitismo y la táctica de protección invariable dispensada a los hombres que lealmente le servían y que se jugaban su suerte. En curso esa táctica, se había hecho elástica y por medio de afinidades y protecciones secundarias se creó en fin, la opinión *pro-lilisiana*. Por obra de circunstancias contrarias existía el *anti-lilisismo*, en lo cual contaban los desprendimientos de banderías antagónicas que él, Lilís, no pudo atraerse y los resultados de sus máculas y de sus errores políticos. Con todo y existir el *anti-lilisismo*, siguiendo la tradición personalista nuestra, sólo se pudo concretar, cuando halló una persona y un nombre a que asirse y que para el caso fué Juan Isidro Jiménez, y prácticamente después de 1898 y del caso del Fanita. Quien odiaba a Lilís, concretó sus esperanzas y rodeó con sus simpatías a don Juan. La vieja querrela de la casa J. I. Jiménez & Cía., iba a dar asidero a la opinión disidente, en la persona que resultó mayormente afectada en la disputa y de ese modo se registra el punto de partida del liderato político de don Juan Isidro Jiménez. No es el caso, aunque

en cierta apariencia fuera similar, de Francisco I. Madero con Porfirio Díaz en México. Un ideario personal y previo organizó la conducta del apóstol de Chihuahua que despertó la conciencia de los mexicanos y los concertó en contra del *porfirismo*. Por medios extraños en principio, Jiménes llegó al poder y recogió del anterior provisional Gobierno, un concurso que no era de su hechura, sino la opinión *anti-lilisiana* triunfante de la opinión *lilisiana abatida*. No transcurrió mucho tiempo sin que la última reaccionara, y la consecuencia fué la ruptura entre el Presidente y el Vicepresidente; el caso del 26 de abril de 1902.

Aunque como hombre de estado fué anodino, Juan Isidro Jiménes era eminentemente cívico, fervoroso, simple, y honrado; el más sinceramente cívico y bonachón de nuestros caudillos y con Espaillat y Billini, el más liberal de nuestros gobernantes. Estaba atado, sin embargo, a la secuela de los que estrechamente lo rodearon y que constituyeron la plana mayor de la bandería que en torno a él se formó, a los cuales por consecuencia estuvo ligado, y a ellos y a su personal debilidad, se debió la comisión de los errores que pueden achacársele. La secta que arrastraba, arrastraba las taras provenientes de nuestra formación caudillista y a pesar de la condición *sui generis* de este caudillo, su *ismo* se conformó a imagen y semejanza de los *ismos* anteriores.

Pesaba sobre don Juan Isidro Jiménes, el estigma de la traición atribuída a su padre, Manuel Jiménes. Su hombría de bien, tal vez, hubiera podido conducirlo a lo mismo, pero ciertamente fué la gravitación de aquel estigma, lo que lo condujo a desear la oferta norteamericana de restituirlo con bayonetas exóticas, en el poder que perdía.

Juan Isidro Jiménes, se inició como conspirador en la política, siendo rico; pasó dos veces por el poder y murió pobre. Esos hechos, con aquél, se imponen ante las conciencias honradas, aunque no le otorgaran sus simpatías políticas, como es nuestro caso, y obligan a exaltar su nombre.

HORACIO VASQUEZ VERSUS JIMENES

El Presidente Jiménez había jurado el cargo con el propósito de ocuparlo cuatro años: "Ni un día más, ni un día menos". Ese dictámen no se prestaba a sospechas y por ese lado, a las aspiraciones futuras del Vicepresidente, por ejemplo, no las amenazaba ningún obstáculo. Con la aspiración presidencial del Vicepresidente Horacio Vásquez, como sucesor de Jiménez, contaron desde el primer momento los reaccionarios y una gran parte de la facción *lilisiana abatida*. Estada en interés de ambos fomentarla y para oponer alguien a alguien, les era indispensable aquel a quien proclamaban el héroe del 26 de Julio. Se dedicaron a trabajarlo. Desde ese instante, Horacio Vásquez fué el instrumento de miras particulares en juego, como no dejaría de serlo durante toda su historia política. A Juan Isidro Jiménez, le iba a ocurrir otro tanto.

Y he aquí que don Juan postergó a numerosos de los que por una razón u otra, se consideraban acreedores a las más altas posiciones, y especialmente a los cargos ministeriales. Omitió a muchos de los factores que se juzgaron decisivos en la caída *lilisiana* y que en el anterior Gobierno Provisional, habían ocupado posiciones de primer orden. Don Juan quiso, al parecer, formar un gabinete ministerial de técnicos, o por lo menos, eligió atento a compromisos y simpatías personales. Proveniente de ese foco, en donde y alrededor, se alojaron curtidos jesuitas de la política, surgió la amenaza que explotaron reaccionarios y la oposición en acecho. ¿Aspiraciones de encauzar la política nacional

por rumbos normales, formando partidos de principios? Tal por lo menos fué el pretexto con que se movieron los que constituían la indispensable camarilla que se formó temprano en torno al Presidente. Las maniobras empeñadas en aquel propósito, se interpretaron como encaminadas a conseguir un -continuismo *sui géneris*, en perjuicio de las aspiraciones del Vicepresidente, y eso se le hizo entender mediante alertas y trabajos de intrigas de *anti-lilisistas* disgustados y *lilisistas* en acecho. De la Capital salían frecuentes mensajeros que iban a secretear al oído del Vicepresidente, esforzándose por galvanizarlo primero y, después, para impelirlo a la acción.

La opinión popular, estaba sin embargo, tranquila. No trascendía hasta los bajos fondos, motivo de inquietud. Libre de las amarguras, de las zozobras, y de los apremios sufridos, rigurosamente al final de la era *lilisiana*, en la opinión pública ordinaria, no bullía inquietud revolucionaria alguna. La disputa se inició y se mantenía en la copa del árbol gubernamental, o en las esferas de los profesionales. El pueblo y sus masas estaban desinteresados de aquellas triquiñuelas, siguiendo cada cual por rumbos distintos sus particulares miras.

Mas un día, se percataron las masas del pueblo de que algo anormal se operaba. Desde el Cibao se movían tropas a las órdenes del Vicepresidente, rumbo a la Capital. Al pasar a Guanuma, antes de llegar a San Carlos, un soldado de aquella tropa, mientras se lavaba los pies en el río, le dijo a los que estaban cerca: "Desde que llegue a la Ciudad le voy a pedir un par de zapatos a don Juan". No sabía en qué cosa andaba, e iba precisamente a derrocar a don Juan. Ése "voluntario" además, iba embarcado en una empresa, la primera del siglo, que marcaría las huellas a seguir por otras muchas, malogrando las posibilidades de encauzar la cosa pública en sentido cuerdo y reconvirtiendo al país en la olla de grillos, *fandango* de discordia y notable ejemplo americano de desorden e instituciones precarias. Esos polvos, traerían fangales.

Desde el punto de vista oficial e histórico, el Caudillo moicano carga con toda la responsabilidad de ser el iniciador —propiciado o no— de las desgracias y tragedias que durante más de un cuarto de siglo malograron al país y que fueron la confirmación espléndida del anterior y general descrédito.

Un estudio detenido del carácter de Horacio Vásquez, lo determina como un individuo no ambicioso, por abúlico. Realmente, no era ambicioso. Sus ajeteos y andanzas revolucionarias, mucho más se debieron o totalmente se debieron a presiones exteriores y solicitudes extrañas, que a impulsos o inclinaciones personales. Quien esto escribe le oyó decir muchas veces, disgustado y bostezando, en los tragines que le imponían los amigos y las exigencias de una campaña política cuyo ideal era él; le oyó decir: “Mire que cosa... y un hombre tan amigo de su casa como yo...” Por eso, se le vió muchas veces marchar a la zaga, en movimientos en donde positivamente, figuraba como el principal interesado, y firmar a modo de grupela de otros, manifiestos revolucionarios como aquel de la revolución llamada “El Carrito” en 1912. Con todo, sólo sería posible exonerarlo de culpas, atribuyéndolas a irresponsabilidad, como en el caso de Cabral. Pero al historiador no le es posible acordarlo siempre así; menos, cuando se es reincidente en las culpas, muchas de las cuales fueron tremendas e injustificables.

Cuestión espinosa y difícil de tratar es ésta, cuando aún están vivas pasiones contemporáneas. Es raro encontrar temperamentos que también fueron afectados por asuntos de banderías y a quienes la pasión no le oscurezca el sentido de la justicia y no le anule la auto-sanción. Hay que tener en cuenta que como en el caso de Bonaparte con el crimen del Duque de Enghien, pesadilla que hasta los últimos instantes le preocupó allá en el peñón de Santa Elena, y trató de justificarlo, a Horacio Vásquez le preocupó toda la vida el estigma de traición a Jiménez, y a su vez, trataba de justificarla.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

BOLOS Y COLUDOS

Juan Isidro Jiménez había sido derrocado y Horacio Vásquez estaba momentáneamente en el poder. Ese hecho al parecer corriente en el curso de nuestros revoltosos cambios políticos, iba a marcar en la historia los más profundos rastros.

A seguidas de ser depuesto, Jiménez se expatrió. Que se supiera, no dejaba planes políticos concertados e ignoraba inclusive, qué cosa sucedería después; iba a ser la repetición del caso de Báez, y fué así que a poco de su desplazamiento, por los lejanos sitios que constituirían sus más decididos baluartes, en la línea noroeste, se inició a su nombre la revuelta en contra del recién nacido estado de cosas que encabezaba Horacio Vásquez. Esa revuelta recogió las platónicas simpatías de un importante contingente diseminado por el resto del país. En ese momento histórico, se definían dos tendencias que en adición a la que sobrevivía a medias, surcaron, provisionalmente, la carta política del país en tres sectores distintos: a saber: un resíduo del *lilisismo* al principio irreductible, que aspiraba a reconstruir el antiguo estado de cosas y que se concentraba formando pequeños grupos, notablemente urbanos, compuesto de personas que estuvieron estrechamente vinculadas a Lilis, formaba el primer sector. Una mayoría de tendencias más o menos pacíficas, que había descansado tranquila y en espera, a la sombra del Gobierno, y que fué sorprendida por la caída de Jiménez, constituía

el segundo, y la reciente amalgama de *anti-lilisistas* disgustados y *lilisistas* impacientes que habían propiciado la ruptura, formaban el tercer sector.

La condición mayoritaria que durante bastante tiempo tuvo, y las tendencias más o menos pacíficas del segundo sector —facción pro Jiménes— se explica por la naturaleza de los elementos que entraban en su formación; eran burgueses, intelectuales y campesinos que apoyaron desde temprano con sus simpatías a don Juan, principalmente, por la tradición de su riqueza que no se había desvanecido, y que esperaban de él, el restablecimiento económico del país. La facción pro-Horacio, la constituían los factores belicosos que desde el principio secundaron el movimiento iniciado el 26 de Julio y los fogosos *lilisistas* impacientes, emplazados en centros urbanos; éstos, se alinearon detrás del presunto elemento de armas. Horacio Vásquez, y le marcaron a la facción una fisonomía agresiva. Se distinguieron las tres banderías, aplicándole a cada una cierta característica propia de los gallos: colituertos (cola torcida) los *lilisistas*; bolos (sin cola) los *jimenistas* y coludos, los *horacistas*. En cuanto al *lilisismo*, era el resto de la aberración caudillista que acusó su último aliento, aprovechando para sí el golpe de estado del 23 de Marzo de 1903; en esa ocasión, se tocó llamada a los congéneres y muy pocos respondieron, pues muerto Lilís, el Caudillo, la facción se dispersaba, camino de la extinción.

En 1903, en la época en que por segunda vez ocupaba Horacio Vásquez el poder, *jimenistas* y *horacistas*, escasamente dibujaban sus contornos de banderías, se iban a precisar, al calor de los acontecimientos que a modo de revanchas alternarían con frecuencia, a partir de entonces. La primera, se registró el 23 de Marzo de 1903 en la Capital, que era precisamente el lugar en donde se encuentra la mayoría del elemento *lilisista* *conspicuo*. Por estar Jiménes ausente y posiblemente ignorando lo que se planeaba y que por fin se llevó a cabo, la facción *lilisiana* aprovechó

para sí el golpe de estado e instaló en el poder a uno de los suyos, Alejandro Woss y Gil. Este fué el postrer acto de esa facción y prácticamente con él terminó su historia. No podía ser de otro modo; en política, los principios perduran, pero los hombres que los sustituyen, no; no había principios en el *lilisismo*, Lilís había muerto y Woss y Gil no era Lilís ni se le parecía.

Con Juan Isidro Jiménes y sus parciales iba a ocurrir el fenómeno de Buena Ventura Báez y los suyos. Los *jimenistas*, bajo su propia inspiración, llevarían a cabo a nombre del Caudillo y con miras de alcanzar el poder, tantas empresas como fuera posible, pero con la diferencia de que dentro del *baecismo* no había sustituto para Báez, ni nadie se atrevió, de entre sus filas, a aspirar la posición de primacía que sin disputa se le reconoció. Siempre ausente y muchas veces ageno a los acontecimientos que se iniciaban, tomaban curso y se transformaban por fin en hechos concretos, Báez era oportunamente llamado para formar de acuerdo con su criterio absoluto, el tren de gobierno que debía resultar como consecuencia de una revolución *baecista* triunfante. Con un desprendimiento como franciscano, los cabecillas batalladores y sus huestes, se dispersaban orgullosos y tranquilos a seguidas de instalar a Báez en el poder; se marchaban a sus respectivos predios, con el sentimiento de que con ese hecho, habían logrado la propia felicidad y la felicidad del país. Dentro del *jimenismo* y más ostensiblemente, dentro del *horacismo*, en ese orden de cosas no sucedía lo mismo. Se registró una evolución infidente y estos nuevos caudillos, en el fondo, fueron más bien los pretextos para iniciativas particulares, aprovechadas en perjuicio de ellos. Complicó las cosas esa evolución de los *ismos* nuevos, dejando inmediatamente aspiraciones insatisfechas, planes frustrados, etc., todo lo cual agravaba las tradicionales inconveniencias de los *ismos* viejos.

* * *

Hostigado por la espalda —la línea noroeste— y amenazado de frente como resultado del pronunciamiento del 23 de Marzo

de 1903, Horacio Vásquez se dirigió desde el Cibao hacia la Capital, con la mayor suma de fuerzas que pudo reunir. Frente a los muros de esa ciudad, sufrió un triste descalabro y abandonó inesperadamente el campo de la lucha, para con asombro de ellos mismos, darle el triunfo a los contrarios. A partir de ahí, Horacio Vásquez pudiera no haber sido más nada en el país. Sólo la aberración caudillista y la necesidad de oponer alguien a alguien, justifica la persistencia de su figura y su nombre en nuestro escenario político. Su conducta en esa memorable ocasión, se prestó fundadamente a varias conjeturas, y por de pronto, quedó eliminada en él cualquier presunción de tenacidad y se puso en entredicho su valor personal.

De todas maneras quebrantado, Horacio Vásquez marchó al ostracismo; siguió el camino de Jiménes. Sin embargo, a esa fecha, el *horacismo* y el *jimenismo* eran ya dos tendencias perfectamente definidas y eran profundamente antagónicas; esto, por obra única de pasiones odiosas. Eran dos tendencias latentes y que militaban bajo sus propios impulsos no obstante la ausencia de los caudillos, su desinterés, apatías, ineficacia o como pudiera llamársele. En realidad, no se registraban en ninguno de estos dos, aquellas de las condiciones que poseyeron los anteriores líderes, como por ejemplo, el celo vigilante de Santana; los ardores de Luperón; la asistencia continua de Cabral, y mucho menos, cualquiera de los fenómenos de Lilís. Porque el *horacismo* había sido desplazado del poder y el *jimenismo* en cierto modo burlado, por acuerdo de sus líderes secundarios se tramó la llamada revolución de "La Unión"; en ella, lo único de los caudillos que iba envuelto, a modo de eco remoto, eran sus nombres. Efectivamente, no se les tomó en cuenta y una figura recientemente improvisada, Carlos F. Morales Languasco, ocupó el poder al triunfar la revolución. A ese, quisieron ambos grupos aprovecharlo, cada uno en su interés exclusivo y como resultado del pugilato vino la guerra de la "Desunión". De ahí, *bolos* y *coludos* continuaron batallando con saña notable. Fueron unas series de

revanchas en donde se desangraba el país, se arruinaba materialmente y se desacreditaba de modo lastimoso. Corrientemente los caudillos eran postergados por figuras secundarias de uno y otro bando, cuando se ofrecía la ocasión a cada uno de ocupar el poder. Esa era más que una evolución, una especial modalidad negativa de la fidelidad registrada hasta entonces en los *ismos*. Carlos F. Morales Languasco, Ramón Cáceres, Eladio Victoria, Bordas Valdez, Dr. Ramón Báez, etc., surgieron en definitiva, como componendas en detrimento de los *dueños* de las banderías militantes.

Esas banderías, con el tiempo, acusaron ciertas características que notablemente las distinguieron. Los *bolos* eran reservados y afectos a los conciliábulos; a las intrigas y combinaciones de gabinete. A su parecer, manejaban a conciencia las argucias de la política criolla. Vehementes los *horacistas*, prontos a la acción, en cierto modo despreciaban a sus contrarios por sus hábitos frailecos. Entre sí, *horacistas* y *jimenistas* se odiaban cordialmente; semejaban dos castas en que desde antiguo se dividiera el país y el odio y saña que los dividía alcanzaba a las familias e incesantemente se manifestaba en camorras y revanchas con las más tristes consecuencias para la pobre República. La reputación de que gozaba no era rivalizada en América, en donde con Haití y las repúblicas centroamericanas había mucho que contar. Ciertos, detalles contribuían muy eficazmente para el caso; por ejemplo, el asunto de las deudas y lo que ocurría con el cable francés.

Se sabe que para el usurero, no hay peor sujeto que el que no paga o no puede pagar sus deudas, y la República Dominicana a causa de sus revueltas, no pagaba las suyas... Luego, la América del Sur se comunicaba con la América del Norte por el medio casi único del cable francés. Ese cable desplazaba por tierra sus tendidos desde la Capital cruzando el Cibao, hasta Puerto Plata. Cada vez que ocurría una revuelta y durante el

tiempo que duraba, la línea era cortada y quedaban sin comunicación por ese medio, los dos continentes. Ambos se desahogaban en improperios en contra del desgraciado país y las referencias corrían hasta los límites del mundo y por esas referencias se nos conocía.

Sin embargo, en ningún país se respetó mejor la propiedad extranjera y fué mayor la seguridad de los extranjeros que en el nuestro. Bastaba con identificarse o con izar en un sitio cualquiera una bandera extraña para encontrarse rodeado de garantías y del respeto de tirios y troyanos. De la integridad personal y de la vida de un extranjero, respondía invariablemente con la suya el criollo delincuente. Muchas de nuestras revueltas fueron motivos para que los extranjeros establecieran reclamaciones y realizaran negocios a costa del país. Además, miradas las cosas interiormente, en cierto aspecto se justificaban nuestras convulsiones. Aunque siempre conducidas por los mismos instintos, en el fondo, eran la única forma de reaccionar en contra de unos estados de cosas siempre semejantes, siempre "suficientes" y creyéndose siempre insustituibles. Cada quien pretendía desde el momento de su arribo, eternizarse en el poder; hasta se había pensado en una fórmula constitucional que dijera: "Los gobiernos durarán en el poder el tiempo que puedan sostenerse". Si había elecciones resultaban "votaciones" en donde era obligatorio "votar por la plaza". La manígua y las armas eran los únicos medios de expresar las quejas o de hacer la crítica a una situación que en otra forma no lo consentía. Las discrepancias con cualquiera régimen imperante tenían que debatirse en la tribuna manigüera y con tiros, y llegaban todos para hacer lo mismo; y, aunque su libre posesión las prestaba a usos peligrosos y eran el instrumento de la inestabilidad y de las revueltas, en presencia de las demasías, las armas eran la salvaguardia personal y la sola garantía de los derechos ciudadanos.

bó el convenio, se les ocurrió que tal cosa pudiera suscitarse.

Era lógico pensar que podían devenir causas de fuerza mayor u ocurrir circunstancias desgraciadas de cualquier naturaleza que nos imposibilitaran para cubrir totalmente nuestras obligaciones; en esos casos, lo sabíamos, nuestro deber era sacrificarnos para que la *saca* de las aduanas se aplicara íntegramente al servicio del empréstito; así se hacía mientras ya de vuelta al período de las revueltas, de 1911 hacia adelante, se dejaban de pagar los sueldos que aumentaban nuestras deudas y naturalmente, sin el consentimiento de los Estados Unidos. Invocar las tales deudas era ciertamente un pretexto, pues: ¿qué les importaba a ellos que unos cuantos maestros de escuela y demás empleados de ese jaez, no cobraran sus hojas y que no se pagara la vaca que revolucionarios o gobiernistas se comían en sus malandanzas, mientras la inexorable *saca* de las aduanas diera lo suficiente para los de Wall Street? Realmente, la intervención era provocada por nuestras incesantes revueltas e iba dirigida a acabar de algún modo con el *fundango* que sin cesar bailábamos. Mas los procedimientos empleados, por malos, solían dar resultados contraproducentes.

La primera intervención material y directa, se registró en 1912. Hacía tiempo que el país se desangraba al calor de la revolución llamada de "Los Suaves". Resulta que a la muerte del Presidente Cáceres que había establecido un Gobierno a base de la mezcla de *bolos* y *coludos*, el General Alfredo Victoria, a la cabeza de las fuerzas armadas, se alzó bonitamente con el poder y le hizo conferir la Presidencia de la República a su tío Eladio. Pero, una parte de *horacismo* con su jefe, así como otra del *jimenismo* con el suyo, que habían mantenido la oposición pacífica frente al Gobierno de Cáceres, juzgado usurpador por los primeros y enemigo natural por los últimos, en esta circunstancia, tomaron la ofensiva y de ahí nació la revolución de "Los Suaves" en que se confundieron para guerrear *bolos* y *coludos*, frente a *bolos* y *coludos*. Una guerra larga que desangró copiosamente al país y lo

arruinó a la par, fué esa guerra, y ya en vísperas de resolverse la situación por medio de las armas, con la caída del Gobierno extenuado por los esfuerzos y bajo el peso del país echado materialmente sobre él, intervinieron extemporáneamente como mediadores los norteamericanos y de su mediación resultó un empastelamiento desgraciado, precursor de nuevas y sangrientas querellas. Esas gentes —los norteamericanos— cargan con una enorme parte de responsabilidad en las culpas de nuestras desgracias nacionales recientes.

Era este el tiempo en que los dos viejos partidos se dividían por causa de escisiones internas, en un granero de pequeñas banderías. El caciquismo había cobrado fuerzas suficientes para erigir lideratos locales y regionales, y en el fraccionamiento a modo de tasajo, los dos caudillos únicamente eran el triste símbolo de la división original.

Como el empastelamiento que trajo al Arzobispo Nouel a la Presidencia, terminó la revolución de "Los Suaves". El Gobierno del Mitrado se convirtió en un *pandemonium* para desembocar en otro empastelamiento y por fin en una nueva guerra civil.

Es este período de 1912 en adelante, el que marca el más desgraciado y loco período de nuestra historia política. Supervivientes los dos caudillos tradicionales, no servían, sino para mantener vigente la eterna división, y a la sombra de la personal ineficiencia de ambos, la anarquía era el sistema de los respectivos partidos y por extensión del país.

Como siempre y al decidirse una nueva de las incesantes luchas armadas, los norteamericanos intervinieron extemporáneamente y de su intervención surgió un nuevo empastelamiento; aquel que trajo al doctor Ramón Báez a la Presidencia Provisional, a seguidas de la acomodada caída de Bordas Valdez, ya abatido por medio de las armas.

Frente a la intromisión que llevaba a estos empastelamientos, los caudillos, los dirigentes responsables en apariencia, lo único

que hacían era mover las cabezotas en señal de aceptación. En este caso, el empastelamiento tenía por objeto que el Gobierno ad-hoc propiciara unas elecciones cuya pureza garantizarían, supervigilándolas, los norteamericanos. En esa coyuntura, cerraron filas los dos viejos partidos y surgieron los dos viejos caudillos, frente a frente, en boletas electorales que ostentaban como emblema unas, la figura de un rubicundo gallo *bolo* y las otras, otro tal *coludo*, bien espolados ambos. Hubo tiros, tretas y muñideras en estas elecciones supervigiladas; el Gobierno ad-hoc *pro-bolo*, hizo lo que pudo en favor de su consigna, y en las elecciones salió electo Juan Isidro Jiménez, Presidente de la República. Horacio Vásquez movió pesadamente la cabeza en señal de resignación, pero los *horacistas* se aprestaron a la revancha, aprovechando la ocasión que seguramente proporcionaría la amalgama de *bolos* ya distintos, no obstante ser *bolos*, y unas especies mucho más distintas que se le sumaron en la empresa. Muy viejo don Juan, enfermo, con pocas energías, traía en esta ocasión más embotadas que antes sus escasas dotes de hombre de estado; en esas condiciones, se iba a encontrar a la cabeza de una situación extremadamente embrollado y con unas dificultades que no eran para su edad, para su psicología, ni para sus fuerzas. Dividido el partido a causa de un naciente liderato en pugna; rodeado por una camarilla mal inspirada, dividida entre sí y utilitarista, este segundo Gobierno de don Juan, fué inmolado por una explosión interna.

Era el año de 1916. Los acontecimientos que se iban a suceder, serían el triste epílogo de una época de locuras y de una serie de insensateces imperdonables. Ardía la primera Guerra Mundial en su apogeo y los Estados Unidos, próximos a entrar en la contienda, tomaban posiciones; ya estaban en el vecindario, ocupando militarmente Haití, y desde Juana Méndez cruzaban sus fuerzas el Masacre y llevaban a cabo correrías armadas, tierra adentro de los linderos de la Patria. No obstante, las facciones que integraban el Gobierno Nacional se debatían en una pugna ciega, sor-

da, y sórdida que de igual manera, estimulaba la oposición. Por fin, el elemento de armas amotinado, es decir, las pandillas de cobardes brabucones, aptas únicamente para ejercitarse en tiroteos en contra de pandillas semejantes, proporcionaron el motivo para que la vergüenza nacional se consumara. Y mientras las pandillas se corrían, la dotación de un barco mediano de guerra de los Estados Unidos, ocupó la Capital y luego el país...

De los dos viejos caudillos, Juan Isidro Jiménez, valetudinario y rendido, iría a morir en la oscuridad y en la miseria; en tanto que Horacio Vásquez, predicaría "cordura" y le aconsejaría a sus amigos que entregaran las armas. ¡Las armas!

Faint, illegible text at the top of the page, possibly a title or introductory paragraph.

THE MONTANA - LA BARRAZA - ...
LA BARRAZA - LA BARRAZA - ...
LA BARRAZA - LA BARRAZA - ...
LA BARRAZA - LA BARRAZA - ...
LA BARRAZA - LA BARRAZA - ...

HISTORIA DE LOS ...
...
...



OBRAS DEL AUTOR

ESCENAS CRIOLLAS:

**DE MONTERIA — LA RESBALOSA — MARIPOSA —
EL MATRIMONIO — Santo Domingo, 1929.**

**LAS FIESTAS DEL PUEBLO — UNA CAMPAÑA
DEL GENERAL PELOTA — SILVESTRE ASTA-
CIO — LA HISTORIA DE UN PERRO.
Santiago, 1942.**

HISTORIA DE MONTE PLATA, Santiago, 1943.

CACHON — Novela Dominicana. — Ciudad Trujillo, 1944.

INDEX

1	Introduction
2	Chapter I: The History of the Book
3	Chapter II: The Structure of the Book
4	Chapter III: The Language of the Book
5	Chapter IV: The Style of the Book
6	Chapter V: The Content of the Book
7	Chapter VI: The Reception of the Book
8	Chapter VII: The Legacy of the Book
9	Chapter VIII: The Future of the Book
10	Chapter IX: The Conclusion of the Book
11	Appendix A: Bibliography
12	Appendix B: Glossary
13	Appendix C: Index
14	Appendix D: Notes
15	Appendix E: References
16	Appendix F: Acknowledgments
17	Appendix G: Author's Note
18	Appendix H: Publisher's Note
19	Appendix I: Copyright Notice
20	Appendix J: Contact Information

INDICE

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria.....	III
Algunas opiniones y juicios acerca de esta obra.....	V
Prólogo.....	XIII
Introducción.....	3
Pedro Santana.....	9
Pedro Santana y Tomás Bobadilla.....	11
Santana y el Cónsul Juchereau de Saint-Denys.....	15
Buenaventura Báez.....	21
Santana versus Báez.....	23
Santana, los españoles y el General la Gándara y Navarro....	29
Santana y Báez a guisa de paralelo.....	35
José María Cabral.....	41
Cabral versus Báez.....	45
Consideraciones.....	53
Gregorio Luperón.....	55
Luperón y Santana.....	61
Luperón y Pepillo Salcedo.....	63
Luperón y Cabral.....	67
Luperón versus Báez.....	73
Luperón escritor.....	79
Luperón y sus recuerdos.....	81
Ulises Heureaux.....	85
Lilís y Meriño.....	91
Ulises Heureaux versus Luperón.....	93
Lilís y los empréstitos extranjeros.....	103
Lilís y la Constitución.....	111
Lilís y los haitianos.....	115
Lilís y sus recuerdos.....	119
Horacio Vásquez.....	131
Juan Isidro Jimenes.....	137
Jimenes y Lilís.....	141
Horacio Vásquez y Jimenes.....	143
Horacio versus Jimenes.....	147
Bolos y Coludos.....	151

